

CR – 28 – 2.010

TÍTULO:

SanSituaD.

AUTOR :

SIXTO SANZ CABRERA

ACTORES

SAMUEL

PATRICIA

DANIEL

HELENA

PACO

AMPARO

FERMÍN

ROSARIO

Hubo un momento que el trepidar era ensordecedor en aquel lugar por donde discurríamos sin saber que íbamos a un lugar nuevo, a una nueva región, ayudado por aquella masa de hierro, como era la locomotora de aquel tren, que sin tener sentimientos algunos nos llevaba a nuestro nuevo hogar; allá en una ciudad desconocida para nosotros, pero que pronto la iríamos a ver y a tomar el pulso de una vez. Porque en aquellos años sí se podía tomar el pulso a cualquier ciudad que fuese, ya sea en una gran población, como en una pequeña urbe.

En estas divagaciones iba sumido, cuando a penas veía a los señores y señoras que estaban sentados frente de mí, ya que una bocanada de humo negro y denso penetró a través de la ventanilla, con un olor característico a carbonilla: Estábamos metidos en las entrañas de la Tierra, en un túnel; le estábamos atravesando, sorprendiéndonos descuidados dicho lance.

Hubo quien se apresuró a cerrar bien la ventanilla; pero ya nos había dejado ese olor a carbonilla y a un humo denso, no dejándonos respirar en un momento determinado.

Cuando pasó dicho evento, les contaré que sí tuvimos unos momentos, más o menos buenos, mirando al paisaje que unas veces se aproximaba a nosotros y otras veces se alejaba de nuestra vista, sin decirnos tan siquiera adiós. Era así, que observando a través de la ventanilla, de aquel tren, vi unas norias tiradas por burros, en donde los agricultores sacaban el agua de aquellos pozos bien hechos y designados en aquel terreno. Otra vez pude percatarme de un buen plantonar de olivos, seguidos de otro mas bien de cepas; en donde se intercalaban las uvas negras con las blancas, amén de ver, de trecho en trecho, algún árbol frutal puesto en medio de dicho plantío de cepas.

No había desmesura en aquel contraste; pues todo estaba planificado por la mano del hombre y éste con su raciocinio singular, empleaba el terreno según le viniese bien a

4

cada producto y a cada cosecha. Era así, que en algunos terrenos no se veía arboleda alguna, ni plantío, ni plantonar; solamente existía un barbecho pardo, dando la sensación de querer obtener algún producto diferente a los que yo había visto hasta ahora, y desde luego sí era diferente, pues asomaba la cabecilla el germinal de aquel trigo que había sembrado en dicho terreno.

Era todo tan variado, que no me daba tiempo a desviar la vista de la ventanilla, para ver aquellos campos, tan bonitos y tan agradables para mí, que me estaban haciendo la vida más llevadera, no acordándome que me estaba yendo lejos, muy lejos de mi tierra pequeña. ¡Qué va!; no me acordaba para nada de la existencias de otras gentes, allá en otros lugares, que no fuesen las personas de mi pueblo, tan querido por mí y tan bonito a mi vista.

Las estaciones pasaban, con su característica de tener un gran letrero en una de sus fachadas laterales y otro en la fachada principal, anunciando la denominación del pueblo que habíamos llegado, así como un gran reloj en dicha fachada. Se veía en todas donde el gestor de la estación tenía su despacho y en otras, más o menos, alguna cantina anunciando la clase de comidas que dispensaban en dicho local, así como algún que otro limpiabotas, o vendedor de lotería.

Variopinto, todo muy variopinto, no era un todo homogéneo; aunque para mí si se componía de una forma homogénea la manera de cómo aquellos paisajes y lugares me presentaban las formas de sus vivencias y de su manera de ser: No veía parangón en la historia de aquellos pueblos, o de aquellos terrenos y lugares por donde íbamos pasando, ya que mi mente estaba puesta en otro sitio muy diferente por donde estábamos discurriendo en la vía o parados en ella, permitiéndonos disfrutar de aquellas cosas que nos brindaba la ocasión y el fatuo de aquel momento. Para mí era lo mismo,

que me presentasen todo lo bueno del Mundo, como todos los placeres deseados en mis cinco sentidos: Yo solamente pensaba en mi pueblo y nada más.

Y poca cosa les tengo que contar sobre el resto del viaje, lo único que más fue el llegar a la gran Ciudad con los ojos colorados por habérmelos restregados tantos a consecuencia de tanta carbonilla como desprendía la locomotora del tren aquel día en nuestro rocambolesco viaje hacia lo desconocido para mí.

Mucha estación era aquella para mi persona y eso que me dijeron que era una de las más pequeñas de la Capital de España y desde luego no me confundieron cuando vi otras mucho mayores todavía.

Había llegado de mi pueblo a la Capital de España y cuando empecé a ver sus calles, con los edificios tan altos, creí que me encontraba en otro planeta; pues si llega a ser hoy, hubiese creído que había viajado en un vuelo sideral. Y eso que todavía no estaba edificado “el Rascacielos” ; lo que se llamó, La Torre de Madrid. Pero sí vi el comienzo de dicha edificación; pues fue muy acogida en el medio de los chulapos y chulapas de algunos barrios castizos, pero con un cierto rencor al no ver remodelado sus calles y sus pisos y al tener que vivir como siempre, entre aceras viejas y pavimentos rotos. Pero por aquello de que dicho edificio tan alto les daba valía a su ciudad, o sea; a la Capital de España, Madrid, se conformaban con ser la envidia de todos los extranjeros y sobretodo de los colindantes a nuestras fronteras.

Aquella noche dormí en una pensión particular, que me habían buscando mis padres, cerca de la estación y, bueno, no crean ustedes que conseguí conciliar mucho el sueño, que no; pues mi nerviosismos se fue acrecentando mientras se aproximaba el día y llegaba la hora de conocer a mis nuevos amigos, a mis condiscípulos de estudios en

aquel colegio que me habían matriculado mis papás, para que yo me cultivase en la sapiencia de los estudios del bachillerato.

Desde la pensión tomamos un taxi, negro con una cinta roja encima de su puerta a través de todo el coche, con unos morros alargados, que era donde estaba el motor, que por cierto se calentaba y cerca del Acueducto le echó el taxista agua al radiador.

¡UF!, cuando llegué a las puertas del colegio, ya que la calle se cortaba en el mismo centro de estudios y subiendo por unas escaleras nos colocamos, mis papás y yo en secretaría del colegio, recibiéndonos un sacerdote de aquel centro muy amablemente. Y una vez que me hicieron subir a los dormitorios por unos escaleras sencillas, pasando antes por los comedores, me indicaron la cama donde yo tendría que pernoctar en dicho centro y una vez que mis padres me hicieron la cama y me quedaron los pantalones, chaquetas y camisas bien colgadas, así como la ropa íntima bien doblada en el armario, que servía de mesita de noche, me bajaron a las dependencias de abajo, donde estaba el aula donde yo tomaría clase para ingresar en el bachiller. Y en aquel pórtico, cerca del aula y del patio de recreo me dejaron solos mis papás para que yo tomase pulso a lo que iba ser mi nuevo ente. Pero cuando comencé a verme solo en aquel corredor, y cuando vi que mis papás se alejaban de mí, corrí hacia ellos llamándolos, pero no hubo manera de convencer a mis papás para que me llevaran con ellos a casa, que con cara destemplada y queriendo éstos que yo me cultivase, me recriminaron para que volviese hacia atrás y me fuese al campo donde mis condiscípulos estaban jugando al fútbol. Y así lo hice, con tan mala fortuna que recibí un pelotazo en las narices haciéndome sangrar por ellas, y como yo había visto unas fuentes en una especie de jardín que daba al pórtico cerca de secretaria y en frente la Iglesia allí que me fui para lavar el pañuelo; ya que me le había puesto perdido de sangre y con mucho disimulo, observé en la

entrada, a la derecha, una fuente que era mayor que las demás y allí que lavé mi pañuelo, guardándomelo deprisa en el bolsillo para que nadie me lo viese; pero con todo y eso, se acercaron dos condiscípulos a mí preguntándome por las causas que me encontraba yo en dicho lugar, viendo en aquel acto una sucesión de los sacerdotes del colegio.

Con todo y eso tuve suerte, porque a poco de estar en dicho jardín oí un timbre, como fuerte y al ver correr a mis condiscípulos hacia el patio de juego y formalizar una fila, también lo hice yo, con el sigilo de preguntar por mi curso y entre unos y otros lograron ponerme donde me correspondía; o sea, en los más pequeños del colegio.

No pasó nada de extraordinario aquel día, ya que nos llevaron al comedor para que saciásemos el hambre y por la tarde nos dejaron jugar en el patio a nuestras anchas, haciendo yo mis primeros amigos, dentro del seno de mis condiscípulos y como yo estaba fuerte, una vez que tuve ocasión de tirar, con el balón, recto a portería, este salió con tal fuerza que cautivé a mis condiscípulos admirándome en mi capacidad de reacción corporal.

Aquello fue el principio de que toda la clase de ingreso me viese como a alguien que se le podía seguir, amparándose todos en mi persona para que no les pasase algo malo con otros chicos de los cursos superiores y así empezó un liderato que fue creciendo cada vez más y más; hasta el punto de que cuando íbamos de excursión a la sierra de Madrid, Guadarrama, todos los condiscípulos se agrupaban alrededor de mi persona.

Podían hacerlo, pues más de una vez rompí las mallas de las porterías haciendo punterías en ellas con el balón; pues ganábamos a cursos más superiores, un tanto elevados al nuestro.

Y por aquello de que en casa no sobraba el dinero, se me instó por parte de mis papás a que estudiase y estudiase mucho para no repetir curso, ya que con una sola asignatura cateada, se tenía que volver a repetir curso.

Llegó el verano y con el mi permiso estival, yéndome al pueblo contentísimo; pero la sorpresa la tuve cuando el coche de línea, “la Rubia”, estaba a la altura del campo de fútbol, vi encaramados en una prominencia de tierra, que había allí mismo, los amigos de mi pueblo esperándome. No me esperaban con banda de música, pero me era igual; lo cierto era que estaban allí y nada más.

FERNANDO -. ¿Sabes?.

SAMUEL -. Dime.

FERNANDO -. Desde el día dos de Mayo nos estamos bañando en el río.

SAMUEL -. ¿Y eso?.

FERNANDO -. Es que están haciendo unas calores enormes.

Era verdad, que estaban haciendo muchas calores, estaba siendo un tanto atípico aquel año; ya que en sí era raro bañarse en el río por aquella fecha, rara vez lo hacíamos debido a que la temperatura no acompañaba a tales ejercicios en el agua.

Me pude dar cuenta que aquel verano, durante las vacaciones, tenía que hacer músculos para que mis condiscípulos me admirasen y me pudiesen seguir; de modo, que iba con frecuencia a nadar en el río y hacía mucho deporte, pues jugaba al fútbol con el equipo del pueblo e íbamos a otros pueblos a batirnos el cobre como podíamos: ¿Y qué verdad era!. Sí, porque en nuestros viajes llevábamos a un chico que siempre la liaba, no se podía estar callado ante la afición de dicho pueblo donde íbamos a jugar, pues hasta los insultaba y, claro, éstos tocados en lo más íntimo de su pundonor, se revolvían hacia nosotros. Hubo una vez que hasta apedrearon al autobús que contratamos al no

podemos hacer nada a nosotros, ya que nos entramos de súbito en el autobús, arrancando el conductor a toda marcha hacia nuestro pueblo; en cambio cuando vinieron a jugar con nosotros dicho pueblo fue una balsa de agua, ya que se les trató de maravillas, dándonos las gracias por tal recibimiento.

No solamente jugaba al fútbol, sino que iba de vez en cuando, andando, a la sierra, celebrando unas calderetas en una fuente que había a media falda de dicha sierra que marcaba hito en la historia de aquel pueblo.

Había pasado la feria de mi pueblo y con ella llegaba el final del veraneo, disponiéndome a marchar, de nuevo, al colegio para recibir la cultura necesaria y ser un hombre de provecho.

La vuelta al colegio no crean ustedes que fue sencilla, pues me costó mucho el olvidar mi pueblo y eso que tienen que tener ustedes en cuenta que mi pueblo podía ser un pueblo cualquiera, de tantos como tiene la geografía española.

Y ya, una vez más, en el colegio me dispuse a tomar posesión de mi medio ambiente, ya en primero de bachiller, para que se me respetase y la vida me pudiese ir lo más favorablemente hacia mi persona. Pero como había demostrado sumisión y buen comportamiento, pese a las fuerzas que poseía, se me dieron las llaves del cuarto donde estaban los balones y las raquetas, con otros medios de juegos para que pudiesen ejercitar y evadirse todos mis condiscípulos y los que no lo eran, ya que en dicho cuarto se guardaba todo los balones y medios de juegos de los diferentes cursos, hasta los de sexto. Así que cuando tocaba el timbre a recreo, yo salía corriendo para abrir aquel cuarto y sacar todo lo que se utilizaba como juego. Aquello me apuntó un tanto hacia mis condiscípulos y para otros chicos de diferentes cursos, estaba siendo bien vistos por

todos los jóvenes del colegio, así lo mismo que por todos los sacerdotes del centro de estudio.

Pero aquello no me daba prioridad en cuanto a los estudios, ya que tenía que saber bien las lecciones y nada más; si no, no se me aprobaban las asignaturas del curso.

Y llegó, llegó el día que nos llevaron de excursión, al alto de Guadarrama pasando por las siete herraduras, unas curvas pronunciadas que daba miedo mirar hacia abajo; parecía que se iba a despeñar el autobús.

Sin saberlo estábamos en Cercedilla, saliendo del autobús viendo una cantidad de nieve por todos los campos impresionante, pero mientras permanecíamos en la cimentación de la entrada de una especie de bar donde nos dejó el autobús estuvimos seguro de nosotros mismos; lo malo fue cuando tuvimos que salir un poco más afuera de la entrada del bar, para dejar paso libre a las personas que querían hacer uso del mismo, ya que nosotros no teníamos dinero y nada podíamos tomar en dicho local.

No me había separado unos metros, entre resbalones y caídas, cuando mirándome a los zapatos los vi abiertos, como dando unos lamentos enormes al no poder resistir tanta humedad en su superficie, ya que en aquellos tiempos habían zapatos muy baratos, pero eso sí que su envoltura era de cartón. ¿Madre mía!; ¿Aquello qué era?, si parecían decirme que daban fin a su corta existencia, al verlos con todo su contorno abierto, semejándose una boca con su agobio característico de no poder respirar.

Pronto me pude dar cuenta que lo mismo los habían pasado alguno más de mis condiscípulos, de modo que cuando vi una cuerda tirada en el suelo, até los zapatos sosteniendo los mismos a sus suelas.

Pero con todo y eso fue un día agradable para mí, ya que pude disfrutar de aquel paisaje tan bello y blanco a la vez; así que cuando nos quisieron llevar otro día a Mohernando,

para que pasásemos un día viendo su convento y el túnel hecho en la guerra, me volví apuntar. Cuando llegamos al centro religioso volví a ver otra vez la nieve, pero esta vez no había tanta como el día que fuimos anteriormente de excursión, pero los sacerdotes no quisieron que saliésemos del centro religiosos, sabiendo ya la triste desgracia que habíamos tenido aquel día en Cercedilla, preguntando la posibilidad de entrar en el túnel formado en la guerra civil desde el convento, pero por fin nos sacaron a unos cuantos metros donde estaba la boca de aquel túnel, penetrando en el mismo, para seguir aquellas galerías dirigidos por unas luces eléctricas y cuando nos cansamos nos volvimos para atrás, no llegando al final del túnel.

Yo vi que mis condiscípulos me rodearon y me pidieron el favor de ir yo el primero, para así sentirse ellos mejor defendidos, y pese a que a mí también me daba un poco de respeto aquellas galerías, sin llegar a ser miedo, no dudé en aceptar lo que se me estaba pidiendo por parte de mis condiscípulos e inicié yo el camino a través de aquel largo y estrecho túnel, ya que se tenía que ir de uno en uno.

A su salida parecía que me estaban esperando mis condiscípulos para que yo les llevase alguna parte, pese a que el sacerdote nos indicó irnos al convento y como yo pensaba a la velocidad del rayo, decidí dirigirlos hacia aquel convento y así pasamos en el un día agradable, comiendo en dicho centro.

La vida en nuestro colegio seguía igual que antes, pese a todas esas excursiones, pagadas por nuestros padres; pues no iban todos los alumnos a dichas excursiones, solamente iba aquel chico que su padre le pagaba el viaje.

Un jueves que nos sacaron a dar un paseo a la Casa de Campo, pues estaba muy cerca de nuestro colegio: ¡AY, Dios mío!, nos perdimos del resto de los cursos y es más, que no encontramos a nuestro profesor, ya que este se había perdido también.

Entre matorrales y jaras, entre abrojos y tomillos y al final en un terreno con una arena muy fina, que no nos permitía dar un paso sin que se llenasen los zapatos de tierra, cuando oí alzarse una voz entre medio de todos ellos.

PACO -. Samuel: ¿Qué hacemos?.

SAMUEL -. Hacedme caso y marchemos hacia la parte más alta.

FERMÍN -. ¿Otra vez para atrás?.

SAMUEL -. Quiero tomar referencias y poderos llevar a buen fin.

Pero como la mayoría estaban cansados y no podían más, decidí ir yo solo a la cima más alta que nos rodeaba y así poderme dar cuenta por qué camino los llevaría a mis discípulos para llegar, por lo menos, a la carretera ya conocida por nosotros y así fue, que bajándolos por un pequeño precipicio que se encontraba a la derecha de nosotros los hice seguir diagonalmente, ya que ellos querían marchar en línea recta, cosa que hubiese sido peligroso para nosotros, ya que en otras ocasiones había visto yo dichos terrenos y estaba seguro por dónde dirigir a mis discípulos y pese al murmullo que se formó entre ellos, oyendo yo algo desfavorable hacia mi persona, pero con todo y eso siguieron todos por donde yo les indicaba el camino.

Como yo iba delante pude ver un trecho de la carretera, pero como me despisté empezaron a sospechar que yo mismo estaba perdido.

FERMÍN -. ¿Pero si no sabe por donde va?.

Tuve que alzar un poco la voz para que me siguieran todos; ya que la carretera se encontraba a pocos metros de nosotros, era así que estábamos sobre la carretera y no la veíamos de tanta tierra y arena que tenía encima y descubriendo con la punta del pie la arena quedé al descubierto el asfalto, quedándose más tranquilos mis discípulos.

Después de pasar dos carreteras más principales que la que habíamos llevado, encontramos una calle de Madrid perpendicular a dichas carreteras dando con el colegio y al verle todos los chicos quisieron salir corriendo hacia el mismo, pero yo los retuve dando una gran voz, para que pasásemos todos por el paso del semáforo y así lo hicimos, llegando al colegio todos extenuados, estándonos esperando nuestro profesor para que no dijésemos nada de lo sucedido y así fue; pues todos, a unisonos, nos callamos el evento que nos había pasado aquel día.

Cosa curiosa, pues en frente de nosotros, mediando un descampado por medio, había otro colegio de igual gremio pero de chicas y por aquello de que nos creíamos mayores, pues habíamos empezado el bachiller, decidimos entablar amistad con algunas chicas de aquellas.

PACO -. ¿Cómo lo haremos?.

SAMUEL -. Muy sencillo; yo tiraré el balón para que caiga fuera del colegio por la parte de los servicios y como la pared, cerca de dichos servicios, está medio caída, se sale por allí sin pedir permiso a por el balón, aprovechando un recreo de dichas chicas.

Así se pensó y así se hizo, pues en un descuido de los sacerdotes tiré el balón al descampados llevándomelos a todos a las puertas del otro colegio para entablar conversación con algunas de aquellas chicas que salían a la puerta de su centro de estudios.

SAMUEL -. ¿Cómo te llamas?.

PATRICIA -. Me llamo Patricia.

SAMUEL -. Pues yo me llamo Samuel.

Era una muchachita de cabellos rubios y de té rosada, cayéndola los cabellos lisos sobre la espalda y con manos sedosas.

Y una vez que yo hube entablado conversación con aquella chica se atrevieron los demás condiscípulos hacerlo con las otras chicas con tan mala suerte que percatándose las monjas que estábamos allí, salieron a por las chicas para en un segundo entrarlas en el colegio. Nos quedamos solos y sin saber qué decir, de modo que decidimos volver a saltar las tapias de nuestro colegio y con mucho disimulo seguir echando un partido de fútbol.

Tuvimos suerte otras veces, cuando las monjas sacaban a sus pupilas a dar un paseo a los alrededores del colegio; pues lográbamos alternar entre ellas sin ser visto y como un señor que vivía cerca de un barranco que había allí mismo ponía su música muy alta, de vez en cuando, también echábamos nuestros bailes. Aquella amistad, entre las chicas y nosotros, se estaba consolidando.

También tuvimos suerte cuando llegaron las vacaciones del verano; pues todos habíamos pasado el curso y cuando volviésemos ya estábamos en segundo de bachiller, hechos unos hombrecitos y haciendo que se nos respetasen por parte de todo el colegio.

En cuanto a las vacaciones estivales no les cansaré mucho; puesto que fueron semejantes a las del año anterior y en un santiamén se me pasaron los días de fiestas y jolgorios para volver un año más al colegio de Madrid, pero esta vez sin tanta reminiscencia para hacerlo; ya que me estaba acostumbrando a estar en dicho colegio y por otra parte tendría que seguir allí liderando a mis condiscípulos, ya que yo tenía ganas de verlos a todos para saber cómo se encontraban.

El año, sí; ¡el año!. Y vaya año que se nos venía encima, pues nada más que comenzamos las clases tuvimos unos Ejercicios Espirituales, sin saber por dónde nos había caído aquello y claro está, que pronto nos dimos cuenta el por qué de tanta religiosidad en nuestras personas. Los sacerdotes nos querían preparar para la visita del

padre prior de la congregación y así fue, que un día nos convocaron a todo el colegio, en fila, dentro del pórtico para recibir con todos los honores a dicho sacerdote: Con boato y toda la pompa que se le podía echar encima, fue recibido aquel padre.

Estaba siendo un curso más pesado que el anterior, o tal vez que pensábamos más en las chicas y menos en los libros; pero lo cierto fue que un buen día se anunció una excursión de una semana y en un barco para poder visitar la costa africana y poder ver la manera de vida que llevaban allí algunos nómadas del desierto al llegar a la gran urbe.

DANIEL -. ¿Vas a ir tú, Samuel?.

SAMUEL -. ¿A dónde?.

DANIEL -. A dicha excursión.

SAMUEL -. No me atrevo pedir el dinero que cuesta ir a dicha excursión a mis papás.

Era verdad, que no me atrevía a pedir dicho dinero a mis papás; ya podía conformarme que me pagasen el internado en dicho colegio recibiendo la cultura necesaria y la rectitud en la religión, pero cuando supimos que iban también el colegio de chicas que teníamos frente al nuestro eso fue otra cosa, no dejábamos pensar en ello.

Y una mañana, muy temprano, nos levantaron a cuatro curso; todos los que nos habíamos suscrito para dicha excursión. Preparatoria, Ingreso, primero, segundo. Y allá que nos fuimos en varios autobuses hacia un puerto cercano al estrecho de Gibraltar.

Pero como habíamos llegado tarde, era ya por la noche, las carreteras no estaban para correr mucho, nos tuvimos que acostar en el barco que nos llevaría hasta alguna población de la costa africana.

La noche la pasamos hablando de si yo corro más que tú jugando al fútbol y que si tú no estudias tanto como yo, hasta que se aproximaron las chicas y eso fue dar un giro

completo a todo el panorama en cuanto a nuestras expectativas de reunión. La conversación se desvió sobre qué música gustaba a cada uno y sobre los ídolos que tenían dichas chicas para poder imitar un poco a dichos astros de cine o a dichos cantantes.

Era ya muy tarde, horas avanzadas de la noche, cuando se fueron apagando nuestras pequeñas voces y más bien nos entregamos al descanso de nuestra agitada jornada en el autobús, pues cansa mucho todo un día sentado viendo pasar paisajes por la ventanilla del autobús.

Yo me había tumbado en cubierta, cerca de unos fardos que había allí para desembarcarlos al llegar a la costa y comencé a mirar el Cielo que estaba totalmente iluminado por infinidad de Estrellas y Luceros. Un Cielo, como digo, totalmente estrellado, más que nunca; pues yo no había visto así al Cielo en la corta vida que tenía, ya que parecía estar viendo el comienzo de la Gloria tal y como me lo habían descritos aquellos sacerdotes.

No sé de dónde salía una luz un tanto atenúe, pero que hacían ver la cabellera de Patricia más bonita que nunca, ya que las monjas decidieron que durmiesen, pero separadas, las chicas esa noche en el barco, al no encontrar fonda; ya que el presupuesto recaudado no llegaba a tal extremo.

No obstante nos quedamos dormidos todos a unísono compás, pues aquí un ronquido, allí un bostezo y así se pasaron dos horas, hasta que yo me desperté y pude darme cuenta que el barco se movía. Habíamos zarpado rumbo a nuestro destino, cosa rara para mí, porque no se oían los motores y el barco debía llevar unos enormes motores, muy potentes, como para que no se oyeran.

Me levanté con sigilo, para que nadie se despertase, y me aproximé a las dependencias de máquinas, no viendo a nadie. Más tarde me fui donde estaba el timonero, para poderle preguntar el rumbo escogido y la sorpresa fue mayúscula; pues el timón estaba amarrado y sin timonero, allí no había nadie dirigiendo aquel barco.

No me arredré y yéndome a los camarotes, más bien ocupados por las chicas, ya que el barco no tenía mucha eslora, me pude dar cuenta de que solamente lo ocupaban las chicas; pues el camarote del capitán estaba un poco abierto, consiguiendo yo abrirle del todo para ver que allí no se encontraba el capitán de la nave.

No lo dudé, salí a cubierta y desperté a Daniel, Paco y a Fermín para situarlos en la pura realidad, y la pura realidad era que nos encontrábamos solos y a la deriva. Alguien había quitado las amarras que nos ataban al muelle y el barco comenzó a moverse según las olas.

No nos dio tiempo a reaccionar mucho, ya que comenzamos a ver la costa africana cerca de nosotros, pero cuando el barco varó ya los tenía yo a todos los chicos y chicas levantados, habiéndoles transmitidos el problema que teníamos: Más bien en la situación que nos encontrábamos.

Varó, claro que varó el barco; pero yo no me atrevía a decir a nadie que bajase a la orilla para inspeccionar aquel terreno, no fuese a ser que le pasase alguna cosa que luego nos arrepintiésemos.

Duramos un par de horas en el barco sin querer saltar a tierra, hasta que yo me decidí bajar a tierra y inspeccionar aquel contorno, viendo en ese terreno toda una maravilla; pues hasta un río serpenteaba por sus tierras, haciendo toda aquella vega frondosa y con posibilidad de sembrarla de algún producto para su consumición. Unas sierras circundaban todo el terreno haciendo como escudo protector para nuestros intereses y

viendo todo esto me subí al barco con grandes esfuerzos, a través de una cuerda que era por donde yo había bajado a tierra.

DANIEL -. ¿Qué tal?.

SAMUEL -. Creo que nos vendrán a buscar cuanto antes; pues si no, tenemos un buen terreno para nuestra subsistencia.

FERMÍN -. Todo este terreno es un protectorado de España.

PACO -. Sí, pero he oído que le darán carta de libertad, para ésta Nación, pronto.

SUMANUEL -. Mientras tanto es todo nuestro.

Los días sucesivos los pasamos intentando organizarnos, elevando, con unas tablas encontradas en la orilla del mar, una especie de capilla para que los sacerdotes nos pudiesen decir misa; pero como solamente había uno que sí era sacerdote, los otros tres estaban terminando alguna asignatura, él decía la misa, mientras los otros nos impartían las asignaturas pertinentes de nuestro curso.

Pasaban los días y con ellos nuestras esperanzas de que viniesen a nuestro rescate; así que un día vi aproximarse a todos los componentes de los diferentes cursos a mi persona para hablarme de la situación.

SAMUEL -. ¿Qué significa esto?.

DANIEL -. Que tú serás nuestro general.

No cazaba yo muy bien el sentido que le estaba dando a las palabras dicho chico, mi discípulo Daniel, por lo tanto me atreví a preguntar con muchos rodeos para que no se diesen cuenta que no sabía yo qué era lo que me querían decir con aquello, de que yo iba a ser su General.

SAMUEL -. Si nos organizamos podremos subsistir.

DANIEL -. Por eso. Será como la jerarquía militar; así no habrá males entendidos y además nos resguardan aquellas sierras.

SAMUEL -. Sí y no.

DANIEL -. ¿Y eso?.

SAMUEL -. Tenemos, al parecer, las espaldas resguardadas; pero sólo al parecer: Pues sin saber qué hay detrás de dichas sierras no debemos tirar las campanas al vuelo.

DANIEL -. ¿Debemos ocupar dichas tierras, según tú?.

SAMUEL -. ¡Ocuparlas!.

Era palabra fuerte lo que yo había dicho en aquella ocasión, pero así se hizo; ya que un grupo de valientes lograron sobrepasar aquellas sierras para observar lo que existían en la otra parte, en las faldas y en los llanos cerca de dichas sierras y era todo un vergel, en donde se podía fundar, según yo, una gran ciudad.

PACO -. No nos metamos en berenjenales.

SAMUEL -. Es un protectorado por ahora y podemos hacer lo que os digo.

FERMÍN -. Es que eso de fundar ciudades, son palabras mayores.

DANIEL -. No digamos más y hagamos lo que nuestro general nos ha dicho.

Mi palabra era Ley para todos, de modo que pensé formalizar una especie de reglas en donde nos pudiésemos acoger cada uno y cumplir con las normas de dicha sociedad y así fue construida una especie de Constitución Parlamentaria, en donde lo que se dijese allí tuviese la suficiente capacidad moral y legislativa para llevarse a cabo. Y para ello nombré como mi subteniente a Daniel, encargando a los demás las diferentes zonas en que habíamos dividido el terreno ocupado por nosotros, pues hasta a Patricia la tocó llevar un pequeño terreno, ya que era en la que más confianzas tenía yo.

Y así se fueron estructurando una especie de administración, en cada zona de los diferentes terrenos ocupados; así a Daniel le hice permanecer cerca de mi persona y a Paco le hice gobernar parte de las sierras y la caída de esta, la falda traseras de las mismas, así mismo le ordené a Fermín tener cuidado con la llanura ocupada de la parte trasera de dichas sierras, pero dependiendo de Paco, y como necesitaba a alguien para que le ayudase, le di a su novia: Rosario.

Me di cuenta, al decidí que Rosario ayudase a Fermín, que las demás novias debían ayudar a sus respectivos enamorados y así se lo transmití: Helena a Daniel, Amparo a Paco y Patricia a mí.

¡Qué sacrificios, madre mía!; pues no teníamos ni casa donde resguardarnos y menos mal que había uno que su padre tenía, por aquel entonces, un horno donde se tostaban los adobes, sabiendo hacer adobe él mismo y así comenzamos unas edificaciones, que con el tiempo persistieron; ya que cuando decidimos hacer ladrillos, los entraba el mal de los mismos desmoronándose, teniendo que volver a construir los jastiales de nuevo, mientras que el de los adobes persistió en los tiempos.

Sacrificios mucho; pues en vez de buscarnos nos dejaban allí, ya que estábamos haciendo una buena labor con todo aquel terreno, pues en la parte que daba al mar ya teníamos una pequeña ciudad levantada y en la llanura de la parte posterior de las sierras teníamos otra en perfecta remodelación, entre lo que había y la parte nueva que se estaba edificando.

Un día vimos llegar a un numeroso grupo con camellos hacia donde nos habíamos asentado, en la parte trasera de la sierra. No sabíamos quién podrían ser dichos señores, lo cierto era que venían con bastante personal y bastante carga en los camellos.

DANIEL -. ¿Tú observas?.

SAMUEL -. Sí-

DANIEL -. ¿Quién podrán ser?.

SAMUEL -. Parecen Beréberes, pero el desierto está bastante retirado de nuestros dominios.

DANIEL -. ¿No digas?. ¿Qué hacen aquí?.

Eso yo no sabía, lo que pudieran hacer en dicho terreno tan alejado de sus confines, de donde ellos viven y tienen su medio de vida; de modo que como los camellos venían despacio nos dio tiempo a organizarnos y prepararnos para su recibimiento. Y ya cuando estaban a nuestra altura salimos con idea de que se detuvieran, echándolos el alto antes de llegar a nuestra ciudad; no fuese a ser que la quisieran conquistar dichos señores. Pero en cambio, en vez de revolverse contra nosotros nos instaban a que comprásemos lo que ellos portaban en sus camellos, cosa que me dio una buena idea.

Hice entrevistarme con el que mandaba dicha expedición para ponerles las bases de la convivencia entre nosotros, aceptando todas las normas que yo les imponía, cosa que me dio qué pensar; pues aquellos señores eran tribus o etnias bien definidas para la guerra y ahora presentaban señales de sumisión a lo que se les estaba imponiendo por parte nuestra.

La mayoría de ellos se quedaron en la llanura y parte atravesaron las montañas para llegar a la ribera del mar, siendo operativos unos y otros ya que sabían cultivar la tierra con unas semillas que habían traído de otros sitios donde ellos vivían.

PATRICIA -. A estos los podemos emplear en otro trabajo, que te lo hacen.

SAMUEL -. Como no sea en construir un muelle; ¿no sé en qué los voy a emplear?.

PATRICIA -. ¿Qué dicen nuestros sacerdotes?.

SAMUEL -. Ellos no se quieren meter en el sistema de administración, dicen que eso no es lo suyo; pues ellos se deben a cosas Celestiales, no a cosas terrenales; sin saber que este sistema es una administración económica, no un sistema gubernamental.

PATRICIA -. No sabía yo eso.

No solamente sabían cultivar la tierra, si no que eran perfectos albañiles en la construcción, elevando un buen muelle: Pues no sabía yo qué entendieron cuando les ordené abrir un pequeño dique para que sirviese como embarcación para el barco que se estaba haciendo polvo encallado en la arena del mar.

Tan bien lo hicieron que en unos días vimos arribar en el muelle a otras dos embarcaciones, que venían buscando abrir mercados en tierras vírgenes para ellos. Y por supuesto no se fueron descontentos, que les agasajamos lo mejor que supimos para que no solamente volviesen ellos, sino también otros barcos atraídos por la buena hospitalidad que les dimos a los primeros.

DANIEL -. Tenemos que abrir un buen paso en plena sierra, para comunicarnos los unos con los otros.

SAMUEL -. Hay que esperar a mejores tiempo, no vaya a ser que por abrir un buen paso, pasen como si fuesen por su casa otros grupos de beréberes no afines a nosotros.

DANIEL -. No había caído yo en eso. ¿Por lo tanto es mejor que se conserve con un poco de dificultar el paso de las sierras?.

SAMUEL -. Efectivamente.

Y como no podían pronunciar bien los nómadas aquellos el nombre de Patricia, la comenzaron a llamar “Rosa Fort”. No sabía yo qué significaba aquel nombre, pero como persistían en lo que ellos pensaban habían que dejarlos llamarla de tal manera:

Rosa Fort.

No fue eso sólo, que como Helena tenía bastante genio y las órdenes las daba a voces y con coraje, cosa que me gustaba, la comenzaron a llamar: “La loca”.

Ya teníamos rebautizados a dos miembros de la administración y no quería yo que se rebautizase a alguien más; de modo que los reuní al grupo administrativo para que tuviesen cuidado con aquellas personas y las trataran lo mejor que pudiesen, dentro de un buen orden; para que no se desmadraran y pudiesen causar alguna molestia para nosotros, y como en todo sistema administrativo hay parte de un pequeño escollo de supervivencia, fuimos al buque a por los cuatro fusiles que había allí, así como un lanzagranadas y varias bombas de manos; que no se yo qué harían allí. Pero como la mente humana es muy intuitiva, pensamos que esas armas eran sistema de contrabando, se las estaban llevando a dichos beréberes y por eso se habían presentado en aquel terreno olvidado de la humanidad.

Tuvimos un problema en el paso a través de la montaña y eso me dio hincapié para nombrar un sistema de vigilancia permanente en dicho paso, comenzándose las obras de un fortín de inmediato por parte de nuestros buenos amigos y con tan buen acierto que en pocos meses estaba terminado pareciéndose poco más o menos a una fortaleza militar en orden. ¿De donde habían sacado dichos señores la experiencia para hacer tales edificaciones, como fortines o como fortalezas militares?: Eso me estaba siendo un dilema, lo cierto fue que las armas las guardamos en dicha fortaleza, me pareció mejor que estuvieran allí.

Un día llegó una embarcación de recreo amarrar en nuestro muelles preguntando por mí, con el sólo propósito de quererme vender más armas y yo no sabía de dónde iba a sacar el dinero para poder hacer frente a dichos pagos. Pero como la mente piensa y a

una velocidad asombrosa, pensé no darlos dinero, más bien hacerles una concesión que a la larga me parecía nos repercutiría beneficios pingües.

Para su completo desarrollo convoqué reunión en la Cámara, siendo bien visto por todos sus componentes.

DANIEL -. ¿Y dices que dicho casino nos podría engrosar las arcas del tesoro?.

SAMUEL -. A lo primero no sería un casino; sería más bien una sala de juego, en donde llevaríamos el diez por ciento de las ganancias.

PACO -. Se lo llevan todo ellos.

SAMUEL -. Déjame que hagamos dinero; ya verás como luego, los que levantaríamos el Casino seríamos nosotros.

FERMÍN -. ¿Y han caído en ese ardid?.

SAMUEL -. Totalmente, pues ellos lo que pretenden es otra cosa.

Los quedé a todos con la boca abierta, cuando yo dije aquello que esos señores, tan ricos y poderosos, pretendían otra cosa; iban por otros derroteros más bien que obtener el vil y simple dinero del juego.

Y como hubo algunos de los míos que no las tenía todas claras y sospechaba alguna cosa mala de aquellos señores, tuve que poner un servicio de vigilancia encubierta, para que no sospechasen que los estábamos vigilando y créanme ustedes que sus movimientos y sus acciones eran de lo más deshonestas del mundo. Trajeron señoritas de moral despistadas, cubriéndolo con toda clase de tráfico; con todas clases de mineral noble, así como tráfico de armas, abasteciéndonos de todo armamento que había en el mercado.

Yo no estaba todavía satisfecho con lo que nos proporcionaban aquellos señores y yéndome una noche al yate, pregunte por William, que era el jefe para comunicarle mis pensamientos.

WILLIAM -. Usted dirá, mi general.

SAMUJEL -. Está ustedes sirviéndonos a las mil maravillas con lo que respecta al armamento.

WILLIAM -. ¿Pero falta algo?.

SAMUEL -. ¿Cuándo lo tendremos?.

WILLIAM -. Debía haber un atracadero mayor, en este no pueden atracar los buques de más calado y descargar tal armamento pesado en alta mar, sería fatal para todos nosotros. Como deben saber todos ustedes y sé que es así, les dejan estar aquí porque están haciendo el juego al gobierno de su nación; si no, ya les hubiesen echado de este sitio.

SAMUEL -. Nos conformamos con armamento menos pesados, pero de iguales características.

WILLIAM -. Surtirá el mismo efecto.

No pude estarme quieto, pese a la noche que había pasado en aquel yate; tomando toda clase de bebidas y alternando con chicas estupendas: Así que pasando la sierra me fui yo solo a la otra llanura para comunicárselo a Paco y a Fermín, así no les haría venir a la ribera del mar desde donde ellos se encontraban.

Pero en dicho camino, me salieron unos señores con muy buenas proposiciones y mejores hechos; ya que agasajándome y llamándome mi general, querían que me allegase a una Jaima para ver a su jefa, la cual me quería proponer alguna cosa importante para dichos lugares de nuestros asentamientos.

¡Madre mía!; pues nada más que entré en aquella tienda, corrieron la lona de la entrada aquellos caballeros dejándome a solas con una señora guapísima y con miembros bien desarrollados, entrándome un no se el qué por todo mi cuerpo, ya que se abalanzó a mí echándome los brazos por encima de todo mi cuerpo e induciéndome, con las fuerzas de sus músculos a que me acostase en una especie de cama que existía allí mismo; para más tarde abalanzándose sobre mi cuerpo, me hacía todas clases de caricias y carantoñas, logrando que mi hombría se despertase de tal manera, que no había de que aquello volviese a su estado normal.

Sin saberlo, me había casado con aquella señora; pues eso era todo el ritual que contemplaban aquellos nómadas. ¿Qué hacer?; no sabía si salir corriendo o permanecer allí hasta enterarme de algo que pudiese llevarme a buen puerto.

A buen puerto no sé; pero lo que sí supe una vez que entró un señor en aquella tienda y sentándose enfrente de los dos y haciéndonos fumar una especie de algo que yo no sabía qué era y dándonos a tomar una taza de té, me comunicó algo que se me había escapado de la vista. Y era que aquel lugar estaba más oriental a las otras defensas y por allí podían penetrar toda clase de personas no gratas para nuestros intereses.

Yo pregunté quien era dicho señor y la señora me dijo que era su lugar teniente, que le debíamos hacer caso, a parte de que también era su padre. Y mientras me estaba diciendo eso la miré a los muslos por la parte interior delantera observándola unas piernas impresionables. Y sin darme cuenta la puse la mano sobre sus mulos, por lo azarado que me encontraba, pero ella me retiró la mano, como en señal de tener vergüenza; pero de inmediato entraron dos chicas con una palangana limpiándola todo el cuerpo para después entrarse en una especie de bañera que había allí mismo, no sin antes haberla llenado dichas chicas con agua caliente.

Quedó bien sentado que debía confiar en ella, ya que ella era desde ese mismo día mi compañera, como ella decía, y que nunca me traicionaría si yo no la traicionaba a ella antes.

Me costó convencerla para que me dejase marchar a mi lugar destino y poder participar mis pensamientos con mis generales, y así logré seguir mi camino, enterando a Paco y a Fermín que pronto tendrían armamentos poco más o menos pesados.

Entre medias vi a los sacerdotes evangelizar a los nativos de dicha región, cosa que me gustó; pues así nos ayudarían con más efectividad.

Y como convoqué a Paco y a Fermín en la Cámara, allí que se presentaron a la hora convenida y estando todos, me miraban con ganas de saber el por qué de dicha convocatoria.

SAMUEL -. Estáis deseosos por saber el por qué de dicha convocatoria, ¿verdad?.

A unísono confirmaron mi pregunta, y yo para que no se pusieran más nerviosos todavía me dispuse a explicarlos lo que yo había pensado, al no ser que fui cortado por Daniel.

DANIEL -. Me huele que nos vamos a constituir.

SAMUEL -. Tú escuchas y luego decides. Es hora de abrir una buena vía a través de la sierra; pero para ello tenemos que tener obreros, picos y palas necesarios como para no tardar mucho tiempo, ya que va en ello el trasportar el armamento pesado y las mercancías de una parte a la otra.

PACO -. ¡Ya era hora!.

SAMUEL -. Lo mismo te digo, calla y escucha. Tenemos que tener alguna clase de pesca, más bien en bajura, ya que no es viable ir a quitar la pesca a los que están constituidos de antemano y por otra parte, con las barquitas que tienen nuestros súbditos no es viable otra clase de pesca.

FERMÍN -. Vendrá bien un poco de pescado en mi ciudad.

SAMUEL -. Debemos dividir en dos provincias nuestra ocupación, una Ribera y la otra Ribera Alta.

Todos oían sin rechistar y como absortos, por no habérselos ocurrido tal decisión; pero yo veía que Fermín se removía mucho en su asiento, por eso me adelanté a él, antes que me hiciese la pregunta pertinente.

En cuanto a Ribera Alta tendrá dos ciudades, la una mandada por Paco que será Jorman y la otra mandada por Fermín que es Colssen, dependiendo de la administración de Paco. En cuanto a Ribera será la única ciudad que existe, denominándola como pondremos a dicho país, ya que nación no se puede denominar a nuestro territorio por estar enclavado dentro de una nación, que dentro de poco tiempo se desligará del protectorado.

DANIEL -. ¿Y qué nombre pondremos a nuestro país?.

SAMUEL -. Tú te acuerdas como me llamó Monseñor en el día de mi confirmación?.

DANIEL -. SanSituad.

SAMUEL -. Pues así mismo llames a la ciudad de Ribera y a nuestro país: Desde estos momentos se comenzará llamado a nuestro país: SanSituad.

Todo quedó bien sentados y por la noche nos fuimos todos a la casa de juego, que no casino, para expansionarnos un buen rato y cuando íbamos llegando a dicho edificio, se veía tan precioso; pues sus luces se reflejaban en el mar, haciendo un contraste de luces entrañables a la vista. Y desde allí se veía mejor el muelle, en donde ya estaban ancladas infinidad de embarcaciones que arribaban allí con más o menos ideas, pero que nosotros las dejábamos para crear un pequeño comercio interior.

También decidimos remunerar al personal que trabajase para nosotros, así florecía el comercio en dicho país, en vez de estrangularlo y que no tuviese salida alguna. La sala de juego nos repercutía pingües beneficios, pues de allí salía la mayoría del dinero que ingresábamos en nuestras arcas del tesoro de aquel país. Y hasta acudieron a la llamada de aquel resurgimiento, en el seno donde solamente había habido arenas y dunas, abogados y otros profesionales más, que tanto bien hacían para el desarrollo social e industrial de aquellas tierras colonizadas; pues al final decidimos que fuese así, que se denominase a la acción de asentamiento, como una colonización, no como una invasión o apoderamiento de dichas tierras; ya que aquellas tierras tenían gobernantes encubiertos hasta que dejase el protectorado de existir en dicha gran Nación.

En vez de armas, nos trajeron toda clases de herramientas para picar y retirar los escombros; así que en pocos días se vio lleno de gentes todo el paso que atravesaba aquella sierra, haciéndose las cunetas y la carretera, aunque de tierra, más ancha. Ya había un buen paso entre ambas provincias: Ribera y Ribera Alta.

Pero eso sí, tenía un pesar dentro de mi Alma que me carcomía mi ser en cuanto todos iban a lo suyo; tantos los nativos, para obtención de enseres y herramientas que les sirviesen para la fuerza, pues parecían que se estaban preparando para algo, como los visitantes explotándonos en nuestros más íntimos deseos y pensamientos al traer toda clase de cosas como se estaba dando en el mercado mundial, quedándonos abastecidos hasta las cejas de armamentos y productos electrodomésticos; como así una pequeña emisora, de un solo cable con una autonomía de treinta kilómetros, que ponto nosotros conseguimos ampliar sus instalaciones con una buena antena pasando la vieja emisora a Ribera Alta y así poder evangelizar mejor los Sacerdotes a los nativos. Tanto fue así, que consiguieron se llegase a nuestro país Monseñor para confirmar a muchos nativos y

bautizar a otros tantos. Con Monseñor se fueron algunos nativos que querían abrazar la religión más íntimamente, decidiendo dicha diócesis hacer un llamamiento a la curia para que nombrase un prelado allí mismo, y así se hizo en tiempo prudencial.

Las ciudades eran florecientes, en cuanto corría dinero y sobretodo dinero fresco; ya que todos cobraban la parte de su jornal, sin escatimar horas extraordinarias.

No sé por qué se me invitó a reunirme con mis generales un buen día; pero lo cierto era que allí se intentaba hacer algo, ya que nosotros no estábamos constituidos y a mi simple parecer que eso es lo que querían mis condiscípulos, ya que se tomaban muy a pecho eso de la graduación.

SAMUEL -. ¡Bueno!; vosotros diréis.

DANIEL -. Hemos constituido todo lo que hay en el país; pero nosotros no estamos constituidos.

HELENA -. ¿Haber lo que te parece?.

SAMUEL -. Tú dirás.

DANIEL -. Tú serás Capitán General, yo Teniente General, Paco General de División y Fermín General de Brigada.

SAMUEL -. A mí me parece bien lo que habéis pensado; pero habéis olvidado algo.

DANIEL -. ¿Tú dirás?.

SAMUEL -. Olvidáis a las chicas.

DANIEL -. ¿Entonces?.

SAMUEL -. Es muy importante que ellas también sean generales. Y señalando a Patricia la nombré como general: Rosa Fort.

Lo más importante era que se sintiesen queridas aquellas chicas por nosotros mismos y no desplazadas en su integridad física y moral.

Así nos constituimos en graduación de menor a mayor; pero cuando me vi solo me sentí empujé a la vez, ya que no se me debía ir la cabeza y saber en todo momento quien era yo: Samuel. Solamente era Samuel, pues en un tiempo determinado así iba a ser, en cuanto se fuese el protectorado a su nación y quedase aquella nación sola.

Las personas nativas sabían hacer harina del trigo y pan, pero edificamos unos molinos en la cuenca del río que discurría, desde las sierras al mar; pues hicimos una presa y con dicha potencia lográbamos moler el trigo y tener la suficiente harina como para hacer el pan artesanalmente, y todavía hubo alguien que apuntó a la fuerza de poleas mediante la corriente eléctrica, pero como allí no teníamos casi a penas electricidad tuvimos que emplear aquella presa para salto de agua y así crear más electricidad para que hubiese un poco de industria.

Un día me avisó Daniel de que se me iba a llamar por parte de las autoridades eclesiástica y yo me adelanté a ellos.

SAMUEL -. Lo que quieren los sacerdotes es alguna concesión económica y alguna contraprestación.

DANIEL -. Yo ya te he dicho lo que he oído.

SAMUEL -. No los haré venir aquí, pediré audiencia y me adelantaré a ellos.

Sabiendo lo que querían los sacerdotes, me adelanté a sus pretensiones ofreciéndoselas yo; de modo que acompañado de mis contables me dirigí al Obispado para ofrecerles mis servicios en forma de ayuda económica y moral.

SAMUEL -. Les vengo a ofrecer ayuda económica; pues veo que los seglares tienen que pasar a la península para ser investido en ella, así que creo conveniente tengan unas buenas aulas para impartir sus enseñanzas, así como una subvención anual para hacer frente económicamente a todos sus eventos y ayudas a los señores y señoras oriundos.

Salí de allí despidiéndome muy amablemente todos los sacerdotes, no solamente Monseñor; si no también mis profesores y por aquello de que ya estaban en condiciones morales y constituidos en aquel país, seguimos nuestros cursos, ya que empezaron a impartir las clases nuestros profesores, respaldados por el colegio: Era igual que si estuviésemos en Madrid dando clase, ya que los exámenes nos los pasaban dichos sacerdotes; así habían acordado con el gobierno español. Y ya estábamos comenzando cuarto de bachillerato, las dudas eran dónde teníamos que hacer la reválida.

Un día decidí ir solo por la carretera, para ver cómo habían dejado aquella vía que antes servía como camino de cabras y nada más: Me asombré de lo bien que se había quedado dicha carretera, aunque de tierra. No había ni una sola piedra en el trayecto de la misma, ya que se nombraron cuadrillas de retén para su mantenimiento, discurriendo paralelamente a la carretera la conducción eléctrica: Aquello parecía otra cosa, ya más formalizada y más civilizada.

Decidí ir primero a Colssen, que estaba regida militarmente por Fermín, sin acordarme de la buena señora que me había recibido otra vez en su campamento.

Como les digo, no me acordaba de la señora Jana, que al parecer era mi señora según las leyes de aquellos moradores; pues bien, en un momento determinado me salieron tres camellos con sus monturas, como se suele decir en la península, que me invitaron a visitar a la jefa de aquellos señores y allí que me fui. Antes de llegar uno de los señores que me abrían el camino a mi nueva morada, sacó un cuerno haciéndolo tocar con todas sus fuerzas, aquello era una señal de que llevaban lo que se les habían acometido.

Cuando llegué al campamento, al primero que vi fue al padre de la señora que me estaba esperando en su Jaima, tumbada en una especie de jerga, con todas las sedas habidas encima y bien perfumada y lavada.

Yo entré en aquella tienda un poco remiso, ya que las fuerzas de aquella señora eran bastante considerables; pues se podía batir con un hombre perfectamente, pese a su belleza y buenos modales.

Me hizo un gesto con las manos de que me aproximase a ella y nada más que me tuvo al alcance me agarró de la guerrera tumbándome en aquella especie de cama, para enseñarme todo su cuerpo, ya que no llevaba nada encima más que las sedas.

Pero cosa curiosa, que aquella señora, la mía según aquellas gentes, me dejó vía libre para que yo me pusiera cómodo y ajustándose un poco más en su sitio de aquella jerga me dejaba lado a mí para que me arrimase a ella.

No sabía lo que hacer, si arrimarme o salir corriendo; pero cuando vi aquellos ojos mirarme fijamente, sin pestañear, sin ganas de esforzarme y como con una seguridad asombrosa, no pude por menos que exclamar.

SAMUEL -. Jana, te veo muy segura de ti misma.

JANA -. Estoy delante de mi compañero; ¿no sé a qué debo tener reparos?.

Aquello me hizo caer de bruces al pie de ella y sin poder librarme, ya que me abrazaba por todo el cuerpo, no sé ni lo que pasó allí, otra vez de nuevo; pues al terminar de estar con ella, volvieron a entrar dos chicas aseándola a Jana para más tarde bañarla en la bañera que había dentro de aquella tienda de campaña, aunque allí no había pasado nada de nada.

Me sentaron en mi caballo cómodamente, ya que yo sólo se veía que no lo podía hacer, por tener mis sentidos un tanto atrofiados; sobretudo el de la orientación, que si no hubiese sido por mi caballo aquel día me había salido del país.

Consulté con mis dos generales de las fuerzas que teníamos ayudándonos en el extremo oriental y ellos se alegraron, ya que era un flanco vulnerable totalmente, debido al

declive del terreno. Camino de aquel campamento llevaba en la cabeza una idea y así se la comunicó a mis dos generales: Paco y Fermín; queriéndoselo comunicar a los demás generales.

PACO -. ¿Como a la loca?.

SAMUEL -. Cállate, no te vaya a oír Daniel. No quiero roces con ninguno de vosotros.

PACO -. Pero si estamos solos, hasta Fermín se ha retirado al excusado.

SAMUEL -. Pero quiero que os tratéis lo mejor posible, entre todos vosotros.

Al llegar Fermín estaba de acuerdo con lo que yo había pensado de aquella señora, Jana, y por lo menos así se me comunicó.

FERMÍN -. Estoy de acuerdo contigo el nombrar general a la señora Jana.

SAMUEL -. No. En este caso será coronel.

Paco, al oír aquello, echó una mirada a Fermín frunciendo el ceño, como dando a entender que el palmito se lo llevaba él. Y Fermín, aspirando una bocanada de aire, dejó sentir su conformidad y complacencia al verse, todavía, el jefe de aquella región; pues sería él el que rigiera administrativamente a Jana, dependiendo de Paco los dos.

FERMÍN -. ¿Pero les tendremos que dar armas?.

SAMUEL -. Justamente.

PACO -. Ya sabes tú para qué quieren las armas.

SAMUEL -. Les uniformaremos, pues al verse uniformados tendrán más reparos.

PACO -. ¡AH!; ¿Pero es que tenemos más uniformes?.

SAMUEL -. De contrabando. Hemos logrado cargamentos de ellos. Así es mejor y se sentirán de otra manera; como más respetadas clases y ellos más seguros de sí mismos.

Era cierto, que en aquellos días habían llegado unas embarcaciones con infinidad de uniformes para las tropas; así no se veía todo aquel contingente de personal como separados por algo que los podía dividir, que era sus vestiduras.

Hubo afluencia de personas a través de nuestras fronteras, pero se las dejó pasar porque hacía falta mano de obra y eran bien recibidas todas ellas, aunque en sí trajeran a las mujeres y a sus críos.

Tanta afluencia de personal estaba habiendo en una época, que por llegar a nuestra colonización llegaban todas clases de gentes de todo estamento social y de todas las maneras de pensar; pues tuve que salir en defensa de la coronela Jana, ya que estaba siendo atacada por un grupo, bastante numerosos, de nativos. Y allí que me fui con la primera compañía, ya que nos dividimos en compañías y la mía era la primera; pero como aquellos nativos se les estaban agregaron otros y otros, no sabía yo lo que hacer en aquella ocasión.

SAMUEL -. ¿Qué haces?.

SOLDADO -. Apuntar.

SAMUEL -. ¡Quita para allá!. Tira al aire; ¿Haber si le vas a dar a alguien?.

SOLDADO -. Como quieras Samuel: Quiero decir que, como quiera mi general.

Ni tirando tiros al aire se asustaban aquellos aguerridos ciudadanos de aquella Gran Nación; pues ellos iban con una sola idea, ya que nuestro ejercito se componía, la mayoría de personas jóvenes.

Aquella idea era el hacerse con la mayoría de las armas que tuviésemos en nuestro poder, ya que algo perpetraban para sus intereses; pues aquel punto de la costa estaba siendo una puerta de gran tráfico de armamento.

Pedí auxilio a otras compañías, acudiendo la Loca con la tercera compañía y Rosa Fort con la quinta compañía, logrando quedarla alejada de la contienda y echando la llave al cerco de aquellas persona. ¿Qué sería si se encontrasen Patricia y Jana frente a frente: ¡No sé!.

Ni corta ni perezosa se bajó del Jeep Helena, La Loca, y cuando aquellos señores vieron a una señora dirigirse a ellos, sin recibir órdenes de parar el fuego, todos a una dejaron el combate para saber qué quería hacer aquella señora puesta en medio del fuego cruzado.

Helena se dirigió al que era el que mandaba en todo aquel contingente de personal combatiente y dándole una torta en la cara, le hizo tambalearse de tal manera que le quedó descolocado sus pensamientos, sin ninguna manera de reaccionar a tal provocación.

Los seguidores de aquel señor no sabían qué hacer, pero cuando vieron que su jefe se limpiaba la cara y no comentaba nada, éstos comenzaron a reírse de tal hecho por parte de La Loca.

Y como quisieron retroceder, todos aquellos hombres a sus dominios, Rosa Fort no los dejaba, parecía como un torbellino de genio, defendiendo muy bien su terreno; hasta que recibió órdenes, por parte de un emisario mío, para que desistiese en hacer el círculo a tales señores y los dejase marchar.

De esta manera logramos liberar a Jana; pues la tenían acorralada completamente en su campamento, la habían cogido descuidada; cosa que a mí me extrañó mucho, si hubiesen tenido una pequeña guardia en sus dominios. Pero lo que sí logré fue que no se encontrasen, frente a frente, Jana y Patricia; pues hubiese sido desastroso para mi

persona y los propósitos de quedar bien colonizada dicha región. Y en un par de días ya teníamos todas las tropas, otra vez, en sus respectivos cuarteles.

Una vez al mes nos reuníamos en nuestras respectivas Cortes para tratar de asuntos concernientes a las dos regiones. Y como empezaron hablar entre ellos, no oyendo yo bien lo que decían me atreví a preguntar.

SAMUEL -. ¿Se puede saber lo que estáis comentando entre vosotros?.

DANIEL -. Pues sí, Samuel: Se puede saber.

SAMUEL -. ¿Y qué cosa es eso?.

PACO -. El comercio no florece.

SAMUEL -. ¿Tú piensas igual?, Daniel.

DANIEL -. No solamente que piense igual, si no que estoy asustado del poco flujo que hay monetario.

Me levanté y los hice salir fuera del Parlamento, a la calle, donde se veía la carretera que circundaba la sierra y señalándolos par aquella gran vía, les pregunté.

SAMUEL -. ¿Qué veis allí?.

FERMÍN -. ¿A dónde, mi general?.

SAMUEL -. En la carretera.

Como tardaban en responder todos ellos, los comencé hacer gestos con la mano para que me dijesen qué era lo que veían de raro o de extraño en aquella carretera; hasta que Daniel comentó algo que surtió efecto.

DANIEL -. No hay movimiento alguno.

SAMUEL -. Justamente, Daniel: ¿Y en una carretera qué debe haber?.

PACO -. Circulación de vehículos.

SAMUEL -. A eso es debido que nuestro comercio no florezca lo suficiente. Por otra parte he tenido reparos en formalizar una flota de autobuses para el desplazamiento de un lugar a otro de nuestro personal; ya lo había pensado yo eso, pero facilitaremos la expansión a todo contingente humano que atraviese las fronteras de nuestra colonización, sin saber quienes son y dónde está ese contingente.

DANIEL -. Pero hay que hacerlo. Hay que formalizar unas líneas de autobuses en toda nuestra colonización.

Así se pensó y así se hizo, quedando una hijuela desde Colssen hasta el campamento de Jana, que estaba siendo cada vez más numeroso y más amplio.

Floreció; claro que floreció el comercio, pues hasta el pescado llegaba al sitio más recóndito de nuestra colonización y las frutas lograban llegar frescas y sanas a su lugar de destino. Eso facilitó la posibilidad de construir otras clases de edificios y casas para los colonizadores, más amplias y con más confort, siendo el material predominante el ladrillo y las piedras cogidas del campo; sobretodo de la sierra. Hasta se logró pavimentar las calles de las ciudades, haciendo más visibles y más bonitas aquellas urbes para sus moradores y para llevar mejor las relaciones entre ellos. Antes se había acometido la llevanza de aguas a las ciudades, quitando de todas las casas las fosas sépticas, haciendo grandes cuartos de baños.

Todo esto trajo consecuencia de necesitar más aparatos electrodomésticos, los pocos que habían en aquella época, así como aparatos de radios. Abriéndose industrias madereras y montajes y manejo del hierro; teniendo que estudiar la ampliación de la presa para obtener más capacidad eléctrica de la misma. Se comenzaron hacer unas presillas para alzar otra presa detrás de la que había con más capacidad en kilovatios y poder surtir a todos los hogares y pequeñas empresas de la corriente eléctrica deseada.

AMPARO -. ¿Y cuando ya no se pueda distribuir tanta corriente como haga falta y no haya potencial eléctrico: Qué haremos?.

SAMUEL -. Antes de la desembocadura del río, hay unos montes que servirán para una nueva presa.

ROSARIO -. Bien pensado.

Había convocado a las novias de mis condiscipulos, que también eran generales; pues con mucha vista las nombré de clases y sobretodo con graduación alta, por aquello de: Yo más que tú . . . ? . . .

Las eché una arenga sobre cómo estaba la situación y las promoví para que ayudasen a sus respectivos enamorados a la administración de aquellas tierras tan nobles y bellas para nosotros. Y después que iban saliendo de tal charla, pude observar que Helena se quedaba rezagada en aquella sala, sin ganas de marcharse de allí.

SAMUEL -. ¿Me quieres decir algo?.

HELENA -. Nuestras monjitas me han encargado que te diga algo.

SAMUEL -. ¿Y ese algo, que es?.

HELENA -. Están perfectamente a gusto en todo; lo único es que no tienen un convento para las nuevas novicias, las tienen que hacer lado en sus mismas casas.

La respuesta tenía que ser contundente, por eso después de pensarlo la calmé diciéndola unas palabras de conformidad a lo que ella me estaba preguntando.

SAMUEL -. Ya lo había pensado yo.

HELENA -. ¿Y a qué esperas?.

SAMUEL -. Cuestan mucho la construcción de las presillas de la presa, no hay bastante dinero. Pero en un tiempo prudencial, pensaba yo construir las dos conventos.

HELENA -. Con uno vale; no hay tantas novicias.

SAMUEL -. Uno en Ribera y otro en Ribera Alta. Tú deja que yo haga.

Todo quedó en eso, en que las construiría dos conventos; pero lo que no tuve alcance para comprender lo que Helena me dijo, sobre: Que no había tantas novicias y para saber algo sobre el tema me dirigí, un día, a prelatura preguntando por las nuevas conversiones de aquellos señores.

PRELADO -. Ninguna.

SAMUEL -. ¿Entonces?.

PRELADO -. Gracias a los emigrantes que acuden al terreno colonizado, de otros países.

Comprendí pronto en la situación que estaban nuestros religiosos, pues aunque yo los había visto, otras veces, evangelizar a los nativos, éstos no aparentaban hacer mucho caso a nuevas creencias, ya que las suyas les ataban por vida.

El pulso lo estaba tomando a todo el territorio colonizado y no iba a ser menos el campamento de Jana, al que yo tenía la idea de ponerle el nombre de CAMPAMENTO , a dicha ciudad; porque ya sí era una ciudad. Cada vez se añadían más y más beréberes al mando de la coronela Jana.

Cuando llegué a dicha ciudad, pues ya se debía considerar una verdadera ciudad, pude observar unas edificaciones más acorde con los nuevos tiempos, en donde el ladrillo sustituía al adobe, y algunas casas estaban hechas con un gusto exquisito.

No me fui directo para hablar con Jana; al primero que busqué fue a su padre y éste me alertó de poner un paso fronterizo en la sierra, pues se estaban viniendo todos los habitantes de las tierras lindantes a dicha ciudad y no siempre eran honrosos de ocupar un puesto entre ellos.

Cuando dejé al padre de Jana y estaba siendo llevado para ver a la coronela, el guía me insinuó, a la pregunta que le hice, de que; Jana se dejaría cortar una mano antes de serme infiel, siempre que yo la fuese fiel y la tratase con buenos modales.

Lo único que se trató fue de poner un fuerte en los montes a especies de sierra que había en el paso más oriental de aquel campamento, para que los oriundos de dicho territorio no lograsen pasar con tanta facilidad que hasta ahora, y así se comenzó a edificar un cuartel en el paso que servía de medianera entre nuestro territorio colonizado y el territorio de aquella Gran nación, que estaba siendo un protectorado español.

Desde luego, aquel cuartel sirvió como filtro al paso de los beréberes; pues más bien los que pasaban eran gentes llanas y oriundas de los terrenos limítrofes, a los que se los podían encargar trabajos de cualquier gremio empresarial y así se hizo, ya que estábamos muy necesitados de manos de obras.

Se nombró una fecha para las ferias de las diferentes ciudades y sobretodo de la fiesta nacional, como se suele decir; pues dichos eventos eran causa de que los tuviésemos ocupados a los colonos en diversiones.

Pues sí; llegaron las fiestas de SanSituad y como tenía el tiempo libre yo no sabía si el buque con el que logramos arribar a la parte de terreno de nuestra colonización siguiese funcionando. Por lo tanto tenía que comprobar si sus motores permanecían intactos, ya que nos habíamos hecho de otras embarcaciones más modernas y a dicho buque le teníamos amarrado a puerto.

Se veía precioso dicho puerto; ya que había infinidad de embarcaciones amarradas al puerto y yo, ni corto ni perezoso me subí al buque dirigiéndome a la cabina de mando para arrancar los motores y claro que arrancaron y como sin querer di la marcha y pegué con la quilla en la siguiente embarcación desperfectando la popa de la misma.

En cuanto al sistema judicial, me pude dar cuenta que todos éramos iguales ante la Ley; pues no tardaron llegar unos abogados de la ciudad más cercana de aquella Gran Nación con un requerimiento judicial para que arreglase los desperfectos de la embarcación que había arremetido yo con el buque.

No sé, no sé si tendríamos dinero suficiente como para hacer frente a los gastos del arreglo de aquella embarcación; pues como el armador no tenía confianzas de que allí se la pudiésemos arreglar lo suficientemente bien, se marchó con ella al lugar que el consideraba más oportuno, presentándonos la factura bien detallada.

A mi simple parecer, aquella factura presentaba arreglos que no correspondían con parte o con la totalidad del desperfecto causado a dicha embarcación; así que reuní en Cortes a mis generales, para ver qué hacíamos con dicho pago para aquel armador.

SAMUEL -. Creo que la culpa la tuve yo.

DANIEL -. Pero la embarcación está requisada por nuestro sistema administrativo; de modo, que la factura corresponde al territorio colonizado.

SAMUEL -. ¿Vosotros creéis eso?.

La pregunta que los hice fue afirmada por todos ellos, pero cuando fuimos hacer recuentos en las arcas del tesoro, vimos con asombro que nos hacía falta gran cantidad de dinero para el pago de dicha factura; ya que las presillas de la presa se habían llevado la mayoría del dinero recaudado por nuestra administración: Tenían todo el dinero los que habían participado con la mano de obra en dichas presillas. Poco más o menos estábamos en banca rota y eso era grave, ya que no podíamos hacer frente al pago de todas clases de enseres, armamentos y materias que nos llegaban de fuera, de otras naciones. Nuestro comercio exterior estaba asfixiado, por lo tanto había que ideal algo de inmediato y no sabíamos que hacer para paliar tal situación desastrosa.

DANIEL -. Nos has convocado en un sentido económico: ¿Verdad?.

SAMUEL -. Justamente. Tenemos que hacer algo para engrosar las arcas de inmediato.

AMPARO -. ¿Cómo es eso?.

SAMUEL -. Creando economatos. Tanto los productos alimentarios, como toda clase de lujos, hay que encauzarlos a través de una contabilidad oficial por parte de nuestra administración.

ROSARIO -. ¿Y cómo?.

FERMÍN -. Déjale que hable a Samuel, a nuestro general.

SAMUEL -. Acaparando dichos productos para venderlos más baratos que los venden los intermediarios extranjeros, de tal manera que ganemos algo para las arcas del tesoro colonizador.

PACO -. ¿Y serán?.

SAMUEL -. Alimentación, gasolina, tabaco, alcohol.

Así se pensó y así se aprobó en junta extraordinaria para nuestro consenso particular y dentro de unos parámetros comerciales que nos permitiesen ingresar parte de ese dinero para hacer frente a las necesidades de la administración colonizadora.

Se hicieron grandes almacenes, con alguna fórmula de refrigeración, para que los productos alimentarios que caducaban se conservasen mejor, hasta cierta fecha, y así poderlos vender en su mayoría. Y para ello se crearon fábricas de hielos y así darles la suficiente consistencia en su perduración para algún alimento.

Estábamos en quinto de bachillerato, y ya éramos personas más respetadas y las chicas mujeres más granadas; de modo que comenzamos a pensar en nuestra manera de vivir de aquí en adelante; pues si dicha situación se prolongase por más tiempo, tendríamos que ver qué dirección podríamos dar a nuestras vidas.

Nuestros padres iban y venían a modo y manera a la colonización y hasta algunos se habían quedado allí con nosotros, los menos.

La situación se regularizó y eso que lo habíamos pasado bastante mal pues en unos años no teníamos medios de subsistencia para hacer frete a los diferentes pagos, pero cuando tuvimos ese dinero comenzaron a llegar productos y productos de todas clases a nuestras costas para ser vendidos en la colonización de aquellas tierras, de tal manera que el comercio en unos meses empezó a ser floreciente.

Yo veía que allí hacía falta otra clase de aliciente y por supuesto debía de ser una especie de atracción popular y qué mejor que el fútbol; por lo tanto se afiliaron unos equipos de ciertos sitios, más bien de las grandes ciudades sin olvidar los pequeños núcleos para regocijo de sus moradores. Y créanme que yo jugaba como extremo derecha en el SanSituad ciudad, consiguiendo ser los primeros en aquella liguilla; pero cosa curiosa, ya que un equipo de un núcleo de población pequeña se nos estaba colando entre los primeros. Sí, el equipo del Paso del Falt, en la sierra oriental de Ribera Alta, se había revelado como uno de los equipos más fuertes que había en la liga de las tierras colonizadas por nosotros y eso era causa que entre sus componentes existían personas que ya habían jugado en equipos de tercera división en la península.

Les habíamos dado hincapié a todos los moradores de aquellas tierras para que los días de fiestas disfrutasen con su equipo y hasta se creó una especie de quiniela, para recaudar fondos y elevar la economía, maltrecha, de aquellas gentes nobles y trabajadoras.

Pero como pasa siempre, allí donde se ve el florecimiento económico, acuden grupos de personas al son de la llamada del dinero o de su comercio y por lo tanto llegaron más aborígenes beduinos del desierto, con los grupos de beréberes, tan alejados de su

terreno. Y pese al filtro que les teníamos preparados, se nos colaban algunos grupos en los terrenos colonizados, no sabiendo cómo poner coto a tales flujos de personal; ya que si se quedaban en nuestra parte de terreno, serían agregar mano de obra no necesitada por nosotros, sin saber dónde íbamos a sacar tanto dinero para hacer frente a tanta nómina.

Pero siempre que se habla de dinero, viene el poderoso y te exige una contribución, aunque en general era una parte pequeña; ya que como también hacía falta gestionar otras tierras por parte de nuestro Estado, tuvimos que tributar a las Arcas del Tesoro Nacional parte de lo recaudado por el equipo gestor en la parte colonizada: SanSituad.

Tuvimos un pequeño problema en el núcleo que se llamaba, Campamento; ya que los aborígenes no sabían de las reglas para equilibrar balances entre sus respectivos gobiernos y por lo tanto se mostraban escépticos para desembolsar una parte de dinero a otro régimen que no fuese el suyo.

Tuve que ir a la ciudad de Campamento para ver a la coronela Jana y sobretodo a su padre, que era el que se encargaba de la distribución del dinero. Pero a la que primero fui a ver fue a Jana; ya que yo tenía más confianza en aquella mujer, que en su querido padre un hombre ambicioso donde los haya.

JANA -. No, Samuel; eso no puede ser. No forma parte de nuestro carácter, ni de nuestras enseñanzas recibidas a través de nuestros mayores.

SAMUEL -. ¿Entonces, qué piensas tú?.

JANA -. ¿Tenemos que desembolsar dicha cantidad de dinero todos los meses forzosamente?.

SAMUEL -. Sí, Jana; así es.

Jana hablaba como una experta en economía, ya que se lo había oído infinidad de veces a su padre y se movía de una parte a otra como si en ello fuese las enseñanzas recibidas a través de sus mayores. Hubo un momento, que parándose en seco, se me quedó mirando con cara de haber tenido un pensamiento feliz y ese pensamiento me lo transmitió de inmediato.

JANA -. A los gestores de nuestra Nación.

SAMUEL -. Y así, a través de ellos sirva como un filtro para que los gestores del Protectorado reciba tales dividendos.

JANA -. Justamente.

Como vi que aquella solución era la única causa en la que aquellas personas doblegarían para entregar unos tributos a la gestión de aquellas tierras y esta vez ya nacionales, consentí hacérselo patente a los gestores del Protectorado Español.

Se veía que aquellas gentes no querían dar nada a un gobierno que no fuese el suyo, aunque ese gobierno formase parte de un protectorado para acrecentar la economía de su nación y hacerla grande. De modo que así tuvieron que venir personas de su misma nación, aborígenes, a por dicho dinero, cada vez que tenían que recaudar parte de los ingresos en Campamento, y no sólo fue dicho enclave el que se mostraba remiso a soltar parte de ganancias, pues en sí eran todos los componentes de aquel gremio de personas que fuesen aborígenes de aquella Gran Nación. A Campamento siguió el cuartel de la sierra de occidente con su enclave, Paso del Falt y así como las ciudades de Jorman y la de Colssen, permaneciendo la ciudad de SanSituad al margen por estar constituida en su mayoría por peninsulares. Caso que provocó una incisión en sus relaciones, de unas regiones con otras.

Desde luego teníamos más manos de obras que necesitábamos, pero como el campo estaba baldío y estéril; había que hacer que aquel campo fuese fértil, así que se nombró colonos para cultivar las tierras, ya que cada vez hacía falta más y más granos para alimentar a tantas personas como había instaladas en nuestra colonización.

Se les dio parcelas a cada persona que se apuntó queriendo labrar aquellos campos pedregosos, y para ello se les facilitó la manera de retirar dichas piedras de sus barbechos.

PATRICIA -. ¿Qué haremos con tanto colono?.

SAMUEL -. Irles facilitando el modo de vida.

PATRICIA -. ¿Cómo?.

SAMUEL -. Prestándoles el grano y el abono.

A poco tiempo me llegó Paco con su novia Amparo; diciéndome que el grano lo habían aceptado, pero que el abono no lo aceptaban por tener ellos un medio mejor de abonar aquellas tierras, que era el excremento de los animales. Pues habían grandes estercoleros en todas los asentamientos que eran dignos de verse. Y así nos tuvimos que conformar para que dichos aborígenes abonasen sus tierras ecológicamente, con los excrementos de sus animales.

En una convocatoria de junta administrativa en las Cortes, se me anunció por medio de Fermín, que era el que regía la parte más oriental de aquella colonización, algo que no habíamos pensado en su día; mejor dicho, eran dos ruegos que nos estaba haciendo a todo el equipo administrativo.

FERMÍN -. El agua potable se encarece.

SAMUEL -. ¿Cómo que se encarece?.

FERMÍN -. Que cada vez hay menos agua potable.

PACO -. ¡Acabáramos!.

HELENA -. Si no se cobra nada por el agua, ¿Cómo no se iba a encarecer?.

Y después de muchas divagaciones sobre dicho tema se propuso construir dos pozos en la sierra más oriental, para el suministro de aguas en la región de Ribera Alta; pero con aquello no se quedaba conforme el sistema administrativo de dichas tierras, pues levantándose Rosario expuso su planteamiento.

ROSARIO -. Lo que os quiere decir Fermín, es que está muy bien que edifiqueis sendos pozos en la parte oriental para suministrar aguas a toda la región de Ribera Alta; pero esa agua tiene que ser tratada, una vez que se haya consumido, la sobrante manipulada para alguna pequeña industria . . .

SAMUEL -. ¿Como no sea la de los herreros?.

ROSARIO -. Pues para eso mismo; además, que las heces fecales no sabemos dónde verterlas.

SAMUEL -. ¡Vamos; lo que tú quieres decir, es que se construyan depuradoras de aguas.

ROSARIO -. Exactamente.

En poco tiempo estaban contruidos los pozos como así las depuradoras, a base de filtros, ya que lo sobrante era la mano de obra y además barata; ya que no hacía falta mucho dinero en la parte colonizada para subsistir como morador de hecho.

Un día se me llamó con urgencia, ya que Helena había convocado un desfile oficial en la ciudad de SanSituD y como a dicho evento no estaban preparados los soldados que formaban la plantilla de aquel cuartel, se bajó de la tribuna a voces contra dichos soldados.

HELENA -. ¿Qué os creéis; que esto es un juego?. Pues no, no es ningún juego y os acordareis de este día.

Yo llegué en ese preciso momento que el general Helena estaba dando la arenga a sus tropas, oyendo decir algún que otro soldado: Es la loca.

No me gustó aquel gesto por parte del general Helena; pero menos me gustó que los soldados la llamasen “La Loca”, pues era general de nuestros ejércitos y merecía una doble consideración, así como un grandísimo respeto por medio de nuestras tropas.

No quise decir nada a Helena, pero en la comida que se celebró con motivo de dicha parada militar, aunque dicho evento soldadesco había terminado con malos modos y malos gesto, yo me arrimé a Daniel para hablarle de su novia Helena, el general Helena.

SAMUEL -. Daniel.

DANIEL -. No me cuentes nada; pues ya sé lo que me quieres decir. Me es difícil sujetarla, contra más aconsejarla lo que ella tiene que hacer.

Con aquello me lo dijo todo, ya que no había remedios para hacerla entrar en tino a Helena y volviese a su cordura mental, no tratando mal a la tropa ni a nadie de su entorno.

Un día me abordaron los súbditos de Jana, para invitarme a que fuese al Campamento, hecho ya ciudad y yo accedí complacientemente a tal petición por parte de la coronela.

Me llevaban en una especie de plataforma tirada por bueyes, pareciendo un señor de aquellos aborígenes ricos en pertenencias, pues hasta pamelas y manoplas con abanicos enormes para quitar el calor estaba llevando en aquella ocasión, movidos por los mismos aborígenes de la tierra.

Cuando nos estábamos aproximando a la ciudad de Campamento, me bajaron de aquel medio de transporte para presentarme un caballo de pura raza árabe, que más bien parecía

un compendio de músculos: Cuerpo enjuto, cabeza alta como diciendo aquí estoy yo, patas fuertes y hermosas, pelo fino de color blanco y respingos alegres. Era un compendio de virtudes, pero lo que más me llamaba la atención de aquel caballo era el color de los pelos, pues en una pura raza árabe, no se estilaba tal color de pelos.

Llegué vestido de general de sumo mando en el ejercito, ya que así me lo pidieron aquellos señores y no pude resistirme a su petición, hecha tan amablemente como ellos pudieron.

Y cosa curiosa, pues nada más que entramos en la ciudad, en la primera calle ya nos estaban esperando todos sus habitantes en la misma acera vitoreando mi nombre, pero el de general. ¡Que viva el general!.

Aquello me trajo a la mente, no muy lejos de allí, lo que hubo pasado con otro Altísimo hombre y más noble que mi humilde persona, que después de vitorearle y mostrarle palmas como sumisión, le crucificaron.

No las tenía que tener todas consigo, pese a que por medio estuviese Jana, mi buena coronela.

Allí, en la plaza principal y en las puertas de la casa que albergaba la dirección de aquella administración, me estaba esperando Jana con unos ojos que no me los quitaba de encima. Queriendo decir, que me miraba fijamente, como si la gustase la manera que yo me estaba presentando frente a todos ellos.

Después de degustar una comida opípara fuimos al campo de fútbol para presencial un encuentro entre el equipo de Campamento y la ciudad Paso del Falt, que era la población que tenían mas cercana.

Cuando salieron los componentes del equipo de Campamento vi en ellos a unos chicos fuertes y atletas a la vez, me pareció que el partido estaba ganado con antelación a su

comienzo ya que los contrarios eran delgados y bien apretados los músculos. Me confundí, ya que los del Paso del Falt ganaron por siete a uno, pudiéndome dar cuenta que dicho equipo se le tenía que tener bastante consideración cuando fuese a jugar con nosotros, ya que la mayoría, como dije en su día, habían jugado en tercera división en la península.

Pues todavía, cuando terminó el partido, me llevó Jana a su casa; ya que entonces sí vivía en una casa construida para ella. Y allí pudimos tener una conversación a solas y bastante amena por nuestra parte.

JANA -. No te veo con frecuencia conmigo: ¿Qué es lo que pasa?.

SAMUEL -. Compréndelo.

JANA -. Si lo comprendo, y no solamente comprendo la parte de tu trabajo, que te está absorbiendo todas las horas del día; también comprendo la situación comprometida en la que te encuentras.

SAMUEL -. Y según tú: ¿Cuál es esa parte comprometida en la que me encuentro?.

JANA -. ¿A quien llaman , Rosa Fort?.

SAMUEL -. A Patricia.

Bajó la cabeza Jana, como en señal de no estar de acuerdo con mis sentimientos hacia dicha chica, y en un momento determinado me respondió claramente.

JANA -. Entre nosotros no se da esa fórmula de tener varias mujeres. Nuestra etnia es muy fiel.

SAMUEL -. Yo creía . . .

JANA -. Eso en otras etnias, no en la nuestra. Pero te diré más . . .

SAMUEL -. ¿Tú dirás?.

Yo quería que terminase pronto con dicha conversación, por lo tanto la cortaba de vez en cuando; para que no se acordase de seguir con aquella charla, que me estaba costando tanto escucharla.

JANA -. Soy mujer cabal y noble a la vez; por lo tanto consiento, mejor dicho; hago como que no me doy por enterada de tus relaciones con ésa chica, Patricia, por lo tanto sigo siendo tu fiel en todo momento, así como la mujer que te sigue a todas partes sin preguntar nada.

SAMUEL -. Te lo agradezco.

JANE -. Y esto que no se entere nadie de mis gentes de lo que esta tarde se ha hablado aquí; sobretodo de que te sigo fiel.

SAMUEL -. No te preocupes, que nunca se enterará nadie de nada de lo que se ha hablado aquí esta tarde.

Se quedó conforme, despidiéndome a poco tiempo de tener aquella conversación para que no me echasen de menos en mi ciudad, y a dicha ciudad, SanSituad, llegué a altas horas de la tarde.

Patricia ponía mala cara, sabiendo cómo eran las mujeres de aquellos pueblos, fogosas y en cualquier momento te hacían su pareja, te cogían de por vida para sí mismas. Pasé cerca de ella sin quererla decir nada, solamente la recibí con un ¡hola!, que a penas me salía de sí mismo, no lo dije con mucho grado de confianzas como para que Patricia viese en mí un atisbo de alegría por verla de nuevo.

PATRICIA -. ¿Algo guardas tú?.

SAMUEL -. ¿Yo, Qué voy a guardar?.

PATRICIA -. ¿No sé?. Parece como si no te alegrases de verme.

SAMUEL -. ¡Pamplinas!. ¡Claro que me alegro!.

PATRICIA -. ¿De qué?

SAMUEL -. De verte.

Todo quedó así, de que yo me alegraba ver a Patricia y ésta se alegraba volverme a ver; pues desde por la mañana temprano, que fue cuando me llamó el general Paco, no acudí hasta altas horas de la tarde y para demostrarme mi novia que estaba completamente enfadada no había hecho la cena, teniéndomelas que ver por sí mismo para probar un bocado.

Y claro que llegó el día que nos tuvimos que ver las caras con el equipo del Paso del Falt, en nuestro campo de fútbol; pues según la liguilla nos correspondía jugar en nuestros dominios.

Como jugábamos todos juntos en el colegio de Madrid al fútbol, seguimos defendiendo nuestros colores ante todos aquellos componentes de equipos, formados a base de dar patadas al balón, pero esta vez eran profesionales.

No había manera de doblegar aquellos expertos jugadores de fútbol, pues entre regatees y cortes se nos escapaban como querían, por así decir. Y eso que teníamos un portero que merecía estar en primera división en nuestra Península, España.

Créanme, que todo dependía de mí; totalmente en todos los partidos que jugábamos, pues yo demostraba tal genio y coraje jugando que me encontraba en todos los sitios donde estaba el balón y gracias a eso, así conseguí marcar el único gol que reseñaba el marcador al finalizar el encuentro, quedando totalmente agotado mi persona por tales esfuerzos.

Aquel partido de fútbol que echamos contra el Paso del Falt nos dio moral para aceptar batirnos contra un equipo de una ciudad cercana a nuestra colonización, ya en tierras de aquella Gran Nación, aunque nuestras tierras estuviesen en el enclave de dicha Nación. Y

créanme que fue hasta radiado, por medio de una pequeña emisora que tenía dicha ciudad, hermanada por lazos del deporte.

Cuando terminó el encuentro, en el que habíamos quedado en tablas; pues yo les había alertado, previamente, a mis chicos para que no pusieran mucho interés en dicho encuentro, ya que no sabíamos el carácter de aquellas gentes, ni sabíamos cómo las iba a sentar en caso de que ganásemos el encuentro, se nos presentaron dos señores alegando ser parte de la justicia y del orden con motivo de hacernos unas preguntas en el cuartelillo de dicha ciudad.

Alertados mis gentes para que en un momento determinado me siguiesen, me dejé conducir a las dependencias de aquel departamento policial, haciéndonos las preguntas pertinentes sobre el buque que teníamos amarrado a muelle, en donde nos presentamos en aquellas tierras un buen día, sin saber dónde estábamos.

Yo lo estaba viendo mal; pues no se limitaron a preguntarnos por el buque, si no que nos instigaban con idea de formar parte activa de nuestra colonización, pues en caso de no consentirlo, nuestros derroteros serían otros.

Se había roto la parte de Ley, que formaba aquella investigación policial, al tener intereses partidarios con respecto a participar de nuestros ingresos en el enclave de nuestra colonización; por lo tanto allí no teníamos nada que hacer nosotros y en un gesto que hice a mis gentes, éstas como en un acto reflejo se vinieron detrás de mí, montando en las barcasas que habíamos llegado a dicha ciudad para adentrarnos en el mar y dirigimos a nuestro territorio.

DANIEL -. Lo dijeron claro.

SAMUEL -. Bastante claro se han expresado; querían parte de lo que se recaudase para darnos largas.

Desde que se pusieron en aquella posición se rompió la parte de nuestra prevención , no dudando ni un solo momento para que permaneciésemos retenidos en dicho cuartelillo, que por otra parte tenía todas las puertas abiertas y sin vigilancia alguna, así nos facilitaron la unida. ¡Vamos!, que aquellos funcionarios solamente les atraía el dinero que pudiesen ganar y nada más; pudiendo ver en ello más ni menos que un simple interés personal, habiendo salido de ellos el retenernos en dicho establecimiento oficial, sin habérselo mandado sus superiores.

Cuando llegamos a Ribera, estábamos todos agotados por el sufrimiento de habernos visto involucrados en algo que nosotros no esperábamos.

Y como teníamos otros buques más modernos, decidimos entregar aquel armatoste que nos estaba ocupando un sitio en el embarcadero de nuestra ciudad. Para ello contraatacamos de frente, diciendo a los armadores de aquel buque, que nos parecía mentira que los tuviésemos que haber llamado nosotros para que acudiesen a por el buque; en vez de haberlo hecho ellos mismos directamente, no a través de un tercero, aunque este tercero fuese oficial. Así que abrían una boca descomunal y unos ojos de espanto mientras se les estaba diciendo aquello; aunque si bien ellos quisieron dar la réplica aquel compendio de recriminación que les estábamos haciendo nosotros, por aquello de que ya elevaron protesta ante la administración de la Península; pero como las leyes estaban claras y como el buque estaba en nuestro poder, seríamos los verdaderos dueños de aquella gran embarcación. Retiraron la denuncia de desaparición del buque los armadores del mismo y como se suele decir en los cuentos: Aquí no ha pasado nada de nada.

Con una flotilla un poco respetable y una flota de buques en orden, seguimos faenando en la mar, en el Mar de aquellos contornos, y hasta nos atrevimos a formalizar alguna

línea entre las ciudades periféricas de aquella costa, no así a la Península, por no permitírse nos tal línea, por parte de la administración de la misma. Pero con todo y eso, acudieron bastante personal con sus productos y con ganas de abrir alguna que otra pequeña empresa en nuestro territorio colonizado por nosotros, que ese sí que no lo soltábamos; ya que nos dejaban hacer a nuestras anchas.

DANIEL -. Fíjate lo que ha pasado en el momento que hemos abierto líneas comerciales entre las ciudades más cercanas a nosotros.

SAMUEL -. ¿Quieres decir, que si hacemos recalar alguna nave comercial y algún que otro crucero en nuestros muelles, será un hecho próspero?.

DANIEL -. Sería el no va más allá.

No solamente recalaron en nuestros muelles las naves más cercanas a nuestra ciudad, si no que recalaron otras naves mayores y de más envergadura procedente de otras ciudades más lejanas, pero con más abolengo que las ciudades cercanas. Hasta el punto que el muelle ya no parecía el mismo, pues le habíamos remodelado pareciendo un muelle de orden y con una capacidad superior a la que tenía, para que las naves de gran envergadura recalasen en el mismo.

No nos conformamos con eso sólo, que un día estando reunidos todos los generales en Cortes, se nos ocurrió invocar algo que nunca habíamos pensado y eso que los veíamos pasar todos los días por nuestras costas.

SAMUEL -. Hemos ampliado el muelle con la sola idea de que recalen en el embarcaciones de gran calado; pero lo que no hemos pensado, es en qué puede llegar por aire a nuestro enclave colonizador.

AMPARO -. ¿Te refieres a la aviación?.

SAMUEL -. Con una pista valdrá para que aterricen ciertas clases de aeronaves.

PATRICIA -. ¡Déjate!; que otras veces hemos construidos edificaciones pequeñas, y ya ves lo que hemos tenido que hacer con ellas.

SAMUEL -. Engrandarlas.

PATRICIA -. ¡Pues eso!

No corrimos mucho para edificar una pista de aterrizaje en los confines de SanSituad, pues antes teníamos que saber si alguna compañía aeronautita estaba dispuesta para ampliar su vuelo y tener línea comercial y pasajera con nosotros. Y sí hubo una, pero era tan medianamente reducida, que no iba a muchos sitios, no nos unía con el resto del Mundo casi para nada; pero con todo y eso se comenzó a edificar sus edificios, la torre de control y las pistas, para que dicha compañía enlazase con nosotros, y así fue una vez que se terminó la construcción del aeropuerto.

DANIEIL -. A mi simple parecer, mejor hubiésemos edificado un aeródromo, en vez de tanta infraestructura como tiene dicho aeropuerto.

SAMUEL -. ¿Lo que quieres decir, que así no hubiésemos gastado tanto dinero?.

DANIEL -. Exactamente.

PATRICIA -. ¡De eso nada!. Ya ves en lo que se nos ha quedado siempre que hemos hecho cosas pequeñas.

En parte tenía razón Patricia, ya que habíamos tenido que ampliar cada edificación pequeña que habíamos edificado y con ello conllevaba más gastos de capital.

Nos dimos cuenta de inmediato que por alguna parte tendría que verter las aguas de los depósitos que habíamos edificado en plena sierra más oriental y por supuesto vertían para la falda de la sierra occidental chocando con la misma haciendo una especie de repisa, sirviendo como embalse a las mismas aguas que no se depuraban.

Aquello nos dio hincapié para regar los productos que nuestros agricultores sembraban en nuestros campos, obteniendo unas buenas cosechas en todas clases de productos sembrados. Estaba siendo una especie de regadío allí donde el agua escaseaba, en ese terreno árido, ya que sacamos el agua de las entrañas de la tierra. Pero ese mismo hecho nos dio muchos problemas, ya que los ganaderos del otro lado de nuestra colonización, o sea los aborígenes de esa Gran Nación tuvieron necesidades de que abrevasen sus ganados en dicha charca o embalse.

Llamé a mis dos Generales de Ribera Alta, a Paco y a Fermín para poder discernir sobre la posibilidades de dejar pasar a los grupos de ganaderos de la otra parte de nuestras tierras.

FERMÍN -. Samuel, ese ganado lo está pasando bastante mal, se está muriendo mucho ganado por la sequía.

SAMUEL -. Hay una posibilidad de que pasen los ganaderos con dicho ganado por el Paso del Falt.

FERMÍN -. ¿Cuál es?.

SAMUEL -. De momento registrando, no solamente al ganado sino a los aborígenes que pasen dicho paso, para obligarles a volver sobre sus pasos.

FERMÍN -. Ninguno tiene célula de identidad.

SAMUEL -. Pero tienen huellas dactilares.

Yo veía que Paco pensaba mucho, sin saber yo en qué estaba absorto nuestro general y buen amigo. Pero en un momento determinado alzó la cabeza como en señal de querer decir algo.

PACO -. He podido comprender por tus palabras, Samuel, que hay algo más.

SAMUEL -. Debe haber un paso hacia la frontera de dichos aborígenes en tus tierras.

Todavía se quedó más pensativo Paco, cuando el general Paco respondió en unos segundos algo que me pareció insólito en él. Dijo algo despectivo hacia aquellos ganaderos, pero de momento recapacitó y como si ya lo tuviese pensado exclamó algo que nos hizo reflexionar; y era que en sus tierras sí había un paso al que ninguno de nosotros sabíamos de su existencia, pero que se debía desmochar las piedras que había en aquel camino estrecho para poder facilitar al ganado su trayecto hacia la frontera.

FERMÍN -. Has pensado bien, Samuel, que el ganado en vez de retroceder avance recto hacia sus tierras.

SAMUEL -. Así es; pero por el momento tendrán que retroceder hasta que esté listo tal camino.

Lo que primero se edificó en aquel paso escondido fue un fortín, ya que estaba muy cerca de las últimas casas de la ciudad de Jorman, seudo del general Paco.

En estos menesteres estábamos cuando fuimos llamados por el general Fermín; pues tenía un verdadero problema con los ganaderos, ya que estos no querían abandonar dichas tierras, y allí que nos fuimos las tres primeras compañías ayudados por las del general Fermín y las del general Paco, conservando las fuerzas del coronel Jana y las del Paso del Falt en su sitio para que sirviesen como embudo a una posible sublevación de aquellos aborígenes.

En el flanco más septentrional, en este caso el más alejado de nosotros, la puse a Rosa Fort, para cubrirla hice que en el flanco más occidental permaneciese atenta La Loca; ya que en esta ocasión sí me valían los apodos de las dos, pues las tropas se deshacían de fuerzas por ellas.

La Loca se venía cada vez más hacia donde yo me coloqué, en el centro, y poniéndose un pañuelo en la cintura de color rosa alertaba a su tropa para un posible enfrentamiento

con aquellas gentes desarmadas, pero que buscaban tierras para que pudiesen sobrevivir su ganado. Y desde luego no les faltaban derechos aquellas gentes; ya que estaban en su Nación, pero esta vez no podía ser consentido el posible asentamiento por parte de aquellos ganaderos, ya que estropearían la forma de cultivo y de embalsar agua para los mismos.

Yo distinguía, desde lejos, a Rosa Fort como una experta general entre su tropa, ya que las capitaneaba a modo y manera. Iban todos aquellos soldados detrás de ella como si formasen una familia. Otro tanto pasaba con La Loca, que se la podía oír las voces que daba desde donde yo estaba pertrechado para un posible enfrentamiento con aquellos ganaderos. Me sobraban con ellas dos para colonizar otras tantas tierras como las que habíamos colonizado en su día.

Al ver todo aquel derroche de hombría por parte de la tropa aquellos ganaderos, se fueron retirando poco a poco, según les dejaban los caminos.

Como las tropas tenían que tener un tiempo hasta replegarse, con todo su armamento, tanto ligero como pesado, yo me fui a Campamento para ver al coronel Jana y antes que yo hablase me recibió con un saludo militar.

JANA -. A sus órdenes, mi general: Sin novedad en el frente.

SAMUEL -. Jana.

JANA -. Dime, Samuel.

SAMUEL -. ¡Que son paisanos tuyos!.

JANA -. Como sino lo quieren ser; yo me debo a las tierras colonizadas, o sea a SanSituad y nada más.

SAMUEL -. Lo has dicho con mucha convicción.

JANA -. ¡Y tanto!.

Esa misma convicción llevaba a sus tropas a perseguir la defensa del territorio ocupado y no dar su brazo a torcer por más paisanos que estuviesen enfrente entre ellos.

Pude darme cuenta, que SanSituad estaba bien defendido por mis generales y coroneles, allí donde los hayan; pues al que quisiera sobrepase se vería con ellos las caras.

Y para que no me echasen de menos me fui pronto a donde estaba la primera compañía, que era la compañía de soldados que llevaba yo, para formalizar el repliegue de la misma. Y en nueve horas teníamos las tres compañías en la región de Ribera.

En la reunión que hacíamos cada mes en Cortes no teníamos nada que hablar, hasta que se alzó una voz pidiendo un distintivo para nuestra pequeña colonización.

AMPARO -. Toda parte de terreno diferenciada de las demás tienen su distintivo particular.

DANIEL -. ¿Es verdad?; aquí no tenemos bandera alguna.

SAMUEL -. Eso está bien pensado.

Se eligió un distintivo en blanco, en donde se reseñaba mejor y en medio de dicho cuadrado la visión de un ojo, al estilo del Padre Celestial y así nos congratulábamos con nuestros sacerdotes, para poner en la parte inferior derecha un libro abierto y debajo un tintero con una pluma de ave dentro del tintero y así elegimos la bandera que nos presidiría hasta que dicha tierra se abriese como Gran Nación a la vista de todo el Mundo, porque el Protectorado se hubiese retirado al ser capaces ellos mismos de gestionarse por sí solos.

Como la cobertura de dichas emisoras, tanto la de más potencia, como la de menos potencia, no llegaban con la nitidez necesaria a Campamento y al Paso del Falt, tuvimos que edificar unas torres de repetición en la sierra y así hacernos oír en todo el territorio colonizado perfectamente.

ROSARIO -. Aquí faltó algo más.

SAMUEL -. ¿Qué es, Rosario?.

FERMÍN -. No te han preguntado.

SAMUEL -. Déjala que responda.

ROSARIO -. Una revista, en forma de periódico semanal o mensual.

No estaba mal pensado lo que nos proponía aquel día de reunión Rosario; pues aunque a Fermín le diese vergüenza de que su novia alzase la voz exponiendo sus ideas, sin haberla preguntado, aquello que dijo el general Rosario no estaba siendo mal visto por todos los demás condiscípulos y generales a la vez.

Al principio tuvimos que contratar una imprenta fuera del territorio colonizado, costándonos lo suyo; ya que se aprovechaban de la ocasión al saber la falta que nos hacía tener una pequeña revista de información en nuestro territorio. Pero como ya habíamos formado amistades verdaderas, unas de ellas nos proporcionó una imprenta, que no estaba mal y así pudimos editar nosotros mismos dicha revista, llamada igual que el territorio colonizado. De esa manera estaban informados de todo lo que pasaba en nuestro territorio; sobretodo de la parte que nosotros deseábamos.

Había un pequeño movimiento, por aquellos días en Ribera Alta, que era la tierra donde estaban más aborígenes asentados en aquellas ciudades y no sabíamos cómo íbamos a impedir tales eventos de pensamiento por parte de aquellas gentes. Pero una vez que me encontré a solas con Patricia, ésta me hizo ver la pura realidad de la forma, con que se estaba llevando a cabo dicho movimiento.

PATRICIA -. Éstas gentes están inquietas.

SAMUEL -. Y no sabemos las causas.

PATRICIA -. ¡Están claras!.

SAMUEL -. ¡AH!, sí.

PATRICIA -. Pues claro que sí. A éstas gentes les pasan; que al no verse representados por ellos mismos en algún organismo oficial, no se encuentran a gusto dentro del seno del territorio colonizado.

SAMUEL -. ¿Te refieres a que no se les nombra cargo oficial alguno?.

PATRICIA -. ¡Pero cuidado!. Éstas gentes no quieren que se les nombre a dedos; más bien tienen que ser elegidos por ellos.

En sufragio universal, siendo las primeras elecciones que se convocaban en fecha próxima oficialmente; teniendo que desistir convocatoria alguna, más bien oficial, al dársenos un toque por parte de la Península. Y esta vez, sí se involucraba nuestro gobierno central en que desistiésemos de convocar, oficialmente, elecciones algunas.

Para ello, tuvimos que echar mano a otra forma de nombrar, oficialmente, aquellos aborígenes en cargos relevantes en nuestras tierras colonizadas y para ello se consultó, sin relevancia alguna, a todas aquellas gentes en cada sitio donde existían gran cantidad de aborígenes y así se nombraron cargos, que al parecer ellos creían fuesen importantes, como: Consejero de agricultura, Encargado del muelle, vocal de pesca y otros tantos cargos que sin importancia alguna, para ellos era suficiente como para que se sintiesen conformes y a gusto en las tierras colonizadas.

Pero eso mismo dio hincapié para un pequeño acto de disconformidad, en cuanto se dieron cuenta aquellas gentes de cómo teníamos a sus paisanos, por así decir, haciéndose el remolón en los trabajos aquellas gentes como en señal de protesta.

No sabíamos qué hacer y qué camino tomar para que se conformasen con sus trabajos y el trato que recibían, así que nos reunimos todos juntos, entre mis generales y los cabecillas de aquellas personas, con motivo de que nos contasen sus inquietudes

sociales y aquellas inquietudes eran muy sencillas; ya que querían ser admitidos en consejos nacionales y en reuniones administrativas, para decidir el rumbo que tomase su verdadera estancia en aquellas tierras.

Teníamos un verdadero problema añadido, y era el descontento de aquellas gentes; pues por más que se les diesen, pedían mucho más. Sobretudo querían totalmente participar en la vida social, como administrativa al cien por cien.

Teníamos un problema añadido, pues aquellas gentes no se conformaban que se les nombrasen tal o cual cargo, no relevante; más bien querían participar de hecho y derecho en la vida social y gubernamental de las tierras colonizadas.

ROSARIO - . ¿Y si ese interés, de éstas gentes, van en contra del interés Nacional de la Península?.

SAMUEL -. Pues claro que es así. Nuestro gobierno central, no quiere dar ninguna clase de concesiones a ningún aborigen de estas tierras, al no ser que el posible gobierno de ésta Gran Nación le haya nombrado.

HELENA -. ¿Haber qué es lo que vamos hacer?.

SAMUEL -. Buscar una fórmula allegada a sus pretensiones.

DANIEL -. ¿Sin que sea vinculante?.

SAMUEL -. Esa es la cosa.

Lo malo era que no dábamos con la fórmula para que se calmasen los ánimos de aquellas personas, tan decidida en buscar buenos derroteros en aquel terreno, para cuando terminase el protectorado español.

Y de lo malo lo mejor, sería que nombrásemos a uno de ellos como representante legal de todos los aborígenes de aquellas tierras colonizadas; pues lo que estaban pidiendo era

cosa comprensible; ya que aquellas tierras habían sido suyas desde tiempos inmemoriales y desde luego serían suyas en cuanto el protectorado se fuese de allí.

Un día que me encontraba dando un paseo por toda la costa de Ribera, me acerqué hasta la desembocadura del río que formaba el embalse artificial y salto de agua de producción eléctrica para el suministro de la electricidad en todo el territorio colonizado, cuando vi llegar a mi vera a dos señores muy decididos para que los siguiese. Yo no opuse resistencia alguna, estaba seguro que alguien de mi personal nos verían en tales trechos, según donde ellos me llevasen.

Me montaron en una barcaza y a base de querer y no poder el motor de aquella barca enorme, traspasamos la vista de la sierra dando con una costa un poco más pedregosa y allí desembarcamos, ya que nos estaban esperando otros tres señores más; parecía que nos estaban esperando y desde luego así era, pues uno de ellos se refirió a un señor que me había llevado allí en aquella barcaza de una manera grotesca, refiriéndose al tiempo que había tardado en arribar a tal lugar.

Fui conducido, en camello, a una especie de asentamiento en pleno campo, por así decir; ya que a mi simple vista era un campo desértico y como árido, para más tarde hacerme esperar en una tienda destartalada.

Aquello se estaba cayendo, la tienda no resistía más y como la fuerza del viento lograba aumentar más, ya veríamos si la tienda se conservase en pie, pues de vez en cuando daba unos bandazos de un lado al otro.

Pero cosa extraña, que aquella tienda permanecía en pie pese a los avatares de aquel viento fuertísimo; ya que unas veces disminuía su fuerza y otras aumentaba al máximo su capacidad.

Así como a media tarde me entraron una especie de comida hecha con algún insecto, sin saber yo de qué se trataba, pero cuando me comencé a comer uno de aquellos insecto, pude darme cuenta de que tal vez se tratase de saltamontes. Pero con todo y eso estaban buenísimos, para tomar al final de aquella cena un poco de leche; tal vez de camella, pues allí no había otro animal mas que esos. Yo por si acaso no volvía a comer, ingerí todo lo que aquellos señores me presentaban; pues como digo, no sabía si volvería a comer algún alimento más en varios días. No creía que tuviesen muchos alimentos guardados aquellos señores.

Cuando me desperté, por la mañana siguiente, a primeras horas del día pude ver dónde estábamos mejor que la tarde anterior, y con ello pude observar una coronilla que me pareció conocida.

Estuve toda la mañana observando el horizonte de aquellas tierras inhóspita, no pudiendo ver nada en su contorno; tal vez había sido un espejismo lo que me había parecido ver a mí por la mañana temprano, moviéndose al amparo de una gran piedra a unos setenta y cinco metros de nosotros.

Cuando eran horas avanzadas de la tarde en aquel estío, se presentó uno de aquellos señores en la tienda diciéndome algo que yo no podía comprender, pero que al parecer era bastante malo para mí. Y en el momento que yo quería comprender aquel señor, entró otro hombre que sí hablaba mi lengua.

SEÑOR -. Mal lo tienes, compadre.

Aquel compadrísimo me sonó a mí así como a paisano, llana y puramente; ya que solamente se daba dicho vocablo en mi tierra en la península.

Aquel señora llevaba la cara casi tapada, no pudiendo ver de quien se trataba, el que me distinguía con el compadrísimo por su parte. Pero no obstante le estaba echando yo un parecido a un señor de mi pueblo: ¡Ya veríamos a ver!.

SAMUEL -. ¿Qué está pasando?.

SEÑOR -. Que no da nadie, por ti, un duro.

Lo que me dijo aquel hombre, me sonó a mí algo así como que ya se había puesto en marcha un dispositivo de búsqueda en SanSituad para encontrarme y ahora sí me di cuenta que aquella coronilla que vi por la mañana temprano era realidad: Allí se encontraba el general Paco con su coronilla y con lo más granado de su tropa.

No hacía falta mas que esperar y así me calmé, estando en estos pensamientos; cuando de pronto se vio llegar al asentamiento a una mujer como sin fuerzas y desmayada.

¡Madre!, ¡madre!, ¡madre!; era Rosa Fort, que aparentando estado anímico de cansancio se dejaba caer en frente de mi tienda, como si no tuviese fuerzas algunas, señalando al horizonte como en señal de querer decir algo aquellos señores.

Y claro que los quería decir algo; pues en poco tiempo se percibía otra figura femenina llegar a nuestra altura a través de aquel pedregal, y cuando consiguió estar a nuestra altura extendió los brazos como en demanda de pedir algo.

¡UF!; si siguiesen así, pronto se encontraría la plana mayor de mi ejército allí mismo entre nosotros. Ya que aquella mujer era nada más y menos que La Loca, pues llegaba como embarazada, al igual que Patricia, presentando un vientre bien hinchado.

¿Qué digo yo?; si por lontananza se veía venir a un hombre desvaído y como si le hubiesen asaltado alguien; pues sus ropas estaban hechas jirones al presentar batalla. Y cuando estuvo frente de mí, pude ver que se trataba de Paco: Claro que había visto dicha coronilla aquella mañana.

Hubo un momento que uno de aquellos hombres, sobre todo el paisano se quiso sobrepasar con Rosa Fort, propinándole ésta tal patada en sus partes que le hizo tambalearse y los demás al ver aquello acudieron en ayuda de su paisano, como diría aquel hombre.

Al acercarse el primer señor aborigen de aquellas tierras, Rosa Fort le propinó tal patada en la cara haciéndole caer a tierra y en ese mismo momento, se levantó la falda dejando ver sus piernas y casi todo su busto para sacar de inmediato un fusil de entre sus faldas, para hacer otro tanto La Loca y así reducir aquellos señores, que al parecer pedían algo sobre mi rescate.

Y como Paco permanecía retenido por el paisano, ya que cuando se levantó del suelo se fue derecho al general Paco, sujetándole por descuido a éste, que en un momento de descuido del paisano sacó de su falso turbante una pistola, asustándose el paisano que retrocedió unos pasos hacia la parte donde estaba yo.

SEÑOR -. Samuel, ayúdame.

SAMUEOL -. Sí, Tomás; te ayudaré.

Y al decirle yo aquello, se despojó de lo que le cubría la cara, viendo en él al mismo Tomás, hombre de mi pueblo. Y ni corto ni perezoso le di la mano en señal de saludo, arrancando a llorar éste.

En aquellos días gozábamos de una paz y una quietud asombrosa, a no ser que en algunas charcas se declaró peste, teniendo que secar el embalse artificial que se había formado en el desagüe de las tierras del regadío y de la defecación de aquellas ciudades.

Tuvimos que defecar aquel embalse con el gravamen de que el ganado nómada no podía abreviar en sus aguas, no entendiéndolo así los ganaderos aborígenes.

Se había juntado todo el ganado de fuera de nuestras fronteras en el Paso del Falt y aquello estaba siendo insostenible por parte de nuestros servicios de vigilancia en el mismo paso; ya que querían atravesar aquella sierra con su ganado para que abrevasen en el embalse sin agua.

Tuvimos que reforzar los pasos de la sierra; ya que ningún ganadero comprendía la verdadera situación que estábamos teniendo en nuestras tierras, dando por ello la vida; ya que en sí la estaban dando sus ganados.

El problema era enorme, pues a base de tener que cortar el agua en algunas zonas para analizarlas, no tenía la suficiente presión las cañerías como para que el líquido elemento llegase a todos los sitios que nosotros queríamos: ¿Qué hacer?.

Habilitamos las cisternas que nos servían como avituallamiento para llevarles, fuera de nuestras fronteras, el agua aquellos ganaderos para su ganado. Y como ya se habían perdido dos cisternas, costando lo suyo cada cisterna, decidimos que estos pasasen los pasos para que abrevasen sus ganados.

Para ello tuvimos que redoblar la guardia, ya que los ánimos estaban bastantes exaltados, por ver morirse sus ganados.

Estaba siendo perjudicial para nosotros el paso de dicho ganado por nuestras tierras, ya que estaban ensanchando el camino y en vez de una carretera de tierra, parecía una autopista, con la consiguiente pérdida de los productos regantes.

Nada más que los técnicos sanitarios nos dieron libertad para desaguar, una vez más, en aquel embalse así lo hicimos poniendo coto aquel desbarajuste, de idas y venidas del ganado.

Creíamos que terminaban, aquel ganado, todas las tierras de labor que tenían asignados nuestros agricultores; pues los nervios no sirven para nada, teniendo cada ganadero un

manejo de nervios, por las prisas en que abrevase su ganado, y eso daba hincapié para llevarle pronto al agua, fuese por el camino que fuese.

Solventado aquel problema, todo continuó igual que antes, con la misma monotonía de hechos y la misma forma de vida en nuestras tierras; pues ya sabíamos cómo se portaban aquellos beréberes en caso de apuros, teniendo que tomar medidas por si en el futuro volviese a pasar lo mismo: Nos agenciamos de unas cisternas enormes, a buen recaudo, por si las teníamos que emplear para que abrevasen el ganado.

Y como teníamos la costumbre de nuestra península, se celebraron unos juegos florales en cada una de las ciudades que componía nuestro enclave colonizador, llegando de otras regiones, más cercanas a nosotros, algunos señores creyéndose atleta consumados, y así era; pues en los saltos y carreras se llevaban todas las medallas, no así en jabalina y martillo, que ganaban nuestros componentes de equipos.

Todos conformes y a gusto por ver dichos juegos, que al parecer ganaron los que ellos apadrinaban, y fue muy comentado en varios días dichos juegos, lo mismo que el fútbol; pues en aquel tiempo nos tocó en la liga jugar en el Paso del Falt con su equipo, ganándonos éstos dos a uno, para celebrarlo toda la noche y al siguiente día los moradores de dicha ciudad.

La liga la teníamos muy apretada; pues como se veía, ningún equipo tenía jugadores cojos y los esfuerzos por ir los primeros eran enormes, entrenando cada día un par de horas.

Se les dio a la radio carta libre para que hablase de fútbol y de otros eventos deportivos; haciéndolo también, que en pocos días solamente aquellas personas de nuestra tierra colonizada no hacían mas que hablar de deporte con un interés supino; como sin en ello les fuesen la vida.

Ya nos conocían a los futbolistas de todos los equipos como si fuésemos de casa y hasta la revista que se editaba, presentaba la fotografía de cada jugador de fútbol en su respectivo equipo. Era así, que a mí se me conocía como el general en mando y jugador de fútbol y bastante bueno. Cosa que me favorecía mucho; pues tenía un número considerable de seguidores en los deportes y eso hacía que también me siguiesen en la dirección de aquellas Cortes parlamentarias, que teníamos a modo y manera.

Como les digo, mis mandatos los acataban sin rechistar y con sumo agrado, es así que en una ocasión que nos vimos terminantemente imposibilitados para hacer frente a tanta nómina, accedieron a cobrar menos aquellos tres meses para resarcirse, con carácter retroactivo, en los otros meses siguientes que pasase las causas de tal escollo económico.

Aquel déficit superable se produjo a consecuencia de no prever bien los gastos de la compra de aquellas cisternas y de no hacer bueno el frente de los gastos para llenar, otra vez, el embalse artificial; provocando unas llevanzas de cañerías hasta tal terreno con su respectivas obras, que nos costó lo que no habíamos supuesto.

Pero con la maquila de las cosechas y algunos ingresos en la gasolina, tabaco, y en el alcohol comenzamos a llenar las arcas del tesoro de aquel país; aunque aquellas gentes tenían prohibido el alcohol, sí bebían los continentales y tanto como cubas enteras de vino y de otras clases de alcohol.

Tuve que revisar yo, personalmente, la contabilidad que estaban echando nuestros contables, viendo en ello un posible desfalco, en cuanto a una partida numerosa de dinero para obras que todavía no se habían empezado.

En vez de ponerme nervioso, calmé los nervios al conocer al jefe de contabilidad; ya que era un hombre meticulosos y teniendo en cuenta lo que iba hacer y dejaba de hacer.

Éste había despistado cierta partida de dinero, de tal manera que las cuentas se tambaleaban y las tenía en depósito para unas grandes obras que se iban acometer meses más tardes; así que no nos llegaba el dinero para hacer frente a los gastos del personal y cuando fue liberado dicha partida, vimos que sí teníamos el dinero suficiente como para pagar, sin apuros, las nóminas a los trabajadores de las tierras colonizadas.

¡Qué fatalidad!; cuando vi en la caja fuerte un recibo por dicha cantidad; ya que se había ingresado en un banco de una ciudad cercana a nosotros, perteneciendo a la península. El susto que recibí fue enorme, pero al saber las causas de aquel recibo, me tranquilicé al comprobar que dicho dinero estaba a buen recaudo: ¿Pero por qué no se ingresó en una sucursal bancaria de nuestras tierras colonizadas?. Eso estaba siendo el enigma que me llevó a visitar al jefe de contabilidad en su casa, enterándome este de un posible mal estar entre la banca de nuestras tierras, al no ingresarlas el efectivo que acaparábamos en los impuestos de la gasolina, tabaco y alcohol, ya que los guardábamos en la caja fuerte; siendo estos bastantes considerados. Di órdenes a nuestro contable y a todo el personal administrativo, que en lo sucesivo lo ingresasen en las sucursales bancarias de cada ciudad, dichos ingresos, y así congratularnos con nuestros banqueros, tan celosos en sus acometidas. Y no solamente ingresábamos dichos ingresos, si no que también los que cogíamos de la maquila de las cosechas y cada ingreso que acaparábamos por otros conceptos; así se quedaron a gusto en sus pretensiones los banqueros, reuniéndolos a todos dándolos una cena como emporio de nuestra economía.

Poco a poco me iba enterando de los chismes y enredos de aquellas tierras colonizadas; pues era mi deber, para dirigir mejor su economía y llevar mejor a sus habitantes, en una pretensión de que viviesen felices y a gusto todos ellos, entre nosotros. Y por lo

menos así lo estaba logrando, sino hubiese sido causa de que al enriquecerse tanto los bancos, fuese la causa de un mal estar entre los habitantes de las tierras colonizadas:

Pasaba siempre lo mismo, que unos se enriquecen y otros lo critican.

Pero no existe una sin dos; ya que se notó retumbaba la presa de Ribera cuando una cisterna pasaba por la carretera que había encima de la presa y por consiguiente tuvimos que apartar unas partidas de dinero para inyectarla y fortificar su resistencia. No podíamos decir: ¿Quién ha hecho esto?; puesto que se hizo y nada más.

Vimos con asombro que los salarios de los señores empleados en dicha inyección no podían cobrarse por tenerlo todo los bancos en sus cajas fuertes, así que tuvimos que reintegrar, por vez primera, para hacer frente a dichos pagos. Y como yo tenía la mosca bajo la oreja, como se suele decir, me fui a donde estaba Patricia para hablar con ella.

SAMUEL -. Ayer, cuando salí de entrenar en el campo de fútbol, me crucé con el director de la sucursal bancaria y a penas me dijo nada.

PATRICIA -. No te conocería con la ropa de entrenamiento.

SAMUEL -. Me llamó por mi nombre.

PATRICIA-. ¿Qué me quieres decir: Que me vaya a contabilidad y los tome el pulso?.

SAMUEL -. Ves para ver lo que pasa.

Lo que pasaba era sencillo: Que al saber el jefe de contabilidad de qué partida se trataba, sacó todo el dinero para hacer frente a las obras de la presa y Patricia asustada ordenó al jefe de contabilidad que ingresase la mayoría del dinero en la sucursal, otra vez de nuevo, y no sacase mas que el dinero que iba a necesitar para pagar los salarios semanales.

Había que dejar al personal que hiciese, ya que eran las primeras veces que ejecutaban dichos menesteres y como dice el refrán, que cayendo se aprende.

Era conveniente tener buenas relaciones entre los banqueros y nosotros, por aquello de que no se sabe lo que podía pasar; si algún día necesitábamos del crédito de dichos bancos.

Como les tocó jugar a Campamento con nosotros, o sea con SanSituad club de fútbol, recibí una sorpresa que me causó estupor; pues allí se había presentado Patricia para ver dicho encuentro, pero también estaba Jana acompañando al club de fútbol de Campamento.

No di ni una; pues solamente hacia mirar con el rabillo del ojo de una parte a otra; allí donde se encontraba Patricia y otras veces donde se encontraba Jana, que de vez en cuando se echaban sendas miradas la una a la otra que parecía se iban a comer con los ojos.

Nada más se terminó el partido, uno a cero y sin saber cómo había marcado yo dicho gol, salí corriendo a casa sin haber pasado por las duchas; pues me duché en casa y me aseo bien saliendo de improviso con la sola idea de visitar las obras de la presa; pero cuando estaba atravesando la calle principal de dicha ciudad, vi que se me echaba el alto, siendo una mano femenina la que me indicaba que me detuviese.

Era Jana, que montada en la grupa de su caballo me indicaba que me allegase donde estaba ella, y bajándose de la montura de un salto se puso en el suelo en un santiamén.

Una vez que estuve a su lado me invitaba Jana para que me llegase con ella a las afueras de la ciudad y así lo hice, viendo allí el caballo que yo había montado hacía tiempo para llegar a la ciudad de Campamento, no hacía mucho; cuando sofocamos la rebeldía de los ganaderos en su tiempo.

JANA -. Como pude observar, que este caballo te gustó mucho, te lo regalo.

SAMUEL -. Me das una alegría, Jana.

JANA -. Atiende por, Javito.

Y propinándola un beso, que resonó por aquellos contornos como si hubiese sido un trueno, se separó de mí Jana, con el perfecto conocimiento de que nos llevábamos bien, sintiendo una paz y una quietud en su Alma como nunca la había sentido. De momento se la vio que engordaba por todo su cuerpo y que la respiración, acompasada, se la notaba cada vez más al sentirse querida por mí, según ella.

Yo por mi parte tenía que tener mucho cuidado; ya que yo había huido del lugar donde tenía que estar en esos momentos, que era al lado de Patricia celebrando que habíamos ganado una vez más, un partido de fútbol, y sin esperarlo me dirigí, después de despedirme de Jana, a donde se encontraba Patricia, siendo retenido por Helena.

Sujetando las bridas de aquel caballo, me aconsejaba algo que yo no comprendía bien, pero que de momento sí llegué a comprender el sentido de las palabras que me decía Helena.

HELENA -. ¿Dónde vas?.

SAMUEL -. Ya ves. Voy con mi caballo; me lo acaban de regalar hace un momento.

HELENA-. Pues eso es lo malo.

No me caí del caballo de pura chiripa; ya que desde ese preciso momento comprendí lo que me quería decir Helena y bajándome del caballo se lo llevó ésta a las cuadras para que no me viese con el Patricia.

Mientras se llevaba Helena a las cuadras a Javito, yo le miraba fijamente; pues sus andares eran de un completo caballo árabe: Gesticulaba con las pisadas y hablaba hasta con sus movimientos de todos su cuerpo; ole ahí su gracia.

Si en aquella ocasión gozaba de una dichosa alegría en días posteriores sufría el mayor de los disgustos, ya que a la madre directora de la chicas, se la ocurrió de que éstas no tenían que salir del colegio para nada.

PATRICIA -. Poco tiempo nos queda juntos.

SAMUEL -. Buscaré la manera de convencer a la madre directora de la decisión que ha tomado. Tú eres imprescindible aquí: Eres parte de la cúpula administrativa.

PATRICIA -. Pues hazlo pronto; por que si no, no sé que pinto yo de aquí para adelante. Llegó mi súplica hasta el mismísimo prelado, y éste no queriendo inmiscuirse en las decisiones de la madre directora me remitió a la misma madre, con el propósito de que elevase súplicas a su reverendísima madre.

Pero como no había pedido fecha y hora para hablar con la madre directora, ésta alegó dicho motivos para no recibirme en aquel día, en el que yo estaba dispuesto para pedirla una recesión por su parte con respecto a mis generales; así que tuve que pedir permiso para ver a la madre directora, dándome una fecha un tanto inesperada, ya que se elevaba cerca de un mes y sobretodo siendo los días de la feria de aquella ciudad, SanSituad.

DANIEL -. Es cosa rara.

SAMUEL -. Lo mismo pienso yo.

PACO -. ¿Qué haremos sin las chicas?.

SAMUEL -. Antes de eso, hablaremos con ella.

DANIEL -. ¿Con qué motivo?.

SAMUEL -. Para ver si en el colegio hace falta arreglar algo, alguna parte del mismo o edificar algunas dependencias más.

Eso no lo habíamos pensado hasta ahora; pues al parecer y según las chicas, la madre directora tenía pensado edificar un bloque de viviendas adosados al colegio para acoger a las jóvenes que no tuviesen medios de alojamientos; por encontrarse solas.

Yo no pude más y al saber lo que la madre directora tenía pensado hacer, pedí permiso para hablar con ésta, dándome al siguiente día hora para que tuviese resultado la entrevista entre los dos. Quedaban doce días para la entrevista que me concedió por vez primera la madre superiora y ya me estaba recibiendo, con no sé qué motivo o pretensiones; pero antes que dicha madre empezase hablar y después de los saludos pertinentes comencé diciéndola yo, delante de mis generales: Lo mucho que echaba en falta una acogida por parte de aquellas monjitas, para las chicas que se encontrasen solas, sin dirección alguna; cosa que al parecer la gustó, pues puso una cara de haberla encantado tal propuesta.

La hice ver las necesidades que teníamos de nuestros generales para ejecutar aquella propuesta que yo la había hecho a la madre directora; pero cuando yo me refería a las chicas como generales, eso ya no la gustó tanto, al ver a sus pupilas encuadrada en una formación militar. Tuve que convencer a la madre directora de que aquello era un dicho por nuestra parte, demostrándolas el sumo agradecimiento aquellas chicas tan estudiosas y tan amantes de la religión y eso fue ya otro cantar; pues levantándose la madre directora, miró a las chicas sin provescuidad, diciéndolas si eso era verdad y como las chicas afirmaron mis palabras accedió la madre directora para que saliesen del colegio cuando las necesitásemos.

Todo siguió igual que antes, pues las ausencias de nuestros generales las suplían las otras madres con la madre directora al saber las faltas que nos estaban haciendo dichas

chicas y sobre todo al conocernos bien dichas madres a nosotros, los chicos: Allí no pasaba nada de nada.

Como había recibido noticias de mi caballo, Javito, de que este no comía mucho y se encontraba un poco serio, me asusté de modo que corrí para ver qué le pasaba; ya que estaban siendo unos días de alegría para mí y no era causa de quitarme aquella alegría, así como así.

Y para confortarme conmigo mismo me fui a las caballerizas para ver a Javito y este al verme me comenzó a mirar con cara de satisfacción; por lo menos a mí me parecía.

Nada más que me acerqué a él, le comencé acariciar la cara y alisarle la crin con las manos, resoplando con más confianzas aquel caballo; pues parecía como si supiese que yo era su amo y así se lo hice saber, después de darle un beso en la cara.

SAMUEL -. Me han dicho que no comes y aquí me encuentro yo para que comas, que si comes me das una alegría; pues yo soy ya tu amo, que lo sepas: Soy tu amo, pues tu ama te ha regalado a mi persona.

¡Cosa increíble!; pues aquel caballo parecía que se erguía sobre sus patas en señal de aceptarme y yo cogí una gavilla de paja, con una horca, y echándosela sobre el pesebre comenzó a comer como sino lo hubiese hecho hacía ya varios días. Abrí la espita del grifo del agua comenzando a beber como si tuviese bastante sed, y después de esto dio un relincho que acudieron allí los encargados de las caballerizas y hasta de las cuadras de al lado. Y como sabía que Jana le echaba cebada, le suavicé aquel día cuando le serví, con mis propias manos, la cebada que tanto le gustaba a él, para después ensillarlo y dar un paseo a lomo de mi caballo. Estaba visto, tenía que estar con él todos los días, fuese poco o mucho; pues cuando me veía se conformaba con eso.

Yo seguía feliz, hasta que un día me pidió el diligente de aquellas etnias que le pudiese recibir oficialmente; cosa que me extrañó mucho, por no decir que me asustó, pero me repuse al comprender que aquel buen señor no podía hacer nada si nosotros no le dejábamos, concediéndole la entrevista lo más pronto posible.

Era sencillo; pues si nosotros teníamos un día para celebrar nuestra religión, dicho señor quería que ellos tuviesen otro día para celebrar la suya y para ello tendrían que disponer de un completo aislamiento espiritual para someter su cuerpo a su espíritu.

Aquel berebere parecía hablar, en dicha ocasión en la lengua Tamarigt, que es el "libico-bereber", y desplegando una especie de papiro me entregó una escritura en tifinagh.

Yo no entendía nada; pero veía en aquellos gestos, que se querían constituir oficialmente en sus costumbres, al presentarme aquello con dichas maneras.

Parecía como si quisiera surtir efecto aquella manera de pedirme la constitución de un día religioso por parte de aquellas buenas gentes y así con toda palafarnaria y grandeza de hechos como de bien presentados los documentos, hacer referencia aquel día que se pidió tal constitución en su religión.

Yo no sabía lo que decirle; pues sin consultar dicha petición, con aquellos hechos, no podía firmarle nada; así que le dejé ir, quedándome con los documentos para poderle llamar en su día y ver la fórmula de reconocerle el día que estaba pidiendo para su recogimiento espiritual. No quise hacer oficial aquella audiencia a petición del jefe de los beréberes, o por lo menos la pospuse para mejor día.

Como estaba un poco fuera de sí, me llegué a por mi caballo visitando con el las inmediaciones de la presa e inspeccionando la central del salto de agua; pues me habían

anunciado se necesitaba más energía eléctrica, para el desarrollo de nuestra industria; ya que ésta estaba en completa expansión.

Yo veía que mi caballo se comenzaba a poner un poco nervioso, a consecuencia de algo; pero no sabía yo qué podía ser la causa de poner inquieto a mi caballo, siguiendo con mi inspección ocular por los alrededores de la presa, una vez que salí de dentro del muro donde estaba la fuerza generatriz de la corriente eléctrica. Aquellas turbinas comenzaban a funcionar con las fuerzas de una infinidad de baterías de coches y así aprendí algunos trucos más; ya que carecíamos de otros tantos instrumentos para el buen desarrollo de nuestra central eléctrica.

Seguía mi caballo inquieto, hasta que hubo un momento que levantando las patas delanteras dio en el suelo con ellas un golpe de tal manera que hizo retumbar aquel sitio y no solamente se conformó con hacer aquello, que volvió a levantarse con las patas delanteras para ejecutar otra vez lo mismo y después de aquello se quedó mirando fijamente a la tierra más cercana donde nos encontrábamos el y yo, dando un resoplido como diciendo; Ya está. ¿Pero qué estaba?; si yo no veía nada, claro que yo no miraba bien, debido a que mas bien quería ver a mi caballo sosegado a causa de alguna causa exterior a el.

Yo seguía mirándole a el, a mi caballo, pero cuando bajé la vista y me fijé mejor en dicho sitio, vi matada a una culebra allí mismo. Tenía toda la cabeza aplastada por las pezuñas de mi caballo, y el cuerpo en dirección a mi persona.

Estando inspeccionando aquel salto de agua recibí llamada de Paco y allá que me fui de inmediato, con mi caballo, pues según él se estaban dando unas confrontaciones entre los agricultores y los ganaderos; ya que sus ganados destrozaban los campos de cultivos decidiendo que se vallase dichos campos para no tener roces unos con los otros: Ya que

los beréberes que habían sido comerciantes, ahora eran perfectos agricultores y los que habían sido ganaderos, lo seguían siendo. Y como ya me encontraba en la ciudad de Jorman me fui a la de Colssen para tomar el pulso y ver cómo iban las relaciones sociales de aquellos beréberes con mis condiscípulos; aunque todos eran ya nuestras gentes, allí no había diferenciación de razas.

Y después de saber que todo iba a las mil maravillas, me dispuse para llegar al Paso del Falt, en donde todas las construcciones eran ya de plantas nuevas; o sea, de ladrillos en vez de adobes. Allí me visitaron casi todo el pueblo, sobretodo los componentes del equipo de fútbol ya que se las tiraban delante de mi persona, retándome como que eran ellos los que iban a ganar la liga y una vez que supe la felicidad que reinaba en dicho pueblo, a causa del deporte, por una parte, y por otra parte por el bienestar social que regía en aquella urbe, me fui a Campamento para seguir tomando el pulso a toda la Región de Ribera Alta.

En la ida no pasé por Campamento; pues me fui por el camino donde transitaba el ganado para ver su procedencia y la forma de ser de los ganaderos. Se portaban bien, pero en estos pude divisar algunas etnias que no pertenecían a la de los ganaderos más cercanos a nosotros, ya que como sigo diciendo éstos se encontraban bastante alejados de sus tierras, y como me pudieron decir antes mis condiscípulos; que las clases de comerciante y agricultores habían desaparecido, así que unos se habían hecho ganaderos y otros seguían en la agricultura. Entonces no tomé mucho parecer aquello de que viese allí a varias etnias a la vez.

Llegué a los tres días a Campamento después de haber recorrido todas las ciudades cercanas a dicha urbe, siendo recibido por el padre de Jana bastante comedido por no

verme allí con más frecuencia; ya que este quería me presentase un día si y al siguiente también en dicho pueblo, para ver a su hija.

El padre de Jana me llevó a ella, con idea de que pasase un día en compañía de su hija, y ésta me recibió a las mil maravillas, no sin tanto remilgo como lo había hecho su padre; pues Jana sabía mis deberes y ella los respetaba.

Desde luego decidí quedarme todo un día con ella, pasando en compañía de Jana y los suyos unas horas agradable; pues allí se presentó todo el pueblo con agasajos: Hasta me llevaron, algunos, como presentes oro y algunas otras joyas que ellos guardaban con esmero y al disponerme para rechazar tales preciosos regalos, Jana me indicó algo que me llegó al Alma.

JANA -. ¡No!; no se lo rechaces; pues veo que no es desprecio, sino que te cuesta recibir dichos regalos. Éstas gentes son nobles y sinceras y si te han traído dichos presentes es para que se los admitas.

SAMUEL -. A éstas gentes no les sobran muchos bienes.

JANA -. Pero les sobran las gracias para desprenderse de lo que más valor tienen en casa, con la persona que ellos aprecian y admiran.

Y al hacer yo una indicación con el dedo índice hacia mi persona; como si esa persona fuese yo al que admiraban y apreciaban, Jana me indicó que sí era yo al que veían como guía y fortaleza para llevar por buen camino sus vidas. ¡Qué bonito!, que a gusto me quedé en ese día que pasé entre los habitantes de aquel pueblo y con Jana.

A la vuelta a mi casa, me estaba buscando Patricia; ya que había un gran buque frente a las costas, habiendo arribado a dicha ciudad, SanSituad, grandes comerciantes para hacer unos negocios con nosotros.

SAMUEL -. ¿De qué se trata, Patricia?.

PATRICIA -. Estos señores venden de todo y si no lo traen en el buque que hay fondeando la costa, van a por ello.

SAMUEL-. Buenos proveedores. ¿Ahora veremos haber si tiene cuenta?.

Y alargándome una revista, bastante extensa, me la entregó para que yo la pudiese ver, creyendo yo que se trataba de una broma; pues sus productos estaban a precio de saldos.

Así, poco a poco, nos fuimos proveyendo de todas clases de productos para distribuirlos en las tierras colonizadas, o sea: SanSituad. Porque dichos proveedores llegaban a nuestras costas con suma frecuencia y dichos productos llegaron a los sitios más recónditos de todo nuestro territorio colonizado; pues ni los mismos agricultores, ni los mismos ganaderos se quedaron sin ellos; no digo yo así, como todas las ciudades, que se abastecieron de dichos productos.

No solamente se abastecieron todos los habitantes de las tierras colonizadas; sino que nos pusieron una emisora más potente que la empleada hasta la fecha y como la que teníamos la subimos a la sierra, en el Paso del Falt, se oía perfectamente en todas las ciudades, con una nitidez poco más o menos clara. Así mismo nos suministraron los instrumentos para montar una orquesta y por vez primera se escucharon los primeros compases con dichos instrumentos de dicha orquesta en unos pocos de meses, en un cine que servía, también, como de teatro.

Teníamos de todo, o casi todo; no nos faltaba lo más esencial, ni cosa súper fuga para tener un rato de ocio. Y hasta llegó el final de la liga de aquel año, ganando la competición ligera, por un punto, los del Paso del Falt, no dándonos mucha vergüenza al saberse ya que dichos componentes de aquel equipo habían estado en tercera división en la península. Y como les digo no nos dio vergüenza, pero sí envidia; envidia sana al

vernos relajado a segundo término, teniendo como norma dar ejemplo a todos los habitantes de las tierras colonizadas.

Lo malo no fue eso, que lo malo llegó cuando todos, en unanimidad, quisieron festejar en nombre de aquel equipo un día de fiesta en su feudo, cediendo yo y todo el componente administrativo para ello: No fuese a ser que demostrásemos dicha envidia a la luz del día.

Con aquel final de liga llegaron las notas finales de quinto, esperándolas como agua de Mayo todos mis discípulos, conmigo mismo. Pues no sabíamos qué estaría pasando con los sacerdotes; ya que no sacaban las notas al tablón de anuncio para nada. En cambio, sí salieron las notas de las chicas, habiendo aprobado todas ellas, a mis generales me refiero, el curso impartido en su colegio: Se notaba que habían estudiado.

Un día nos llamaron los condiscípulos, los que estaban internos, para que acudiésemos a leer las notas del tablón de anuncios. Pude ver que estaba aprobado, por lo menos eso; así que me fui a secretaría para que me diesen la cartilla de escolaridad, viendo en ella todas las asignaturas aprobadas, por lo menos las tenía todas aprobadas.

Cuando iba saliendo del colegio me di cuenta que Paco andaba con pasos torpes y como dubitativos, acercándome a él para ver si le pasaba algo.

SAMUEL -. ¿Te encuentras mal, Paco?.

PACO -. Me encuentro que exploto.

Me pude dar cuenta qué le pasaba, no era otra causa mas que el cate que se había ganado en matemáticas; y era comprensible, pues éste no entendía muy bien dicha disciplina: Así que aquel verano hice que estudiase con un profesor particular, que bastante dinero costó, al traerle de la península. Pero como Paco era aplicado y docente, se hacía caso de los profesores, aprobó matemáticas, en Septiembre, pasando todos a

septo de bachillerato: ¡Qué bien!; ya estábamos en el último curso y si lográbamos pasar la reválida, nos veríamos pronto en la facultad. ¿Pero qué facultad?. Allí no teníamos Universidad, y todos no íbamos a estudiar lo mismo: ¡Vamos!; ¿me parecía a mí?.

No sabíamos lo que hacer; pero nuestros profesores ya estaban al corriente de todo y nos tranquilizaron aquellos sacerdotes cuando vimos en nuestro colegio al Rector Mayor de dicha congregación. Yo pregunté por las causas de dicha visita y el director del colegio me explicó que era causa de estudiar cómo íbamos a dar las materias pertinentes del primer curso de nuestra carrera. Aquellos sacerdotes estaban en todo; pues hasta habían contratado cuatro profesores laicos, para impartir las asignaturas de física, química y matemática; no sabiendo de dónde iban a sacar el dinero si no nos habían subido el internado en el mismo colegio. Se veía que estaban volcados en nuestra docencia y no miraban escatimar parte de la economía.

Comenzó el nuevo curso con agradecimiento en general por parte de todos los condiscípulos a dichos sacerdotes, por facilitarnos los estudios y pensar en nuestro porvenir; pues nosotros tendríamos que tener un porvenir el día de mañana.

Ya en sexto cursos las estábamos viendo más espigaditas a las chicas; se estaban haciendo mujeres y por supuesto, nosotros no íbamos a ser menos; pues también se nos veía más hombres y serios a la vez: Pues algunos, ya dábamos respeto a la persona que teníamos delante.

Pero con todo y ello hubo un tiempo en que dentro del escollo que había entre los agricultores y ganaderos, parecía como si fuesen a triunfar los ganaderos por su movilidad con el ganado; aquel que la hacía en un lugar determinado al día siguiente ya no se encontraba allí para recriminárselo.

Los agricultores tuvieron que defenderse con armas blancas, a tan altas provocaciones y como a mí no me parecía bien aquello tuve que disponer del ejército para que vigilaran la zona por donde tenían que pasar los ganaderos terminándose toda clase de altercados, los unos con los otros.

Pero aquella situación no la podría sostener por siempre; había que ideal algo para que los ganaderos respetasen a los agricultores y como pude fijarme, las vallas que habían colocado los agricultores en su día estaban, como rotas y algunas habían desaparecido; así que volví a poner vallas por toda la periferia de las tierras cultivadas, pero esta vez más rígidas que se pusieron la primera vez.

Solventado aquel problema, me quedé satisfecho del todo; ya que era difícil que aquel ganado pasase dentro de las tierras de cultivo de los labradores y para comprobarlo me fui a dicho terreno, pudiendo ver el paso del ganado perfectamente desde la sierra. Era una hilera lo que formaba aquel ganado, siempre que un ganadero pasaba su manada o rebaño por aquel lugar.

AMPARO -. Debíamos cerrar la frontera a los ganaderos.

SAMUEL -. Es conveniente que consuman el agua estancada; pues de lo contrario volveremos a tener problema con ella. Así se renueva dicha agua.

PACO -. ¡Claro, mujer!.

A parte que proveían de leche, suero, manteca y carne a toda la población de las dos provincias: Ribera y Ribera Alta. Entre agricultores y ganaderos no hacía falta los productos alimenticios, ya que algunos de ellos se habían asentado en dichos terrenos, teniendo que hacer uso de los utensilios que les facilitasen los habitantes de dicho lugar.

Yo veía a SanSituad, como un verdadero país; en donde todos piensan a una y se ayudan los unos a los otros: Eso sí es un verdadero país.

Yo paseaba con mi caballo en la ciudad de SanSituad y me miraban todas las gentes a mi paso, teniéndome un poco de envidia sana; pues el paso de aquel caballo era señorial y rumboso, hasta me atrevía a marchar a la Región de Ribera Alta, para visitar sus ciudades. Y en una de ellas, Colssen, se me intentó sustraerme al animal; gracias que corrí para hablar con Fermín, recibíendome su novia Rosario.

ROSARIO -. Fermín no se encuentra en administración, pero te puedo yo servir. Te veo inquieto: ¿Qué te pasa?.

SAMUEL -. Vengo para que me prestéis el ejército: Se llevan mi caballo unos señores.

ROSARIO -. Eso está hecho.

Y así se los dio alcance aquellos señores, reteniéndolos en plena huida hacia la sierra, para más tarde dirigirlos al Paso del Falt y hacerlos pasar al otro lado de la frontera de nuestras tierras, con la prohibición de que en ellas no pisasen jamás.

Yo no podía irme de aquellas tierras sin antes dar las gracias a Rosario y por lo tanto pasé por la ciudad de Colssen con idea de despedirme de ella, encontrándose allí Fermín.

FERMÍN -. Ya me ha contado Rosario la odisea del otro día.

SAMUEL -. Desde luego lo sucedido fue una aventura para aquellos señores que decidieron llevarse mi caballo.

ROSARIO -. Te honra cómo los denominas; nunca sale de tu boca otra palabra que no sea: El que se quisieron llevar a tu caballo dichos señores, no de que quisieron sustraerle.

SAMUEL -. Las gracias son recíprocas; pues también tú los denominas muy benignamente.

Tenía bien acostumbrados a mis generales para que no se extralimitasen en sus conversaciones, así la tropa los seguiría; no oyéndose ninguna palabra más alta que la otra y ningún altisonante vocablo que se pudiese coger con doble sentido a la frase. En general toda la población hablaba a las mil maravillas, sin frases que luego pudiesen pesar en el Espíritu y en el ser de dicha persona que las hubiese dicho.

En aquellos días llegaron a las tierras colonizadas unos titiriteros, haciendo las maravillas de los niños y hasta de las personas mayores; pero lo que a mí me chocó, fue que se asentasen en varias ciudades a la vez alertando a mis generales y éstos mandaron a sus mejores células de investigación para que recabaran información personal de todos ellos. Pues sí la recabaron, en general eran personas bien formadas de otras tierras, que llegaron a la nuestra con una sola idea.

Esa idea que traían había que dejarla hacer por parte suya, retirándonos nosotros hasta cierto punto del asunto; y digo hasta cierto punto, pues en la hora señalada y en la fecha deseada lograron entrar en las dependencias de dichas ciudades donde guardábamos toda clase de armamentos: Querían hacerse de todo el armamento posible con otra idea que nosotros no comprendíamos, ni sabíamos; ya que se cerraron en banda y nadie de ellos habló una sola palabra de lo que había pasado o de los proyectos que tenían con aquel armamento.

A mi simple parecer, que querían vender todo aquel armamento al mejor postor; pero por otra parte, ya se había dado tres veces el mismo caso y eso era causa de no creerse que fuese un caso fortuito. Por lo tanto hice que me enterasen bien de la guardia que había puesta en dichos almacenes de armas y por supuesto era la guardia que en un principio se había dado órdenes para su colocación.

SAMUEL -. ¿Es bastante guardia, o no?.

DANIEL -. Si tú no dices que nos retirásemos, no entra ninguno de esos señores en los almacenes de armamentos.

SAMUEL -. ¿Luego es bastante la guardia que hay puesta?.

DANIEL -. Desde luego.

Para ser prudente, hice que se retirase la guardia de todos los almacenes y así poder culpar con cargos a dichos señores; de otra manera no se sabría bien sus dolosas intenciones.

Habría que tener mejores información y para ello decidí pasar la frontera hacia la parte más árida, por donde llegaban toda clase de personas con no sanas y menos intenciones de querer ofrecer algo positivo; que lo ofrecíamos nosotros con tener un territorio floreciente en bienes y en cultura. Aquel territorio colonizado estaba de boga en aquellos tiempos por ser un enclave de riqueza y de porvenir para toda persona que llegase a sus tierras y se portasen como mínimo, con un cierto respeto y trabajase de firmes en ellas.

Lo primero que tuve que hacer, una vez que pasé la frontera, fue el huir de una culebra que a rastra se dirigía hacia mí, no con menos buenas intenciones. Parecía como si me persiguiesen las culebras y como no llevaba mi caballo, el camello no hizo ni por pisarla, pues tuve que coger un palo y apartarla de mi camino.

AMPARO -. No, ¡no!: Se mata.

SAMUEL -. No digas eso, Amparo.

ROSARIO -. Samuel lo ha hecho bien: Apartarla de su camino.

AMPARO -. Como digáis.

Y así digo, que mis generales acompañantes eran las chicas: ¿Imagínense qué escolta llevaba?: ¡Dulces!, ¡caramelos!, y otras clases de golosinas para aquellos sedientos

hombres de dichos lugares áridos. Mis hombres, mis generales se tuvieron que quedar en sus puestos de mando por motivo que en aquel entonces era la fiesta de aquellos beréberes y en son de aplacar toda clase de insurrección, en las tierras colonizadas.

¿Qué digo en las tierras colonizadas?; si no a muy lejos de allí vimos a centenares de hombres en espera de algo, y ese algo era causa de que se iba a producir, cerca de allí, una causa por la cual estaban apostados dichos señores, con un completo ejército con armamento oculto.

Sí; si era verdad que estaban siendo sus fiestas religiosas y por eso se encontraban allí dichos señores: Todo eso, hasta aquí, normal. Pero no las tenía yo todas consigo; ya que disfrazados de ellos mismos nos acercamos Patricia y yo a sus campamentos, viendo la pura verdad de la historia que se estaba dando allí.

Unos respetaban los días de su religión, mientras otros estaban esperando acontecimientos, los más, para saltar de dicho lugar a las tierras colonizadas y eso no podía ser otra cosa, que cuando fuesen llamados a ejercer la fuerza.

Sin pérdida de tiempo nos retiramos Patricia y yo de aquellos campamentos, o asentamientos, para reunirnos con nuestro personal y al llegar a ellos los expusimos todo lo que habíamos visto, produciendo en éstos una congoja enorme.

ROSARIO -. ¿Qué hacemos?.

SAMUEL -. ¿Qué hizo el otro día la culebra que me perseguía?.

ROSARIO -. Reptar.

SAMUEL -. Pues así se irá Patricia y un soldado para informar de lo que está pasando a los discípulos, los generales. No levantéis la cabeza para nada del Mundo.

No quería que los vieses y para ellos dirigí a Patricia más hacia el sur y al soldado más al norte, con idea de que los dos entrasen en SandSital por el Paso del Falt y llegasen cuanto antes a dar cuenta de lo que estaba sucediendo.

Pero lo que estaba sucediendo en ese mismo terreno, donde nos encontrábamos nosotros, era cosa de pensar muy bien no viendo qué salida iba a tener dicha solución en los hechos; sí en los hechos, pues fueron cogidas por sorpresas las chicas: Amparo y Rosario.

Yo veía que se debatían como podía de entre los brazos de aquellos señores y no era solo eso, que cuando llegaron otros señores ya pasó a más la cosa; pues la situación era desesperante para ellas. Y en un forcejeo entre Rosario y uno de los últimos en llegar, logró despejar la cabeza de esta la chica viendo en este a un súbdito español; pues los aborígenes las respetaban en cuanto al tema sexual.

Se abalanzó a el Amparo y entre las dos lograron reducir en un momento a dicho señor, que fue cuando salimos corriendo, a más y mejor, a través de aquellos campos esteparios.

Yo veía que las dos chicas no podían más, que se iban asfixiando por la carrera que estaban dando y cuando doblamos una especie de colina vi una concavidad en la misma, que casi la tapaba una mata de un pequeño arbusto criado allí.

Llamé a las dos chicas y nos entramos en aquella concavidad como pudimos, pues era bastante reducida, y logré tajarla con aquel arbusto de tal manera que parecía no haber otra cosa en dicho sitio que dicho arbusto y así pasaron los forzudos hombres detrás de nosotros: Lo malo era, que no sabíamos cuando íbamos a salir de allí. Yo me asomé un poco para ver el panorama y aquel campo se encontraba totalmente sin ninguna clase de persona.

Salimos de aquella concavidad dentro la tierra, en un promontorio de la misma, más bien parecida a la arena, no viendo a nadie a muchos metros de nosotros y cuando miré para donde se habían ido aquellos señores vi algo caído en la tierra.

SAMUEL -. ¿Aquello?.

AMPARO -. Parece que se les ha caído algo.

Quedé a una de las chicas en ese mismo lugar, para que por lo menos se salvase alguna, y con Amparo me fui para buscar aquello que se les habían caído a dichos señores.

Cerca las huellas de los camellos había un envase de los que usaban dichos señores para beber, no creyendo que estuviese lleno, o medio lleno.

Cuando lo cogí en mis manos pude observar que pesaba algo y moviendo aquel envase me pude dar cuenta que allí había líquido suficiente para los tres.

Cuando llegamos donde se encontraba Rosario abrí aquel envase oliendo su contenido y a mi parecer se trataba de agua. Deposité unas gotas en mi lengua y efectivamente era agua, echando un buen trago los tres de dicho envase. Nos supo a poco aquel trago que echamos de aquel recipiente, guardando el resto para otra ocasión.

AMPARO -. ¿Qué raro?.

ROSARIO -. ¿El qué?.

SAMUEL -. Me parece que la opinión de Amparo es, el poco armamento que llevan dichos señores.

ROSARIO -. ¿Y con eso quieren colonizarnos?.

No hubo más opinión que esa, ya que enseguida nos volvimos a entrar en aquella concavidad, mejor dicho; cuando me disponía a penetrar en aquel hueco vi correr por la tierra a una especie de lagartija, llamado en este terreno pez de tierra.

Llamé a las chicas con motivo de que vieses aquel animal y entre todos coincidimos que era nuestro almuerzo y allí que nos fuimos para coger aquella especie de lagartija: ¡Y cómo corría el animal!.

Se metía en la tierra para desaparecer y nosotros con las manos y con un palo seco que había allí mismo lográbamos quitar la tierra que la cubría, hasta que dimos con ella, siendo un bocado apetitoso para nosotros, y hasta vimos una especie de araña, que no era venenosa, haciéndola desaparecer de inmediato en nuestras tripas; y ya eran dos bocados apetitosos o no, aunque la araña no estaba tan buena como aquella especie de lagartija.

En cuanto a la vida que se llevaba en dicho lugar no podía hablar mucho, ya que como se está viendo no teníamos ni el más mínimo desenvolvimiento para llevar una vida un tanto respetable.

Ese mismo día terminaba la fiesta de la religión entre aquellos señores y para no ser detectados pasamos toda la noche en aquella concavidad, estrecha y a penas sin poder respirar; pero cuando amaneció me asomé para contactar con la realidad y poder ver qué era lo que estaba pasando en aquellos contornos. Y en aquellos contornos pasaba de todo menos bueno; ya que vi un cierto número de personas a un lado, entre ellos mezclados los peninsulares con los beréberes, y al otro lado eran personas autóctonas en su mayoría de tierras un poco alejadas de dicho lugar.

Llamé a mis dos generales, las chicas, y pudieron ver un caso insólito entre ambos grupos de contendientes.

ROSARIO -. Mira, Amparo.

AMPARO -. Ya lo veo.

SAMUEL -. No llevan armas ninguno de los dos grupos: Esto es cosa rara.

Me acordé de que ya había abogados en todas las ciudades de nuestra demarcación, dentro de las tierras colonizadas. Tal vez sería prudente no llevar armas en tales acontecimiento; para que no se nos pudiese echar en cara un enfrentamiento sanguinario.

AMPARO -. ¡Mira!, mira; si es Jana.

SAMUEL -. Ya lo estoy viendo, que no porta ninguna clase de armas; pero que al parecer está haciendo recular a los beréberes rebeldes.

Rosario me señaló con el dedo a una polvareda que había a muy pocos kilómetros de nosotros y cuando pudimos ver de qué se trataba, vimos que Rosa Fort se adelantaba por el flanco del medio, o sea, por lontananza hacia las filas de aquellos aguerridos beréberes.

Vi cómo se frotaba las manos Amparo, y yo para no quitarla la alegría de su cabeza la indiqué que todavía debíamos permanecer escondidos en dicho refugio, pues estábamos entre dos fuegos, como se dice siempre, pero que pronto nos liberalizarían.

Se la vio avanzar a Rosa Fort a toda marcha hacia los insurrectos y en poco tiempo estuve a su altura, confundiendo las filas de nuestros peninsulares con las de aquellos señores.

¿Cómo lo había hecho?; eso era mi pregunta: Pues sin tirar un solo tiro logró reducir a toda esa gente, embriagada en poder y en conquistar lo que ellos creían que era suyo.

Sí hubo un pequeño enfrentamiento entre las dos partes; pues me llegó Patricia con las faldas rotas, a jirones, como de haberla tirado fuertemente de ellas con no menos intenciones buenas, y hasta sangre en un muslo traía cuando llegó a mi vera, poniéndome a mí totalmente nervioso.

PATRICIA -. No es nada; solamente que me he caído y me he dado con un palo que había en el suelo.

SAMUEL -. ¿Entonces?. – y señalándola al muslo quería replicar, hasta que me cortó ésta.

PATRICIA -. Nada de nada.

Bueno, ya sabía yo que una agresión sexual no era; quedándome enteramente conforme, pues Patricia conservaba totalmente su inocencia.

Todos volvimos a nuestras ciudades, no sin antes haber firmado un contrato entre aquel asentamiento, de buenos beréberes, como eran aquellos hombres, para que informasen de los movimientos posibles que hubiese en dicho terreno de gentes no conocidas por ellos, y a cambio les proporcionaríamos alimentos y dejaríamos abrevar su ganado en aquella gran charca que se había formado del desagüe de los pozos y el riego de los agricultores, pues servía la sierra como muro de contención.

Otro escollo tuvimos en días sucesivos a los hechos acaecidos; pues aquellos agricultores y ganaderos se querían constituir, no dando prioridad a tal efecto por parte de nuestras cortes; ya que ni nosotros mismos estábamos constituidos, nos regíamos por las leyes de la península y nada más.

Pero como siguieron los actos de protesta a tal efecto, pregunté a los abogados sobre el caso; diciéndome estos que dejase correr el tiempo, ya que tendrían tiempo de su nueva o vieja constitución, que no era tiempo de unificar sus leyes en reglamentos.

Y como hice caso a los abogados, se me aglomeraron, un día, en la parte de la charca todos los agricultores y ganaderos, acudiendo parte de otras ciudades; así que se reunieron en dicho lugar cerca de unos trescientos hombres. Como aquel caso persistía, a esos trescientos hombres se les unieron, también, las mujeres; no consintiendo yo que

en dicho lugar se fuese hacer un asentamiento, pues tenían que quedar expedito dicho paso al ganado de los trashumantes, mal denominados, pues dichos ganaderos tenían sus asentamientos bien definidos: Unos en nuestra parte de terreno colonizado y otros en la frontera de esos mismos terrenos.

SAMUEL -. Nos hemos reunidos en este día para buscar la solución y disolver tal concentración de ganaderos.

HELENA -. Es muy sencillo.

PACO -. ¡AH!; si. Pues dilo, bonita.

DANIEL -. ¡Paco!

SAMUEL -. Tranquilo: dejad que hable Helena.

HELENA -. Como hemos hecho otras veces.

No sé si sería la mejor solución para que aquellos ganaderos desistiesen de sus propósitos y volviesen a sus asentamientos; pero lo que proponía Helena no era mala idea; el emplear un poco la fuerza administrativa, pero sin extralimitarse en ello. Así se pensó y así se aprobó, al no ver otra solución por parte de nosotros.

Poco a poco aquellos ganaderos fueron retirándose a sus respectivos asentamientos, los unos dentro del territorio colonizado y los otros cerca de la frontera de este mismo.

Cuando se estaban yendo a sus respectivos lugares, se oía entre aquellos señores; que La Loca tenía la culpa de que no los hiciesen caso alguno, y como ya estaban acostumbrados a no lograr nada, dentro de las fuerzas del orden de la península, ayudados por las de su Nación; estos, los ganaderos se fueron retirando poco a poco a sus lugares de destino sin protestar.

Eso es lo que creíamos nosotros, pues pronto me llegó un emisario del asentamiento, que en su día formamos contrato para que nos informasen de los posibles movimientos,

y desde luego que sí había alguna anomalía en aquellas tierras colindantes a las nuestras; pues los agricultores, en vez de retirarse a sus asentamientos permanecían cerca del primer asentamiento, o sea: Del asentamiento que habíamos firmado contrato para que nos informasen.

Nuestra idea fue sencilla; pues ya que no habíamos formado ninguna clase de maniobras, dentro del ejército, sería ocasión para formalizar unas maniobras entre las cuatro primeras compañías de nuestras fuerzas armadas y así poder disuadirlos que cesasen en aquella pretensión; ya que no podíamos hacer frente a sus peticiones.

Como vieron una cantidad de polvo, que levantábamos en aquel territorio, los beréberes se fueron dispersando, poco a poco, antes que llegásemos a donde estaban ellos; y así cuando llegamos a dicho lugar, allí no había nadie esperándonos.

Vitorean a Rosa Fort y a La Loca, por la decisión que tuvieron en afrontar de frente dicha acometida, con sus respectivas compañías, o sea: la tercera y la quinta compañía, ya que la primera me correspondía a mi y la segunda a Daniel.

No sin antes que me hubiese retirado con mi compañía al cuartel, me paré en Campamento para ver a Jana y cosa curiosa, no se encontraba en dicha ciudad.

Me fui hablar con el padre de Jana para que me informase de dónde estaba ella y este me indicó que disolviendo a los ganaderos que habían formado asentamiento, durante unos días, en la provincia de Ribera.

Corrí a los almacenes de armamentos que tenían en dicha ciudad, no viendo gran cosa allí; de modo que se había llevado casi la mayoría de aquel armamento. ¡No podía ser!; aquello estaba siendo un despropósito para nosotros.

Sin avisar, dejé que se fuese las tropas a su destino y yo inicié camino del resquicio de asentamiento que habían dejado aquellos señores cerca de nuestras fronteras, para ver si podía atajar tanto daño.

La marcha no me fue penosa, sobre todo cuando atravesé el Paso del Falt y hasta el primer asentamiento de nuestros amigos, recibíendome estos con sumo agrado y explicándome, con todo detalle, las ideas que tenían aquellos ganaderos por su parte; que eran nada más y menos, que el formar un pequeño asentamiento en aquel lugar para que los sirviesen como apoyo para cuando fuesen a llevar su ganado al abrevadero.

Lo malo fue cuando inicié el camino hacia aquel asentamiento, sólo y sin comida; con una ventisca que elevaba la tierra hacia la cara, no consiguiendo ver a dos pasos de mi persona.

Yo tenía que dar, enseguida, con Jana; estuviese dónde estuviese, pero comprendí enseguida que a ciegas me sería difícil dar con ella, alegrándome un poco cuando vi que se aproximaba a mí una mujer montada en un camello. Sería Jana, que al saber de mi existencia en aquellas tierras no quería que permaneciese sólo ni un momento más; pero qué va, la chica que venía montada en el camello era Patricia, con sus piernas rosadas y su caballera trigueña. ¿No sé qué haría allí mi chica?, si yo la daba ya en la provincia de Ribera; pero cosa curiosa, no venía con su compañía, venía sola: ¡Qué digo sola!, si a dos pasos de ella llegaba Helena montada en otro camello. Ese cuadro estaba para encuadrarse, era una escena patética: Ellas dos solas queriendo retener a toda una masa de agricultores y sin ningún medio de disuasión para ello. ¿Tal vez sería a tortas como quisieran disolver, de una vez para siempre a dichos ganaderos?.

Antes de llegar a donde se encontraban aquellos ganaderos nos salieron unos señores al paso con ideas algo extraviadas, pues hicieron bajar a las chicas, nada más que las

vieron, de los camellos y a mí me ataron a una silla de un camello, que habían dejado en el suelo.

Tanto fuerzas hice para desatarme de aquellas correas que me hice daño en las muñecas, sangrando de inmediato en ellas, al ver a las chicas que se debatían a patadas y tortas con aquellos señores con la sola idea de que las dejaran en paz.

Pues sangrando y todo logré desatarme de aquellas correas que me aprisionaban las manos, saliendo corriendo para dichos señores y poder defender a mis generales, de aquellos forzudos hombres. Nada más que llegué a donde se encontraban aquellos señores, uno de ellos me asestó un puñetazo que me calló para atrás, medio conmocionado; pero tuve capacidad de respuesta, levantándome de inmediato para cuando volviese hacer lo mismo no me cogiese de sorpresa: ¡Y vaya si me cogió!

Otro golpe recibí de aquel mismo señor, que por poco me vuelve a tirar al suelo, a no ser que al dar tres pasos logré incorporarme para esquivar el siguiente golpe y sujetándole de las manos le propiné tal patada en la boca del estómago que se tambaleó, sin caerse.

Los otros dos hombres tenían a las chicas sujetas por las cinturas, y éstas intentando desligarse de dicha prisión; pues tenían las ropas totalmente levantadas, hasta medio muslos, y eso yo no lo podía consentir; que mis condiscípulas los enseñasen parte de su cuerpo y allá que me fui, derechos a ellos.

Salí como volando, con todo el genio que llevaba, propinando al primer hombre una patada en la cabeza que le tumbé en el suelo todo lo largo que era, y al siguiente señor, una vez que se me vino recto hacia mí, me agaché cuando me quiso tirar un puño para asestarle yo otro en el tórax, haciéndole toser de lo lindo, por el dolor que le produce.

Y mientras tanto ya se habían soltados de ellos mis dos condiscípulas, llegando a mi lado para ayudarme a defenderme de aquellos energúmenos hombres; pues sus fuerzas eran enormes, pero su manera de reaccionar no eran lo suficientemente buenas como para esquivar los golpes.

No sé ni cómo, aquellos tres hombres salieron camino donde se encontraban los suyos, y los suyos estaban haciendo todo el polvo que podían, no sabiendo nosotros qué estaba pasando allí.

HELENA -. ¡Qué de polvo!

PATRICIA -. ¿No te das cuenta?.

SAMUEL -. Parece que están a palos limpios en ese sitio.

Y así era; que las fuerzas del coronel Jana se encontraban allí en perfecta pelea con aquellos desarmados, que irrumpiendo en nuestras tierras querían algo más que dar de beber a su ganado, aunque ya estuviesen a bastantes kilómetros de allí.

En aquel lugar no quedó asentamiento alguno, ni rastro que hubiese para decir que allí habían estado en acampada unos señores.

Ahora sí que en denantes no; pues se vieron cara a cara Patricia y Jana, y cosa curiosa que en vez de ponerse nerviosas se dieron un saludo de los más cordial que yo he visto nunca.

Patricia era lista, pero no menos lista era Jana; que tratándola a Patricia con los respetos debidos y los saludos correspondientes, se estaba ganando a Rosa Fort de todas por todas: Cosa curiosa entre dos mujeres rivales.

Sí, digo a Rosa Fort, porque así la estaban llamando las tropas de Jana a Patricia, como ellos buenamente la conocían y para no formarla, las invité a seguir nuestro camino para marcharnos, cuanto antes, a nuestros respectivos lugares. Y para ello separé a Jana de

Patricia, marchándome yo con ella delante de las tropas de Jana abriendo camino en aquel campo árido y desértico a la vez.

Por fin llegamos a nuestra gran ciudad, SanSituaD, encontrando en ella a todos nuestros generales, que nos estaban esperando en el edificio de las Cortes. Yo cuando entré en dicho edificio vi unas caras largas y serias, sin saber las causas de dicho enfado, así que pregunté por ellas.

SAMUEL -. ¿Qué pasa?.

DANIEL -. ¿No sé si merece la pena seguir en esta tierra?.

Aquello me desesperó a mí, que refuté de malas formas lo que estaba diciendo mi general Daniel a consecuencia de lo mal que lo había pasado por medio de Helena.

SAMUEL -. ¡Anda!; si ha sido una pregunta la que ha hecho Daniel al decir eso.

Se me quedaron todos ellos mirándome a la cara sin saber qué responder, hasta que la misma interesada abrió la boca para emitir un juicio.

HELENA -. Pues claro que vale la pena seguir en estas tierras colonizadas por nosotros. El tiempo lo dirá y ellos mismos nos lo agradecerán, al ver las infraestructuras que vamos a dejar en dichas tierras.

SAMUEL -. No te lo tomo a consideración, Daniel, por lo mucho que has sufrido al saber de nuestra situación tan comprometida; pero guárdate, otra vez, en hacer dichos comentarios.

Aquello quedó bien sentado, de que en aquellas tierras no se movía nadie hasta el final del protectorado y para ello y para que se sentasen la calma en nuestros cuerpos, hice una propuesta de comercio, dentro de nuestro territorio y así estar enterado de lo que pasase en cada lugar por medio de dichos comerciantes.

PACO -. Sí, eso me parece bueno; haré que algunos de nuestros ganaderos logren formar mercado.

SAMUEL -. No Paco, los ganaderos siempre han sido ganaderos; en cambio los agricultores han sido comerciantes venidos a menos. Es mejor que se lo encargues algún agricultor que tengas a tus órdenes y sea de confianza.

Y así comenzó a florecer un mercado, que iba de pueblo en pueblo, de calle en calle vendiendo los productos que daban los agricultores y ganaderos, cubriendo toda el área de aquellas tierras en alimentación y en productos de pieles para que se cubriesen aquellas personas y se resguardasen del calor. Tan floreciente fue en aquellos años el comercio que estaban haciendo dichos agricultores, en otro tiempo comerciantes, que se vio resurgir aquellas ciudades en una compra e intercambio de bienes ajenos para su comercialización. Se admitieron especias de otros lugares intercambiando los agricultores sus productos, siendo más sabrosas las comidas en nuestras tierras colonizadas.

Pero un día oí quejarse a un comerciante, que no podía dejar sus productos en el suelo a causa del mucho barro que había en el y el mucho declive del terreno; eso me dio hincapié para reunir a mis generales y transmitirles algo.

SAMUEL -. Quiero que salgan todos a la ventana y me digan qué es lo que ven.

Salieron todos ellos a la ventana y unos decían que veían mucha actividad en la ciudad de SanSituad y otros que veían los campos verdes por el regadío de aquel salto de agua y algunos hasta fardaron de lo bien constituidos que estábamos.

Yo les indicaba con el dedo de que no era eso, que a lo que yo me refería era a otra cosa más vistosa; pues la tenían delante y no se estaban dando cuenta, hasta que ya uno de ellos se atrevió a consultarme por aquella cosa.

DANIEL -. ¿Dinos qué es, a lo que te refieres?.

SAMUEL -. Mirad de frente y veréis a lo que me refiero.

FERMÍN -. Delante no vemos otra cosa mas que la sierra.

SAMUEL -. ¡Justamente!; ¡ahí!, ahí iba yo a parar.

Y como seguían sin comprender lo que yo les quería decir, tuve que esforzarme más cuando uno de ellos me hizo una pregunta.

ROSARIO -. ¿Y qué?.

SAMUEL -. Pues ahora mirad hacia abajo, hacia la calle y decidme qué veis.

No me lo dijeron, pero me miraban como queriendo saber qué les quería decir en concreto, así que les indiqué la relación que había entre la sierra y la calle.

SAMUEL -. La calle está con un declive malo y con peor asiento para que trasporten los comerciantes sus productos.

DANIEL -. ¿Allanarla?.

SAMUEL -. Pero no solamente eso; es más, empedrarla.

Aquello pareció bien a todos mis generales, que en poco tiempo se estaban formando canteras en la sierra para empedrar todas las calles de las ciudades y así quedar transitadas a nuestras grandes y pequeñas vías de paso y tránsito por los terrenos colonizados.

Las ciudades se estaban quedando cada vez más bonitas, con sus luces y con buen piso en las calles; delimitando las aceras de la circulación; que aunque poca, ya se veían algunos que otros vehículos por sus calles.

A sus costas recalaban buques de mayor calado cada día trayendo toda clase de productos comerciales, encargándose nuestros comerciantes para distribuirlos por todo el territorio colonizado y hasta llegaban, dichos productos al asentamiento que había

cerca del Paso del Falt pasando nuestras fronteras, ya que habíamos firmado un contrato con aquellos señores; permaneciendo totalmente a gusto con nosotros.

Lo único malo que había en dicho contrato, era que también iban a buscar en dicho asentamiento, los productos que les proporcionábamos aquellos señores, otros beréberes que no pertenecían a dicho asentamiento; siendo los mismos señores que nos acosaban con sus protestas al conseguir pasar su ganado para que abrevasen en la charca formada a causa del desagüe de los canales del regadío, lo que sobraba para beber las personas de los grandes pozos que habíamos construidos en la sierra más oriental, al chocar, dicha agua, con la sierra que teníamos enfrente de la región de Ribera Alta.

Pero con todo y eso había que dejar paso aquellos ganaderos, como les he dicho otras veces, para que se renovase el agua estancada en dicha charca y no produjese ninguna enfermedad, como en su día pasó.

Y para que no se aglomerasen el ganado y los ganaderos, los hacíamos salir de nuestras tierras por el fortín que habíamos construido en la parte más occidental, aunque para ello tuviesen que desviarse bastantes kilómetros de su lugar de origen; pero al ser el terreno totalmente por igual al que vinieron se hacían en el completamente. No quería reuniones entre ganaderos, pareciendo que su ganado se conservaba más ágil al andar más y al tener medios de movilización; ya que para abrevar dicho ganado tenía que volver a entrar por el Paso del Falt.

Y como nombro siempre al Paso del Falt, tengo que decir no poco en cuanto al equipo de fútbol que había en dicha ciudad; ya que aquel domingo nos ganaron por dos a cero y eso que jugábamos en nuestro campo: ¡Qué barbaridad!. No queriendo hacer un juicio prematuro de dicho encuentro, ya que al parecer estaba viendo un diligente de un gran equipo de la península aquel encuentro, buscando uno de aquellos jugadores para

llevarse a su equipo y así fue, siguiéndole a este otro más; y para decir verdad, que me buscaron a mí también, pero ahí dieron en hierro, que yo no me podía ir así como así.

Nos pidieron permiso para construir una mezquita, pero yo no podía doblegarme, ni mis generales confiarse de que podíamos permitir dicha construcción, así que los habilitamos en una casa para su culto. Al igual pidieron los religiosos de dichos señores en las demás ciudades, habilitando casas para su culto, en vez de levantar nuevos templos.

Entre medio de todas estas peticiones, fuimos llamados a la secretaria del obispado para hacernos, ellos mismos, una petición: Para que se unificasen las fiestas que habían en el territorio de SanSituad y poder celebrar todos juntos dicha fiesta en honor de una celebridad religiosa; quedando todos en que fuese en honor de la Santísimo Virgen, así en general. y al elegir el veinticuatro de Mayo, no podía ser otra que la Virgen: María Auxiliadora. Y para que no tuviese recelo alguno la Virgen del Carmen, se eligió como feria el quince de Agosto, para volver a celebrar otra feria el catorce de Septiembre: El Cristo. Así cumplimentamos nuestra devoción a todas las vírgenes en nombre de aquellas y a nuestro Redentor en el nombre de el Cristo de la Capilla, quedándose nuestros sacerdotes conformes del todo.

Llegó; desde luego que llegó la fiesta en forma de feria del quince de Agosto, en donde se podía freír un huevo en el empedrado de las calles.

Yo preparé a mi caballo lo más galanamente posible para participar en carreras ecuestre durante las fiestas y allí que fueron todas las personas que habitaban la provincia de Ribera y parte de la Ribera Alta; para participar con sus caballos en aquellas carreras y otras para ver quién ganaba la carrera del día.

Una vez lavado y aseado mi caballo, sin recoger la cola; como habían hecho algunos con sus monturas, me fui al pié de pista y cuando se dio el pistoletazo de salida, Javito salió como una flecha hacia la meta, viendo con asombro que le seguían otros dos caballos, que corrían tanto como el mismo.

Las espuelas estaban para algo; pero como yo no había espoleado nunca a Javito, me agaché sobre su cuello y sujetándome con las crines me arrimé a su oído para decirle: “Que no nos gane ninguno”.

¡Bastante le dije a mi caballo!, que alargando el paso en la carrera corría desesperadamente hacia la meta; y claro que llegamos el primero, aunque fuese por una cabeza, pero llegamos el primero. Y dando un salto hacia el suelo, me abalancé sobre el morro de Javito dándole besos y abrazos: Se veía claro el interés que había puesto en dicha carrera para que ganase mi caballo.

Fuimos vitoreados como ganadores y a Javito como ídolo; dentro de la cuadra ecuestre, y así se dio en la radio local y de todo el territorio, quedando mi animal como el más veloz de los caballos de aquellas tierras y parte de las tierras cercanas, ya que también participaron en la carrera los ganaderos que trajeron monturas ecuestres.

HELENA -. Ha sido un hito en la historia.

SAMUEL -. ¿A qué testigo te refieres, Helena?.

HELENA -. Hay que explotar hasta el máximo, que tu caballo ha ganado dicha carrera; te beneficia en las relaciones sociales.

AMPARO -. Helena tiene razón.

Pero como yo veía que Helena no se dejaba rascar en todas sus vergüenzas, no pude por menos que preguntarlas por las causas.

SAMUEL -.Helena. Ese gesto que estás haciendo no dice nada bueno de ti.

HELENA -. No es por gusto: Me escuece mucho.

Helena se había lavado con un agua estancada y había cogido una enfermedad, que solo el médico sabía bien cómo curarla; pero para ello tuvo que viajar hasta la península de incógnito, acompañándola Patricia y yo, quedando a Daniel a cargo de aquel territorio colonizado.

Y créanme que Helena estuvo bastante mala, con el vientre totalmente hinchado y como con ganas de arrojar y muchos mareos. Patricia y yo nos íbamos donde no hubiese nadie; pues nos escondíamos al comprender que teníamos que presentarnos a la autoridad competente para que viesen que aquella noche no nos había pasado nada; solamente recalamos en un territorio donde vivíamos por ahora. Eso era todo el recelo que teníamos en dicho sanatorio; y así estuvimos hasta que Helena se puso bien, o por lo menos se podía valer para volver otra vez a SanSituad: Cosa que hicimos navegando en un velero de un buen proveedor, conocido por nosotros.

El recibimiento fue grandioso, pues allí se encontraba, al pie del muelle, Daniel que se lanzó al suelo como una saeta besando los zapatos a Helena, para en un momento determinado levantarse y abrazarla y besarla compulsivamente en la cara con una pasión fuerte.

DANIEL -. Se ha visto la carencia de médicos y de centro de salud.

SAMUEL -. Hay que aprobar una buena partida para traer médicos de la península y construir, por lo menos dos centros de salud que acojan a cada región: Ribera y Ribera Alta.

Pero se veía que por aquel entonces no se podía aprobar ninguna partida, teniendo todo el dinero comprometido en la pavimentación de vías y en la distribución del comercio,

quedando dicho proyecto para otra mejor época y poder acometer aquellas dos obras de envergadura decentemente.

A poco tiempo recibió Helena el justificante de haber estado ingresada en el hospital de la península y nosotros dos: Patricia y yo, recibimos las gracias por haber visitado la península.

Yo me quedé con la boca abierta; pues habían sabido, en todo momento, que nos encontrábamos en la península; no diciéndonos nadie nada, ni molestándonos en nuestro trayecto.

Y como sendas cartas las recibimos en la Plana del Estado Mayor de la administración económica, tuvimos que contestar a ellas muy afablemente, dándoles las gracias por su deferencias con respecto a nuestras personas. Sabiendo que para la península no había administración en Cortes; ya era bastante que nos reconociesen, extraoficialmente, como agrupación administrativa económica, dentro del territorio colonizado por nosotros, que se disolvería en el momento que saliésemos de dicho territorio.

¡Querer o no querer!; pero para ello logramos traer a SanSituad a tres doctores en medicina, con dos cirujanos, no sabiendo dónde alojarlos para que hiciesen sus prácticas adecuadas con los pacientes. Pero como teníamos en Ribera, más bien en SanSituad un edificio, de nueva planta, que no estaba habilitado para ningún ejercicio administrativo, le asignamos para los doctores; haciendo traer instrumentación necesaria para el desarrollo de sus funciones.

Por lo menos ya teníamos un centro donde acudían todos los habitantes del territorio ocupado, aunque fuesen los más lejanos a la provincia de Ribera y así poderse curar los males que les aquejaban. Aunque para decir verdad comenzamos a levantar el primer Hospital de SanSituad, en unos cuantos meses, con los beneficios de la maquila de las

cosechas y la parte proporcional de los ganaderos; pero como no daba para más, las obras se paraban continuamente esperando a mejores tiempos.

El dinero que se recaudaba se invertía todo, así que no teníamos nada en las Arcas del Tesoro en las tierras colonizadas; cosa que si pasase algo malo no podríamos hacer frente a ello.

Pasó, desde luego que pasó: Pasó que de inmediato teníamos que volver a inyectar la presa; ya que al parecer había seísmo en su contorno a causa de unos movimientos de tierras no previstos por nuestros expertos en la materia. Tuvimos que dejar pavimentar las calles y la construcción del nuevo Hospital para hacer frente, con el dinero que teníamos, a la inyección de la presa, de inmediato, o allí iba a pasar algo que ya se preveía.

Yo no quería dejar pasar la ocasión y pedí los planos de dicha presa para revisarlos con nuevos expertos en la materia, así como la mezcla que se había empleado en dicha construcción, no viendo nada de anormal en ello los nuevos expertos; pero como yo no estaba suficientemente convencido de que no hubiese alguna anomalía hice analizar, a pie de presa, el muro que formaba aquel embalse y después de muchas investigaciones y deducciones vimos que la mezcla empleada en aquella presa no era la adecuada: En el papel ponía una cosa y en la realidad se veía que no se había empleado lo que ponía en dichos papeles.

HELENA -. ¡Claro!. ¿De dónde va ha tener el ingeniero director de dicha presa ese coche y esa casa, al estilo de la península?.

¡Qué genio tenía Helena!; si no la importaba que la oyera aquel señor, que tan bondadosamente se había ofrecido para dirigir la construcción de dicha presa.

Se veía que se habían despistados partidas de dinero que se contabilizaban para la construcción de la presa; pero como no sabíamos, a ciencia cierta, quién había sido el doloso; por lo tanto no sabíamos quién había sido el que se atrevió hacer el cohecho, no nos daba pie para comenzar ningún acto judicial en contra de esa persona.

Posteriormente se encontraron partidas de dinero dedicadas en unas obras cerca de la presa, se había edificado un edificio para guardar el material, a sabiendas que hacían mal el despistar dichas partidas de dinero para una obra que no había sido asignado dicho dinero. Lo malo fue cuando llegamos al lugar que se decía se había edificado aquel edificio, no viendo en dicho lugar ni los cimientos del mismo; allí no se había edificado ningún edificio como pudimos observar.

Yo mandé rápidamente que se buscasen los asientos pertinentes, encontrándose más tardes, en meses después de haber hecho dichos asientos un asiento que anulaba a los anteriores por medio de un efecto.

Alguien se había llevado el dinero, sin saber quién podía haber sido; así que consultamos con el señor que había asentado dicho asiento; diciéndonos este que había sido el director de la presa.

No había duda y lo que dijo Helena sobre dicho señor se estaba haciendo patente; pues era él el que se había llevado el dinero: Construyendo una presa un tanto corta en cemento y otros materiales para engrosar sus ansias de poder adquisitivo.

Me llegaron los técnicos de la presa diciéndome que no era suficiente con inyectar el muro de la misma; sino que había que echar un contramuro. Era una suerte fatídica, aquello que me estaban diciendo los expertos en dicha construcción; pues no sabía yo de dónde íbamos a sacar tanto dinero y eso que además tendrían que cobrar todas las

personas a nuestro cargo, no solamente en la presa, si no en todo el territorio colonizado.

DANIEL -. Estamos en banca rota.

SAMUEL -. Esto que no lo sepa nadie.

PATRICIA -. ¿Qué hacemos?.

SAMUEL -. Coger allí donde sobre y ponerlo donde haga falta.

DANIEL -. La ruleta rusa.

No sé qué sería; pero lo cierto que así se hizo aunque rompiésemos toda la contabilidad de nuestros contables; para ello iba nuestra supervivencia, en engrosar parte del dinero allí donde hacia falta y sacarlo donde no hacía mucha falta y sobretodo, esperar. Esperar mucho tiempo para que dicha contabilidad se lograra redirigir como mandan los cánones.

Sí, pasó mucho tiempo; pero allí no se enteró nadie de la situación en la que los habíamos puesto, al borde de no tener las pagas y los salarios a su debido tiempo, pero eso sí; siempre se cobró, sin apenas saber cómo. Hasta que poco a poco fuimos reponiéndonos en dinero y en grandeza de Espíritu para recabar en un fluir económico como teníamos en otras ocasiones; lográndose edificar el Hospital de la Región de Ribera y empezando el de Ribera alta. Aquel litoral podía estar orgulloso de nosotros, al tratar aquella tierra como si fuese la nuestra propia.

Como contable había puesto de jefe a uno de mis discípulos, que luego ha sido uno de los grandes matemáticos que hemos tenido en la península; pues hizo una verdadera carrera en ciencias exactas como se llamaba antes a las matemáticas, poniéndose a dar clases de dicha materia.

Así, sabiendo que todo iba ir a las mil maravillas me puse a descansar, solamente sacaba a pasear mi caballo por las calles y por el monte, por los prados y los campos tan bonitos de aquella región; pues se habían quedado unos campos que daba gusto verlos; por lo menos estaban habitados y cultivados.

Pero como pasa siempre, el descanso me duró poco; pues me llegó un emisario de Campamento para que acudiese urgentemente a dicha ciudad y poder entrevistarme con el coronel Jana.

¿Qué pasaría a Jana?, cuando me llamaba con tanta urgencia y así en unas horas, logré despachar con Daniel y ponerle en pleno detalle de todo lo que estaba pasando en Ribera, como así en la ciudad de SanSituad, para irme corriendo al lado de Jana y ver qué era lo que me quería decir dicha chica, que al parecer, o no, me consideraba ella, su padre y todos los habitantes de Campamento como su marido; cosa que yo no estaba de acuerdo, pues para mí el celebrar nupcias era de otra manera mucho más diferente que el estar en una Jáima, toda la noche con una chica, aunque no hubiese pasado nada, de nada.

Cuando llegué al lado de Jana, ésta se encontraba tumbada en la cama y con cara de estar mala, pero que muy mala; así que habilitando una especie de camilla logramos llevarla a la ciudad de SanSituad, para que la viese un médico y pronosticando una posible peritonitis, nos alertó del mal que corría Jana sino se la intervenía de inmediato.

Pregunté por un señor, informándoseme que todavía se encontraba en dicha ciudad y como tenía un buen yate, le pedí el favor de que nos llevase, cuanto antes posible, a la península bajo pago de un buen montante de dinero.

Nada más que llegamos a la primera ciudad, capital de la provincia, la ingresaron a Jana interviniéndola de inmediato, para en un par de días volvernos a nuestras tierras.

Yo no me había dado cuenta de quien acompañaba a Jana hasta que se me pasó el nerviosismo, viendo en ella a Helena, y como extrañado la pregunté las causas de haber venido con nosotros a la península.

SAMUEL -. ¿Dónde está Patricia?.

HELENA -. Se ha quedado en SanSituad, por si se molestaba Jana de que os acompañase.

¡No estaba mal!; pues otras veces habían estado juntas las dos, Jana y Patricia, y no había pasado nada; es más bien, que se llevaron como hermanas.

Cuando llegué con Jana a la ciudad de Campamento hice habilitar una casa, la de administración principal para que ésta viviese en ella, en vez de vivir en una tienda.

Cuando llegué frente a Patricia, la miré extrañado y sin ganas de hablar; pero como ésta me miraba mucho, como esperando que yo la dijese algo, se lo dije sin rodeos alguno.

SAMUEL -.¿Ha tenido que ir con nosotros Helena?. ¿Y tú dónde estaba?.

PATRICIA -. En mi sitio.

SAMUEL -. ¡AH!, sí. Tu sitio está donde yo me encuentre en cada momento.

PATRICIA -. Tú estabas con tu mujer.

SAMUEL -. ¡Pamplinas!.

PATRICIA -. ¡AH!, sí, hijo; en cada cultura hay un ritual para celebrar las bodas.

Y yo estaba casado con Jana por el sencillo acto de haber dormido dentro de la misma Jáima, por no dormir a la intemperie aquella noche de frío y ventisca.

No sabía yo hasta qué punto daba valor a dicho acto Patricia, por lo tanto la miraba y la miraba a la cara con el sólo propósito de saber sus pensamientos y sus verdaderas intenciones con respecto a Jana y a mi persona.

SAMUEL -. ¿Y qué?.

Patricia no contestó y encogiéndose de hombros me hizo un gesto característico de la que está al cabo de todo. No sabía qué significaba aquel gesto; pero yo se lo tendría que sacar aunque fuese como con un sacacorchos, no queriendo oprimir por más tiempo sus pensamientos retirándome a mis dependencias.

Lo que hizo Patricia me sentó mal; pues era ella la que tenía que haber venido con Jana y conmigo a la península, en vez de Helena, que aunque lo hizo con sumo agrado, no dejaba de haber un vacío en aquel acto que cometió Patricia al quedarse en las tierras colonizadas.

Y para amenizar el ánimo a todas aquellas personas, permitimos actuar a un grupo de teatro que habían llegado desde la península, para ello habilitamos el casino con buen confort para dicho grupo; resultando a las mil maravillas la representación de aquel grupo teatral.

También les fueron a dicho grupo teatral, que pidieron representar la obra en otras ciudades y aunque se les informó de la carencia de locales para tales Artes, no desistieron en su empeño y para ello representaban en una tienda enorme, que se habían agenciado en no sé qué lugar.

Aquello fue un revulsivo intelectual, para todos los habitantes de las tierras colonizadas; pues demandaron traer más grupos teatrales, ya que el primer grupo les habían gustado mucho a todos ellos.

La ciudad de SanSituad sí tenía un edificio, más o menos confortable; que era el casino, pero las demás ciudades carecían de una sede social donde poder representar los posibles teatros que llegasen a nuestras tierras. Se pensó construir algún edificio, por lo menos en la ciudad de Jorman, a lo primero, y más tarde en la de Colssen y así amenizar

las fiestas y los días de descanso a todas las personas que les gustasen dicho Arte. Pero por no ser menos, Jana, me demandaba otro edificio, por lo menos cuadrangular o no, para que sus gentes vieses allí alguna representación teatral.

Con aquello se montó el teatro que estábamos haciendo entre nosotros; pues el Paso del Falt reclamó su sitio en las representaciones teatrales y ya veríamos haber cómo íbamos a salir, con tantas edificaciones; si a caso había dinero para acometer la construcción de tanto edificio.

Fue muy comentado por las Radios locales y hasta por la del territorio colonizado, pues hasta salió, dicha demanda de edificios, en la revista mensual que se editaba en todo el territorio colonizado.

Algo era algo; pues ya florecía, no solamente el fútbol si no también la cultura del teatro, y eso sin querer: Por haber llegado a nuestras tierras un buen día un conjunto teatral sin haber sido llamado. Se nos dio como agua de Mayo. Se nos estaba quedando en las manos la representación cultural que estábamos haciendo con todo el fútbol y el teatro.

PACO -. Veo que tenemos una buena representación cultural.

SAMUEL -. Pero falta, todavía, algo más.

ROSARIO -. Sí, que escriba alguien de nuestro territorio; que ese todavía no lo hay.

SAMUEL -. ¡Justamente!.

Sí; todavía no había quién escribiese en las tierras colonizadas; bastante tenían aquellos señores y señoras con asentarse lo mejor posible dentro de sus ciudades y construir sus casas lo menor posible, para que les sirviesen de confort y una vida próspera, dentro de aquel terreno árido y de infinidad de vientos.

Mientras buscábamos un escritor, un día cogí mi caballo y me fui para dar una vuelta hacia la presa, más bien hacia el terreno regable que había al son del desagüe para poder ver a un condiscípulo, que se encargaba de medir la altura de la presa y que tenía, en tiempos libres un terreno de cultivos en árboles frutales y en productos como tomates y pimientos.

Al llegar a él se puso nerviosos por no encontrarse en la presa, anunciándole que se calmase y no pensase en nada más; ya que yo me encontraba allí para ver sus escritos.

Me entró en su casa, una pequeña casa hecha de mampostería; pero habiendo sólo dos habitaciones, no quería más, ya que se encontraba allí él solamente y le sobraba una habitación.

Cuando entré en aquella casa, lo primero que vi fue infinidad de libros pero dejado de trecho en trecho, sin estar en forma de estanterías, y al preguntarle por las causas de que estuviesen así aquellos libros fue tajante: Me dijo, que así tendría un libro en las manos en cada sitio que se sentase; pareciéndome estupendo dicha idea.

Pero cuando tardaba en ensañarme los escritos que había hecho él, fuese manuscritos o en máquina de escribir, me empecé a poner completamente nerviosos, ya que veía que en las tierras colonizadas no había nadie que escribiese nada. Pero en un momento determinado se levantó y yendo a un escritorio sacó unas hojas corregidas, que apenas se podían leer y otras cuartillas escritas a máquina que estas sí se podía leer y créanme que lo poco leído por mí me gustó mucho: Hecho con una exquisitez y un gusto refinado; lo malo era, que había pocos escritos debido al escaso tiempo que tenía para la creatividad.

Pero cuando me estaba despidiendo de él, vi encima de una consola unos cuadernos cosidos con cinta y al parecer eran tres; que sería los libros que tenía escritos mi

condiscípulo. Y a mi simple parecer no me los enseñó para que no viese donde gastaba el tiempo.

Ahora sí me fui con la completa seguridad de que teníamos, por lo menos, un escritor a la vista y nada más que llegué a la administración llamé a Daniel para explicarle lo que había visto y pedirle un puesto dentro de la dirección para dicho señor y facilitarle, a nuestro condiscípulo, los medios para escribir.

DANIEL -. ¿Y qué escribe?.

SAMUEL -. Novela y algún que otro cuento.

DANIEL -. Todavía necesitamos un poeta; pero que éste tenga talla filosófica.

Comprendí enseguida a Daniel: Él quería que el poeta llegase al corazón de las personas, olvidándose que mejor se llega al corazón de las gentes siendo noble y sencillo, con escritura más acorde a la realidad.

SAMUEL -. Le prefiero, noble y sencillo.

DANIEL -. Pues tienes toda la razón.

SAMUEL -. Claro que sí.

Daniel se olvidaba de otra cosa, que los mejores poetas estaban al lado de los aborígenes de aquellas tierras y sin tardar comenzamos a buscarlo entre aquellas gentes nobles y sencillas; humildes en sus orígenes y en sus hechos.

Pasaban los días y no dábamos con dicho poeta, hasta que una mañana revisando mi correspondencia, me pude dar cuenta de una misiva que me había mandado Jana, en donde ponía algunos versos hechos por ella, dedicados a la naturaleza y a la fauna y flora de nuestras tierras: ¡Aquello!; aquello era lo que estábamos buscando y la teníamos enfrente.

Yo no sabía si Jana fuese escritora o había confeccionado algún que otro poema o poesía bien planificada; pero si lo hubiese hecho y fuese igual que los cuatro versos que lei en dicha carta, eso sería fantástico.

Para que la sirviese a Jana como señuelo, me fui un día a Campamento con un libro de poesía bajo el brazo, leyendo unas cuantas poesías a Jana en la intimidad de su casa, y ésta, dañada en su amor propio, se fue al escritorio para buscar un cuadernillo donde tenía unas poesías hechas a la naturaleza, con una fe increíble, dentro de su religión. Cantaba a la naturaleza, a los pájaros, a los arroyos, a las nubes y también al amor, en una línea de pensamiento puro y limpio, como tiene que ser dentro de un orden, para plasmar en sus poesías un afán de que tenemos que superarnos ayudados por una fuerza, se llamase como se llamase.

La pedí prestado dicho cuadernillo, yéndome para donde se encontraba Daniel y Patricia, SanSituad ciudad, y poder enseñarlos dichas poesías. Y mientras las estaban leyendo abrían unos ojos desmesurados, poniéndoselos cara lisa y como esperando ver algo fuera de la realidad: Así eran dichas poesías; elevaban la moral y el Espíritu de quien las leían.

SAMUEL -. Os he visto en trance, como en situación, y no puedo por menos que decir: Hay que lanzarla de inmediato a Jana como poetisa.

Así se hizo, teniendo un éxito enorme sus escritos, dentro de dicho cuadernillo, pues Jana era una perfecta bilingüe; pero que de aquí en adelante tendría que versificar con más frecuencia y volver a editar un nuevo libro; antes de un año, si podía ser.

Me parecía que estábamos haciendo un bien aquella tierra, en donde, antes de llegar nosotros, era un terreno poco habitado, por estar cerca del Mar y sufrir las consecuencia de la climatización; pues hasta parecía que el viento se había calmado y en general era

así, ya que los árboles que sembramos hacían frenar la fuerza del viento, así mismo las edificaciones paralelas en las ciudades hacían que no se notase tanto aquel viento.

Solamente faltaba una cosa, para tener completa aquella circunferencia hecha a base de poner cosas allí donde faltaban y para ello convoqué reunión con mis generales, exponiéndoles mi punto de vista.

SAMUEL -. Aquí falta algo.

ROSARIO -. La fuerza del viento.

AMPARO -. ¿Y eso?.

ROSARIO -. Se ha echado totalmente.

No; no era eso lo que yo quería decir y removiéndome en mi sillón tosí dos veces como queriendo que se me escuchase.

SAMUEL -. Es cosa más seria.

DANIEL -. Tú dirás.

SAMUEL -. Faltan los turistas.

Ahora no era yo el que se removía en su sillón, eran todos a la vez los que se movían como preguntándose las causas de no haber caído en eso; ya que en la península estaba en boga y había un turismo floreciente.

Pero como solamente teníamos habilitado la parte donde se encontraba el muelle para el turismo, no sabíamos qué hacer con la parte más occidental de la costa; ya que se tendría que disponer de algún que otro hotel, así como de buenos bares y restaurante: ¿Y quién iba a patrocinar aquello?.

Si pedíamos patrocinador, vendrían toda clase de personas al reclamo; así que decidimos hacerlo bajo cuerda, como se suele decir, y no dar tres cuartos al pregonero,

encontrando dos patrocinadores perfectos: El uno era un magnate del petróleo y el otro era un banco de la península.

DANIEL -. ¿Qué hacemos?.

PATRICIA -. Yo creo que tiene todas las papeletas el magnate del petróleo.

HELENA -. Igual creo yo.

SAMUEL -. No necesariamente.

FERMÍN -. ¿Cómo es eso?.

SAMUEL -. Si aceptamos a uno sólo, gozará de toda clases de privilegios y al final se quedará en agua de borraja. Hay que aceptar a los dos postores más potentes que se han ofrecido: El magnate de petróleo y el banco.

Quedó sentado que se aceptarían como promotores de turismos a los dos postores más fuertes, así habría una tirantez entre ellos, siendo difícil que se durmiesen en los laureles.

Por lo tanto comenzaron unas obras para habilitar la parte de playa que estaba sin edificar y poco a poco se fue viendo un complejo turístico que era la atracción humana en aquellas tierras.

Lo malo fue cuando se presentó un buque enorme frente a nuestras costas, queriendo desembarcar en ella a las personas que lo necesitasen, para su posible recreo en nuestras tierras y poder ver las primicias que había en ellas.

Yo miraba para el muelle y no le veía con la suficiente capacidad como para albergar en su amparo a dicho barco; así que comprendí enseguida la falta que estaba haciendo ampliar dicho muelle, pidiendo amparo a las dos compañías que estaban edificando la playa más occidental.

Pero como querían tener beneficios en dicho muelle, no sabíamos si abordar el tema con dichas compañías o acometer nosotros dicha obra, y así fue que se empezó la ampliación del muelle; más bien en lo alto, que no en lo largo, que ya era suficientemente largo como para dar cabida a varios buques. Se profundizó el suelo del Mar, en la parte más profunda, para que aquellos barcos de tanto calado pudiesen cobijarse al amparo del muelle; ya que teníamos un espolón en frente, rodeando el muelle, para no permitir tanto oleaje en sus alrededores. Era un resguardo de dicho muelle, en donde las embarcaciones se veían resguardada del temporal.

No preveíamos los pro y los contra que se nos avecinaban; así que en poco tiempo pudimos darnos cuenta, que a nuestras costas recalaban toda clase de personas y nosotros lo que necesitábamos, imperiosamente, eran turistas que se quedasen en nuestra tierras el dinero, no que llegasen durmiendo a la intemperie.

Fueron llamadas, de inmediato, las compañías que estaban construyendo los hoteles y los restaurantes de la playa, dándolas información de nuestro parecer, para que edificasen dichos edificios turísticos para una clase determinada y no pudiesen expandirse en ella la clase menos pudiente.

Así, poco a poco, vimos desaparecer de nuestras tierras la clase que no tenía la suficiente capacidad adquisitiva como para quedarse su dinero en nuestras tierras, siendo un emporio de riquezas dichas costas en aquellos tiempos.

Tarde nos dimos cuentas, que si no hubiésemos corrido; habíamos edificado aquellos hoteles nosotros obteniendo todo el beneficio para las Arcas del Tesoro, como se suele decir. Pero ya no había remedio, obteniendo una buena parte de las ganancias aquel magnate del petróleo y el banco que habilitaron la playa para el ocio público.

Pero en contra, sí recalaban los buques de mayor calado que había por aquel entonces en nuestro muelle, trayendo los turistas que necesitábamos nosotros.

Pero como no teníamos nada o casi nada que ofrecerles, les proporcionamos grupos folklóricos, así como bailarinas beréberes para su comodidad y recrearse en las noches agradables de dicha tierra.

Y por aquello que también podían llegarse a nuestras tierras cantantes de nuestra península, los trajimos para deleite de los turistas; así como otros grupos que sonaban en el medio informativo, periódicos y radio, como encumbrados en sus respectivas Artes.

Pero como no sabíamos cómo ganar en el fútbol al equipo del Paso del Falt, contratamos a dos jugadores de tercera división de la península costándolos mucho el coger el ritmo entre nosotros, pero al final lo cogieron y por lo menos empatábamos con dicho equipo.

Debíamos reforzar los equipos de fútbol y hacer como una porra en todas las ciudades, cosa que se nos dio a pedir de boca; ingresado unos buenos dividendos en nuestras arcas.

Y ya estando en estos menesteres y teniendo SanSituad, toda la tierra colonizada, en perfecta armonía nos salió una espina que no sabíamos cómo quitárnosla de encima. Sí digo de encima, porque la espina era nada más ni menos que se habían aglomerados en nuestras fronteras infinidad de ganaderos con alguna que otra idea de querer pastos frescos para su ganado; ya que en las tierras colonizadas había agua y cultivos.

Antes que las aspiraciones de dichos ganaderos fuesen a más, me llegué a Campamento para contactar si sabía el coronel Jana algo más sobre aquellos ganaderos, y claro que sabía. Sabía que se preparaban para entrar en nuestras tierras en tropel; pero nosotros

teníamos que lograr que aquello no se cumpliera y para ello destacamos todas las compañías posibles en los pasos de nuestras fronteras.

DANIEL -. Es un peligro lo que hemos hecho.

SAMUEL -. Si nos sabemos defender, no creo que sea un peligro haber llevado todo el armamento pesado que tenemos a los pasos naturales de nuestras tierras.

HELENA -. ¡Ya veremos haber!.

SAMUEL -. No los vamos amedrentar con unos fuegos artificiales: Tendrá que sonar fuerte lo que hagamos.

Mi explicación valió para algo, para calmar los nervios de mis generales y para que me viesen seguro de mí mismo y para difundir confianzas para que no cundiese el pánico entre la población de SanSituad.

Se difundió por radio y se comentó en la revista, que la situación la teníamos controlada; pero nada de eso: Pues si esas personas decidían, pese al estruendo que íbamos hacer, entrar en nuestras tierras, lo tendríamos crudo del todo.

Y así fue, que comenzaron a bramar los cañones y los obuses en todo los lugares cercanos a nuestro propio territorio, sin hacer daño a nadie, para tener unos días de tregua y poder contactar con el asentamiento que había cerca del Paso del Falt.

¡UF!, aquel asentamiento, si era un verdadero polvorín; pues nada más que nos vieron las personas conocidas por nosotros nos aconsejaron que nos volviésemos por donde habíamos llegado, ya que ni ellos podían sujetar los ánimos exaltados de aquellos ganaderos: Pues su ganado se los moría de hambre y de sed.

Y nosotros tan conformes de que habíamos dejado aquellas tierras colonizadas como si fuese un paraíso, y no estábamos en lo que estaba pasando fuera de nuestras fronteras; cerca de nosotros.

No había más remedio que entrevistarse con aquellos ganaderos y para ello, ni corto ni perezoso, me fui al asentamiento para que alguno de ellos me sirviesen de interprete y poder subsanar parte de aquel estropicio producido en el ganado de aquellas personas.

¡No podía ser!; pues cuando llegué a dichas personas, ya se encontraba allí Jana, sirviendo como enlace entre esas gentes y nuestra administración.

SAMUEL -. ¿En qué sentido has venido?.

JANA -. Particularmente; no podía ser de otra manera: No te he pedido permiso para estar aquí, hablando con éstas gentes.

Vi en Jana una fuerza de sentimientos hacia las tierras colonizadas, que no pude por menos que sobresaltarme para darla toda clase de poder.

SAMUEL -. Puedes obrar como coronel de SanSituad: Yo te doy poder para hacerlo desde este mismo instante.

Y sin decir nada, Jana, se quitó la túnica que llevaba encima dejándose ver el uniforme de coronel de nuestras tierras colonizadas, echándose para atrás aquellas personas que tanto interés estaban poniendo al oír a dicha mujer berebere, mostrándose de repente como coronel de SanSituad.

Jana alzando las manos calmaba aquellas personas, para en un momento determinado volverse hacer oír por ellos mismos; y cuando Jana vio que los ánimos estaban más calmados comenzó hablar delante de todos ellos.

Pero como yo no sabía lo que los estaba diciendo, cuando terminó de expresarse ésta, la invité para que me dijese lo que los había dicho a todas esas gentes.

JANA -. Muy sencillo. Les he dicho que tú eres el general que rigen los destinos de dichas tierras, encontrándote aquí para cumplimentar sus deseos.

Me quedé mirando a Jana con cara de asustado; pues no sabía cómo íbamos hacer para que todo esa manada de ganado pudiese abrevar en la charca que teníamos entre la falda de la sierra, y sobretodo cómo íbamos a darles el pienso deseado; si a penas había para la consumición de las personas.

Logramos contactar con proveedores de alpaca, pero como tardaba llegar dicha paja a nuestras tierras consultamos con los ganaderos para ver si sabían ellos quién nos podía proveer de paja; saliendo todos con que nos vendían ellos mismos la paja deseada.

DANIEL -. Samuel; te quieren vender la moto.

SAMUEL -. No creo que lo logren.

Resultaba que cada uno de esos señores ganaderos tenían paja, pero cuando tocaba echársela a su manada, ya no estaba dicha paja en condiciones para que se la comiesen como pienso sus ganados.

Sí era verdad que la cuenca del río más cercano permanecía seca, a causa de que no llovía hacía ya unos nueve meses; pues fue el año más seco de todos los que se conocen en estas latitudes. Pero de ahí a dejar que devastasen nuestras tierras aquellos ganaderos: De eso iba un trecho.

Pero como Jana los había indicado que yo los dejaría pasar para que abrevasen sus ganados, decidimos que con cada cinco camellos solamente pasasen dos señores con ellos; en vez de veinte, como eran los que querían pasar. Y perfectamente en orden fueron pasando aquellos ganaderos con sus manadas y sus rebaños; no sin antes haberlos puestos varias gavillas de alpaca para que pudiesen comer sus ganados.

Pidiéndonos, posteriormente, dichos ganaderos que la alpaca se la pusiésemos después que hubiesen abrevado sus manadas y sus rebaños, así que al pasar el fortín, le colocamos dicha alpaca.

Aquella paja se iba terminando y el barco que nos traería dicho pienso no llegaba; estaba siendo una situación tensa y delicada, hasta que por fin vimos aparecer un barco un tanto destartalado y viejo en nuestras costas, pidiendo permiso para atracar en el muelle.

No sé que fue mejor, si haberle dado largas o dejarlos atracar en el muelle; pues nos dimos cuenta que por día dejaba escapar dicho barco su aceite y parte de su combustible en pleno embarcadero.

Aceleramos el desembarco de la paja y cuando se fue el barco echamos varios días en jornadas para quitar todo aquel aceite y combustible que había dejado el barco en el muelle, los días que había estado atracado en el.

Nos dimos cuenta, que debíamos tener una diferenciación en aquel puerto; pues la carga y descarga no podía estar junto a los barcos de recreo y a los cruceros; ya que no se veía con buenos ojos dichas faenas en aquel sitio.

Construimos un espigón artificial cerca de la costa habilitándolo como muelle para que atracasen los barcos comerciales y así logramos tener separadas dichas tareas.

Hubo unos días que se veían más personas en el lado del Paso del Falt que ganado; a consecuencia que poco a poco iban saliendo por el fortín más oriental de las tierras colonizadas. Y al verse, dichas personas, sin ganado y solas en aquel terreno, se estaban poniendo nerviosas y hasta alguna que otra escopeta se los veían colgada en los hombros aquellos beréberes.

FERMÍN -. ¿Quién dijo que venían solamente para dar de comer y beber a su ganado?.

AMPARO -. Tienes razón en dudar de las intenciones de dichos señores.

HELENA -. Esos se están preparando para algo.

Tenía razón Helena; pues parecía como si fuese unas maniobras todo aquel movimiento que estaban llevando acabo aquellos ganaderos; pero que a la vez, pudimos comprender que no era en contra de nosotros. ¿Qué intenciones tenían?: Nadie las sabía, excepto ellos.

¡No señor!; que me fui a Campamento para hablar con Jana y con su padre, diciéndome el progenitor de Jana algo que me chocó mucho: De que aquellos fieles aguerridos defensores de su tierra no cesarían hasta verse solos en ella.

Por una parte me calmó aquella afirmación, hecha por el padre de Jana; pero por otra parte me quedó un rencor dentro de mí que no podía vivir sin pensar en qué iba a quedar aquello. Sabía que no venían a por nosotros; pero había indicios de que tuviesen una idea como efecto de dominó.

Mandé el recuento del armamento, no faltando ninguna pieza importante, como así mismo ordené limpiar asiduamente dicho armamento. Convoqué a mis generales con la sola idea de que me dijese si hacía falta más armamentos en las tierras colonizadas y todos coincidieron que las únicas armas que hacían falta, eran las más ligeras, las de asaltos.

Entre medio de dicho agobio se comenzaron a oír unas andanadas, cerca de nuestras costas, temiendo por la presa; ya que era considerada como construcción débil y quebradiza.

DANIEL -. ¿Qué hacemos?.

SAMUEL -. Ver, oír y callar.

HELENA -. Me tiro a nado y llego pegando mamporros a todos los marineros.

SAMUEL -. No conviene decir que estamos aquí. Es mejor pasar desapercibido.

Se notaba que un barco de guerra de la península estuvo haciendo practicas en aquella costa y cuando le pareció se largó de dicho lugar.

Pero como siempre no viene mal que por bien no venga; pues al oír aquellos ganaderos dichos ruidos característicos, se fueron dispersando, poco a poco, por todo el territorio colindante al nuestro hasta lograr desaparecer de nuestra vista. Aquellas andanadas había logrado sus efectos secundarios: Que aquellos señores se creyeran otra cosa, que no estaba siendo.

La situación se estabilizó y los habitantes de aquellas tierras colonizadas vieron que no estaban solos, que los defendían alguien, notándose protegidos al cien por cien.

Mi imagen creció entre aquellas gentes de corazón puro y limpio, sin menos cabo a que las demás personas fuesen también puras y limpias de Espíritu, yo no digo otra cosa.

Aquellos movimientos militares, sobre todo el llevar el material pesado de un lugar a otro nos sirvió como de maniobras militares y para decir verdad, resultó ser bien planificada dichas maniobras. Estábamos preparados para hacer frente a cualquier contienda o eventualidad que se nos presentase, a fuerza de fuerza, de notar que viene el lobo de vez en cuando. Y como se dice, que la experiencia es un grado; esto lo estaba siendo en todo sus conceptos.

Pero entre medio de todo este embrollo, yo no podía dejar de pensar en la presa y para ello llamé al ingeniero que la había construido; diciéndome éste, que estaba totalmente segura aquella presa, tanto en su basamento como en su contextura arquitectónica de cementación. Yo me quedé conforme con aquello que me estaba diciendo el ingeniero; aunque todos hablaban de que la presa carecía del cemento suficiente que se había puesto en los croquis de aquel ingeniero. ¡No sé!, ¡no sé!.

El lobo no sé si vendría en la formación de una verdadera escuadra de guerra; pero lo que sí sabía y esto lo supe de presencia, que la charca se agotaba por momento, ya que la manada y los rebaños no la dejaban que se llenase asiduamente. Los noventa litros de aquellos camellos, eran la causa de que estuviese totalmente agotada, teniendo que promulgar el paso de las manadas y del ganado dos veces en la semana, formalizando para ello unas listas para tener cuidado en el Paso del Falt que no pasase ningún ganadero más de una vez cada dos semanas.

No sé con qué carácter me vinieron un día los señores que dejamos en señal de información en el asentamiento más cercano a nosotros, pero su voluntad era tajante: Querían una conducción de agua desde los pozos a su asentamiento. Y como fueron recibidos en cortes, los tuvimos que hacer todo el caso que merecía aquella súplica.

DAVID -. ¡Cuidado!. Esto es muy fuerte.

SAMUEL -. Y tanto, David.

FERMÍN -. ¿Por qué?.

SAMUEL -. Se refiere David: Que si permitimos dicha acometida, lograrán llegar a dichas tierras todos los ganaderos de hasta cien kilómetros a la redonda.

AMPARO -. Y todavía te has quedado corto.

Aquello que dijo Amparo me sonó a mí algo así como que ella sabría más sobre dicha materia, así que una vez dejamos la reunión, la hice quedarse en la sala a dicho general y haciéndola sentar cerca de mí la comencé hablando de las dificultades que teníamos con aquellos nómadas, que no eran tantos nómadas; pues siempre tenían un mismo territorio ocupado.

Poco a poco la fui induciendo para que me dijese si estaba enterada de algo más que no sabíamos nosotros, agachando la cabeza Amparo sin pronunciar ninguna palabra.

Afirmaba; desde luego que afirmaba la respuesta en lo que yo la estaba preguntando, pues nunca se demuestra tanta vergüenza cuando no se guarda nada en la manga.

La hablé del honor y la dignidad para con los condiscípulos, en este caso para sus soldados y poco a poco fui ablandando su corazón, para dejarse escapar un suspiro.

SAMUEL -. ¿Qué te pasa?.

AMPARO -. Ya ves que es poco lo que me has dicho; pero con todo y eso, he doblegado a tu ruego . . .

SAMUEL -. Pregunta.

AMPARO -. ¡Pues eso!: A tu pregunta.

No podía ser aquello que me estaba diciendo Amparo, que se estaban agrupando para algún acto subversivo en contra de los protectores a la patria, pues ella lo había escuchado cuando dos de aquellos ganaderos hablaban con los agricultores.

SAMUEL -. ¿Pero también los agricultores?.

AMPARO -. ¡Qué quieres!, si todos son los mismos. Estas tierras les pertenecen.

No quise afirmar ni negar nada a Amparo, pues el día de mañana se sabría lo que yo la había contestado al general ; así que me callé la boca para que no se difundiera nada de lo que yo había dicho.

Pero sí hice que se redoblase mejor la vigilancia de aquellos señores en su medio de trabajo y allí donde no pasaba, antes, un coche militar, ahora pasaría con frecuencia para disuadirlos de toda clase de movilizaciones.

La pena me quedaba al no estar haciendo caso a las peticiones que me hicieron los señores del asentamiento, cerca del Paso del Falt, sobre la acometida del agua. Y como pensé en la posibilidad de que esa agua sirviese para otros fines, convoqué a mis generales.

DAVID -. ¡Te veo venir!

SAMUEL -. Pero eso significa que aceptas mi propuesta.

ROSARIO -. ¡EH!, venga. ¿Qué propuesta es esa?.

SAMUEL -. Hacerlos unos aljibes para que abreen el ganado también.

AMPARO -. La única manera que tienen estas gentes de aproximarse a nosotros cada vez más.

Siempre que se tenían que defender hablaban las chicas, en vez de los chicos; así no tendrían que dar la cara ante mi persona y lograrían lo que se proponían, que era el quedar bien delante de mí y de sus discípulos, para no ser criticados.

Volvió haber carreras de caballos, llegando de todas las partes de nuestro territorio colonizado y para ello se habilitó un terreno donde yo iba mucho con Javito para dar un paseo con el y hacerle correr allí mismo.

La intuición que yo tenía era mucha e hice colgar unos farolillos y guirnaldas en los postes de la luz y engalané dicho lugar como para que sirviese de revulsivo a todo el que lo viera; vamos, que estaba preparado dicho lugar como para una carrera internacional, no siendo mas que una carrera de nuestro territorio colonizado. Pero eso sí, que las apuestas, y sobre todo por parte de las personas que nos visitaban, eran evolutivamente grandiosas. Si en un año se obtenía un dinero, en el siguiente año se obtenía el triple de dinero; a parte que provocábamos el atraque a nuestro muelle de infinidad de embarcaciones de recreo, yates de todas las maneras y figuras posibles que se estaban dando, en el mercado, en aquellos años.

No querían hacerme de menos, a mí ni a mi caballo; pues no hacían por traer de otras naciones sus monturas equinas, para que yo no sufriese, ya que había caballos de

carreras muy buenos: Pero sí me quisieron vender una cuadra completa de caballos para que asiduamente ejercitara tales faenas en ese sitio.

No me disgustó la idea; pero como yo no estaba sólo se lo tendría que comunicar a mis generales, para que fuese aprobado por la mayoría y así hacernos de una buena cuadra, compitiendo en las carreras de caballos. No sin olvidar antes, que ahora nos debíamos centrarnos en la que teníamos más cercana; o sea, en la más próxima a la fecha dada.

Cuando llegué a las cuadras, que todavía teníamos nosotros, miré a mi caballo, a Javito, de frente y este me miró a mí como si intuyera algo de lo que ese día iba a pasar. Y claro que lo estaba intuyendo; pues mi caballo no hacía más que moverse y dar con la pezuña en la tierra, como en señal de querer salir cuanto antes al lugar de encuentro.

No le hice esperar a mi caballo, así que le ensillé yo mismo y montándole en la cuadra salí de allí pasando calles y barrios al sitio donde se iba a celebrar la carrera.

Cuando me vieron llegar montado en mi caballo, mis condiscípulos empezaron aplaudir con todas sus fuerzas haciéndolos caer toda moral aquellos beréberes que tenían allí sus monturas. Decaído el ánimo de aquellas gentes, nos pusimos en la línea de salida y al son del pistoletazo, salimos más ligeros que el viento.

Mi caballo tenía en aquellos días una figura de lo más preciosa que se pudiese ver, con una crin que parecía puesta en su cuello por la mano de un ser superior, así que cuando se movía corriendo, iba dando de un lado al otro con la crin, pareciéndose a una bandera. Y como el brío que presentaba Javito era enorme, se iba quedando atrás a los demás caballos para en un momento encontrarme sin ningún rival, que nos hiciese competencia en aquella hora, a mi caballo y a mí.

¡Gané!, gané la carrera y con ella la copa que se ofrecía al ganador y yo le eché doble pienso a mi caballo aquel día porque se lo había merecido y se lo había ganado.

No sé quién hizo salir la revista con varias fotografías mías y de mi caballo, que por otra parte se anunció mucho en las emisoras de radio que teníamos en nuestro territorio colonizado. A parte que yo creía se me conocía más bien por jinete que por llevar las riendas económicas de dicho territorio.

SAMUEL -. ¿Quién ha sido?.

DANIEL -. La idea fue mía y todos me secundaron.

SAMUJEL -. El resultado no te lo discuto; pero me tienes que decir: ¿Cómo me conocen los condiscípulos?.

PATRICIA -. Como el que los llevas a buen puerto.

DANIEL -. Ya que de política no se puede hablar; no hay en esta colonización ni un resquicio de política: Quiero que te conozcan los condiscípulos por algo que hayas hecho de bueno.

Era verdad, que nosotros nos limitábamos a vivir y nada más; solamente llevábamos las riendas de la economía de dicho territorio colonizado para poder subsistir en el.

Claro que se empezaron las obras de la acometida de aguas hacia el asentamiento que había cercano a nuestras tierras; pues hasta Jana estaba poniendo mala cara, se veía que tenía sus sentimientos hermanados con los de su etnia y no podía olvidar sus orígenes.

Nada más que se terminaron dichas obras, se empezó a ver menos ganaderos en nuestras tierras; pero lo que debíamos saber, hasta qué punto los depósitos podían hacer frente a tanta demanda y créanme, que con paciencia pudimos abastecer a tanto personal y a su ganado de agua; pues los depósito, esperando unas horas se volvían a llenar del líquido elemento.

Parecía que había un buen manantial de agua en aquellas sierras, que surtían a toda la población y aún sobraba algo para que abrevase el ganado.

La única espina que teníamos en el corazón, era si cuando terminásemos sexto y reválida podíamos seguir estudiando en nuestra tierra colonizada; pues al parecer tendríamos que marchar a donde hubiese una facultad. Para ello hablamos con nuestros sacerdotes y ellas con sus madres; para ver la posibilidad que había de que nos permitiesen seguir estudiando en dichas tierras, aunque tuviesen que venir unos señores catedráticos a impartir la materia deseada por cada uno de nosotros.

Parecía que lo nuestro estaba muy arduo, pero nuestros profesores no sé dónde se metieron que consiguieron propuesta de estudio alternativo. No sabiendo qué significaba eso de que había una propuesta alternativa; si era que teníamos que asistir, algún que otro día de la semana, a clase en la facultad elegida por nosotros.

Yo no pude más y me fui a ver al padre consejero y éste me remitió al padre rector para saber qué era dicha propuesta y en efecto: Teníamos que asistir a la facultad o por lo menos examinarnos en ella, aunque tuviésemos apoyo de la enseñanza elegida en nuestro territorio ocupado.

Y mientras tanto arribó un yate a nuestro muelle con una gran personalidad, que venía con una orden de vigilancia, para ver cómo estábamos organizados y para ello se tuvo que entrevistar con todos los generales, por así decir.

FERMÍN -. Ha pedido hablar con nosotros.

Pero como aquello Fermín lo dijo con mucho sigilo, bajando la voz; como queriendo expresar algo que ya nosotros teníamos metido en nuestro cerebro, repliqué de inmediato.

SAMUEL -. Nos da pie para hacerle algunas preguntas.

DANIEL -. En su sano juicio te responderá lo que él crea conveniente.

SAMUEL -. Pero no va ha estar en su sana juicio.

Claro que le habíamos preparado un recibimiento de lo más original, dentro del espíritu de la península, y eso que nos dijo no venir oficialmente; ya que la península no nos reconocía el dominio de dichas tierras: Eso era de esperar, que no nos reconociera dicho dominio en el territorio colonizado por nosotros, el gobierno central. ¿Pero entonces cómo venía dicho señor a nosotros?: ¡No!, no creía que aquella visita fuese extraoficialmente, o por lo menos en todo su concepto. Así que nos preparamos para agasajarle una vez que saliésemos de nuestras cortes y ponerle a tono con nuestra manera de ser y ver la fiesta nacional de la península.

SAMUEL -. Jana, tienes que hacer un servicio especial a nuestro territorio.

JANA -. ¿Tú dirás?.

SAMUEL -. Busca chicas que sepan bailar bien, sobre todo el flamenco.

JANA -. Éstas chicas han estado, casi todas ellas, contratadas en salas de fiestas en la península.

SAMUEL -. ¡Mejor!, que mejor.

Y así logramos que se privase un poco el delegado de la península para poder acometer ciertas preguntas, en segundo grado y en indirectas, no yendo de frente al meollo de la cuestión. Pues cuando más descuidado estaba le hicimos saber la pena que nos daría al abandonar nuestro territorio colonizado, ya que nos habíamos encariñados con dichas gentes;

Pero en vez de demostrar tener la guardia bajada, nos respondía con una evasión a lo que podía llamarse nuestra pregunta, no dando su brazo a torcer.

DANIEL -. Samuel: Éste no nos dice nada.

SAMUEL -. Déjame a mí.

DANIEL -. ¿Y eso?.

SAMUEL -. Hace falta un buen actor.

DANIEL -. ¡Géminis!.

No sé si tendría que ser géminis o de otro signo del Zodiaco; pero la verdad era que no se le podía doblegar, aquel buen señor dándole toda clase de alcohol, ya que parecía estar ducho en el etílico.

Poco a poco me fueron dejando con él y sentado cerca de aquel personaje le comencé hablar de las delicias que habíamos organizado en dicho territorio y del bien estar de aquellas gentes, que se amoldaba a nuestro parecer y más bien a nuestro carácter de ser: Pues aquello, que le dije, le gustó mucho, ya que escuchaba con sumo interés; pero cuando yo demostré un atisbo de tristeza en mi Alma metida, éste se volvió hacia mí diciéndome, que pronto volverían ha tener dominio propio de su nación aquellas personas y para remachar mejor mis conceptos, le volví atacar de frente con un agobio dentro de mí, que parecía hablase el vinillo que estábamos tomando en vez de mi persona.

No volvió a demostrar un renuncio, pero cuando le estaba hablando de las delicias de aquel terreno, y sin esperarlo, me anunció que nosotros no estudiaríamos el primer curso de carrera en dicho territorio. Me lo había dicho todo con aquello que me dijo, enterando a mis generales y no a mis discípulos, en su totalidad, de lo que me había dicho ése señor en aquella hora de fiesta y de invocación a Baco.

Nada más que se marchó el delegado de la península, reuní a mis generales con una sola idea, el que no se quedase sin mando alguno nuestro territorio colonizado una vez que nos fuésemos nosotros de allí.

ROSARIO -. ¿Alguna idea tienes tú para reunirnos sin aviso previo?.

SAMUEL -. Y tanta.

ROSARIO -. Es muy buena chica.

Yo me quedé mirando a Rosario, pues sabía que Jana se llevaba muy bien con ella y que se veían con frecuencia al ser las dos ciudades más cercanas, una a la otra, y que por otra parte habían hecho muy buenas amistades al tener Jana que despachar asiduamente con Fermín.

SAMUEL -. Yo comenzaría diciendo, que la . . . Está en peligro; pero como aquí no hay mas que un territorio colonizado, no me pondré tan romántico. Pero lo cierto es, que se debe dar prioridad a lo que nos informó el delegado de nuestro gobierno central.

FERMÍN -. ¿Y para ello, tendremos que nombrar una cabeza visible como dirigente entre los beréberes?.

PATRICIA -. Todos estamos de acuerdo.

Aquello me cogió de improviso, lo que dijo Patricia en aquella hora; pues no se oponía a que nombrásemos general al coronel Jana.

SAMUEL -. Si estamos de acuerdos todos, nombraremos general a Jana.

Así se quedó, pero se pensó de que fuese un nombramiento rimbombante, con todo el bombo y platillo deseado y toda la palafernaria que se tenía que hacer en milongas y arengas dentro de un marco castrense, para que se enterasen desde el último berebere hasta el primero.

No quería; no quería ser nombrada general el coronel Jana, no fuese a ser que estuviese en un rango por igual al mío. Así era el pensamiento de Jana igual que el de todas esas mujeres. Pero por fin llegó el día que Jana fue nombrada general en medio de toda su tropa y para ello se convocó un gran desfile, en donde fueron soldados de todas las ciudades y se invitaron a todos sus compatriotas a presenciar la toma de su nuevo cargo.

El desfile duró varias horas, pues no solamente desfiló la infantería; sino que se enseñó el armamento pesado, todo lo que había y el nuevo que se había avalado.

Y ahora que hablo de avalistas, los mismos los teníamos que dejar en manos de Jana una vez saliésemos de dicho territorio colonizado por nosotros. Eran las grandes fortunas que arribaban al muelle para pasar unos días entre nosotros y ver si podían, de paso, hacerse con parte de nuestro territorio: Así andaba la cosa entre los que nos visitaban, alertando a Jana de todo ello. Y eso que ya debíamos parte de nuestra fortuna algunas de aquellas personas que demostraban ser amigos nuestros; pero con la compra del último material de guerra nos quedamos con las arcas totalmente vacías.

Nosotros no queríamos contienda alguna, pero para tener todo aquel territorio en pie teníamos que intimidar a nuestros posibles agresores; aunque no fuésemos capaces de hacer daño alguno a nadie, en general.

Todavía se andaba en las celebraciones del nombramiento, como general a Jana, cuando hubo una escaramuza en la parte más oriental de nuestras fronteras, cerca del asentamiento. Un grupo bien armados de hombres querían ocupar el asentamiento a la fuerza, sin conseguirlo; pero antes que lo consiguieran se alertó al general Jana, que acudió ella sola al asentamiento para hablar con sus compatriotas.

PATRICIA -. Samuel: Mira lo que ha hecho Jana.

SAMUEL -. Si Jana ha ido sola al asentamiento, es que nosotros estábamos mal informado.

PATRICIA -. ¿Y eso?.

SAMUEL -. No habrá sido una escaramuza; habrá sido otra cosa, en vez de querer ocupar por la fuerza dicho asentamiento.

PATRICIA -. ¡Eso es imaginación!.

SAMUEL -. No. Eso es intuición.

Al decirle yo eso a Patricia la vi fruncir el ceño, como en señal de que no la había gustado aquello que la dije, por tener tanta corresponsabilidad con la persona de Jana, aunque ésta se encontrase lejos de mí. Era muy fuerte para Patricia el saber que yo entendía a Jana perfectamente, no sabiendo cómo; ya que nos veíamos de tarde en tarde y para cosas administrativas solamente. Así que agachó la cabeza Patricia y se marchó a sus aposentos, sin decir una sola palabra: Tal vez sería mejor así, que no dijese nada y se quitase de mi vista por unas horas. Me quedé con un pesar que me embargaba todo el cuerpo, al ver a Patricia sería y decaída.

Tenía que saber lo que Jana había tratado con aquellas gentes y para ello tendría que marchar a Campamento para que me contase algo de lo tratado en dicha reunión. Y nada; que allí no había pasado gran cosa, lo único fue que los ganaderos querían que abrevasen sus manadas y sus ganados en el aljibe formado para tales menesteres y como las personas del asentamiento no tenían paciencia para ver lleno el depósito, una vez que se secase, se opusieron a ello. La fuerza del agua no era mucha, pero se llenaba el depósito en unas horas, aunque fuesen algunas más: Esperando se lograba tener agua para beber las personas, pues cerca del asentamiento se puso un grifo, y otro para abrevar el ganado.

Cuando se enteró Patricia de las verdaderas causas, no daba crédito a la gran intuición que tenía yo sobre Jana, no dando su brazo a torcer para nada; pues seguía en sus treces, de seguir sería como si la pasase algo malo y no tuviese ganas de hacer alguna cosa que a ella la molestase. Pero cuando vi a Patricia acercarse a mi caballo, en las cuadras, y hacerle una caricia en el morro, me puse alegre y pude empezar a dar saltos, menos mal que me contuve quedándome apostado donde estaba, detrás de unas monturas y aperos

del caballo. Y cosa curiosa, que Javito parecía haberle gustado y como si su instinto le indujese a ser recíproco con su ama, la besaba el brazo, con el que le estaba sujetando el morro Patricia. Aquello nunca lo olvidaré, pues lo llevo mentido en todo mi ser; esa caricia que se hicieron los dos, comprobando que se empezaban admitir en plena relaciones, el uno con el otro.

Los oriundos de la zona empezaron a saber que el protectorado se retiraba y de vez en cuando nos tiraban unos piropos de espanto; que si nos iban hacer y nos dejaban hacer si nos quedábamos aquí al siguiente día.

Teníamos que tener graduado a dichos señores y para ello comenzamos a nombrar mandos intermedios y para hacerlo en Campamento me fui a dicha ciudad para consultar con Jana.

Me sirvió unos dulces hechos por ella que eran la delicia del paladar, dándola yo la enhorabuena por tales dulces.

JANA -. Los he hecho con todo el amor del mundo.

SAMUEL -. Me lo he imaginado. ¿No has intentado comercializarlos?.

JANA -. Tal vez no me hace falta.

SAMUEL -. No tienes que pensar quedarte en tu puesto toda la vida; pues el Estado que se forme tendrá preparadas las listas de mando; lo tuyo es momentáneamente, hasta que tu gobierno quiera.

JANA -. Visto así me tendré que preparar para ser pastelera.

Quedó sentado que tal vez Jana no llevaría las riendas, de por vida, en dicho territorio; pues su gobierno tendría preparado algún proyecto para este territorio. Y por otra parte; ahora que era próspero dicho territorio, no iba a dejarle en manos de unos desconocidos

suyos; pues el gobierno que se formase tendría que poner al frente a sus mejores hombres.

Sentado dicho juicio preliminar y después de nombrar los mandos intermedios me fui a mi ciudad en la Región de Ribera, para tomar el pulso a todo el territorio colonizado.

Se empezó a sentir una tranquilidad en aquellas personas, al sentirse útiles, unos para una cosa y los otros para otra. Pero el malestar iba creciendo entre el pueblo al vernos allí todavía; pues ellos querían que saliésemos cuanto antes de su territorio nacional.

DANIEL -. Es lo mejor que hemos hecho.

SAMUEL -. El crear algunos mandos entre ellos: Eso ha sido un revulsivo entre los beréberes.

¡Pues claro que sí!; que se los habían levantado los ánimos entre ellos y por lo menos alguien nos veía con buena cara y mejor concepto.

Pero como no podía ser, se fueron agrupando en la frontera donde estaba el asentamiento, diferentes grupos; ya que habían oído que entre sus compatriotas se habían nombrado mandos con la sola idea de relevarnos a nosotros, estando los ánimos exaltados. Y hasta hubo algún grupo que quisieron contactar con algunos de dichos mandos; pues no solamente nombramos capitanes, sino coroneles; y claro, aquello fue el detonante para exaltar a la masa, en son de revancha hacia nosotros: Querían que nos fuésemos de aquel territorio cuanto antes.

Y en vez de desistir en su empeño, se empeñaron para elevar su malestar por todo ese contorno y un día monté en mi caballo, con idea de ir a dar un paseo; pero como iba tan ensimismado en la idea de disuadir aquellos señores en su empeño, me dirigí a Campamento, llegando mi caballo todo el sudando y cansado, al cabo de un día de marcha.

Jana cuando me vio aparecer de súbito en su ciudad se asustó un algo, pero cuando me observó calmado, se tranquilizó por momentos.

JANA -. ¿Tu visita es por algo y no bueno?.

SAMUEL -. Dios quiera que sean rumores solamente lo que he oído.

JANA -. No lo son, que ahora sí es verdad lo que has oído.

Pedí un jeep para trasladarme al asentamiento y no hacerle sufrir más a mi caballo; pero Jana no me dejó ir sólo a dicho lugar, pues montándose conmigo llegamos al asentamiento a punto de reventar los ánimos de aquellos beréberes: Exaltados compatriotas.

Jana quiso apaciguar los ánimos de aquellos hombres, pero en vez de hacerla caso se envalentonaban cada vez más y más, hasta que por fin la chica no tuvo paciencia, al ver que uno de ellos me agredía.

SAMUEL -. Jana, es en legítima defensa.

JANA -. ¡Ahora verás.

Y diciéndome eso propinó tal patada al señor que se dirigía a ella con intenciones no muy sanas, que le hizo rodar por los suelos. Yo por mi parte cogí del brazo al que me estaba agrediendo y echándole al suelo, le rogaba, con mucho respeto, que me pidiese perdón y como vieron los demás hombres que estábamos doblegando a sus dos jefes, sobretodo al cabecilla de todos ellos, se fueron echando para atrás como no queriendo saber nada de lo que allí estaba pasando.

Me pude dar cuenta de la faceta de Jana; ya que era una buena luchadora y además con estilo. Lo que no me gustó mucho, era que para propinar ciertas patadas tenía que alzar las piernas dejándose ver los muslos y como Jana era una chica esbelta y bien plantada,

se la veía un cuerpo de mujer hecha y derecha, con una figura envidiable por otras mujeres.

Cuando terminó toda la contienda, nos montamos en el Jeep dirigiéndonos al Paso del Falt con suma prisa, por si aquellos beréberes se volvían a reagrupar con no menos intenciones sanas para nosotros dos.

Jana vestía uniforme militar, con faldas y zapatos, aunque tuviese el pañuelo a la cabeza y no pudiese disimular de qué etnia pertenecía, por las características de su raza. Así que cuando se durmió en el Jeep iba enseñando su figura completamente; pero como aquel terreno era completamente llano, si daba un giro no pasaba nada, se miraba a la brújula y se volvía a meter otra vez uno en la latitud debida; pero con todo y eso, tuve que ajustar mis cálculos para llegar al Paso del Falt, ya que nos estábamos desviando hacia las sierras, llegando a dicho paso más tarde de lo que nos habíamos supuesto.

Cuando dejé a Jana, ya ésta me había impactado en todos mis sentimientos amorosos; pero no podía doblegarme a dicha chica, ya que nunca había habido una ceremonia, para mí, como para casarme con ella, y en cambio, sí estaba comprometido con Patricia. ¡Pelillos a la mar!, como se suele decir en estos momentos.

Cuando llegué a la ciudad de SanSituad, me estaba esperando un recibimiento un tanto fuera de serie; pues se encontraban allí todos nuestros padres, que sin avisar habían llegado para saber cómo estábamos y desde luego sí que fue una sorpresa agradable para mí.

Bien lo vieron, quiero decir que bien vieron cómo vivíamos en aquel territorio colonizado por nosotros: Con toda clase de bienestar social, aunque muy

económicamente, ¡y quién no!: Como en general vivían casi todas las personas de la península.

Nos preguntaron por los estudios, teniendo que presentar la tarjetas de las notas a nuestros padres; pero como cada uno éramos aplicado, pues así lo demandaban nuestro Reglamento interno, dentro del espíritu castrense, presentamos unas notas, que por lo menos merecían la pena ser enseñadas por cada uno de nosotros. Pasando allí, nuestros padres, una semana encantadora; pero como el que más y el que menos tenía que seguir trabajando, se nos marcharon, al cabo de dicha semana, a la península de vuelta.

Yo quedé muy satisfecho al ver a mis padres vivir unos días conmigo, yéndose tan conformes y agradables al ver que estábamos en completo bienestar y en calma total, pues en aquellos días no se movió nadie, no hubo ni una sola queja de aquellos señores beréberes.

Pero como pasa en estos casos, que las prisas por echar al que está dentro de tu territorio era mucha, comenzaron a oírse voces de querer echarnos cuanto antes de su Nación, según ellos. Las quejas se sucedían y el malestar entre aquellos señores se fue incrementando, sin saber lo que podíamos hacer para calmar todo ese torrente de nerviosismo y esa caída de ánimos al vernos allí a nosotros.

También teníamos alguna alegría, más que menos; pues por aquél entonces llegaron a nuestras costas unos buques llevando a turistas importantes, que querían ver cómo estábamos organizados. ¡Y tanto que lo vieron!; pues se empaparon bien de todo nuestro enrejado social y de todas nuestras costumbres, que eran las de la península, además de las costumbres beréberes: Formando un conjunto homogéneo de colorido y de gracia que no había parangón en la historia para definir las y describir todo aquel variado enramado de buen quehacer entre nosotros.

Y como ya teníamos, más que menos, unos comerciales en todas las ciudades, allí que se quedaron el dinero aquellos turistas, engordando nuestras arcas hasta el máximo. Y cosa curiosa, que lo más asequible para dichos turistas era el oro que vendían algunos de nuestros condiscípulos ayudados por la etnia de aquellos aborígenes.

Vimos claro que teníamos que incentivar la venta del oro, para ello hicimos traer los mejores orfebres de entre los que nos proporcionaban dicho mineral noble y así floreció un comercio en joyas variables en todos los estilos y de todos los tamaños, llegando a nuestras costas infinidad de turistas en busca del vil metal.

Aquella prosperidad nos dio un poco de respiro a nuestras maltrechas arcas, pues enseguida compramos lo que nos hacía falta y no lo podíamos obtener dentro de nuestro territorio colonizado por nosotros.

PATRICIA -. Abogo que entre todos ustedes accedan gustosos a destinar parte del muelle para atracaderos de buques de gran calado.

SAMUEL -. Lo mismo había pensado yo; pero como las embarcaciones de recreo que arriban a nuestro muelle son muchas y variadas, no sabía dónde íbamos a recalar tanto barquito.

DANIEL -. ¡Sí!, hombre. Los barcos mercantes recalarán al otro lado del espigón y las embarcaciones que lleguen a nuestras costas en la parte que hay dentro del puerto, al abrigo de las olas.

SAMUEL -. ¿Tú has intentado descargar o cargar algún buque de ese calibre en el muelle?.

DANIEL -. No.

SAMUEL -. Pues no te digo más, si hay que descargarlo en pleno oleaje.

No supimos dónde colocar unos y dejar que recalasen otros; así que se llamaron a los ingenieros, teniendo un atisbo de imaginación constante.

El espigón seguiría igual que estaba, o sea con los buques mercantes al amparo de las olas y en el muelle se fabricaría un muelle flotante más cerca de la costa para las embarcaciones de recreo, dejando el muelle para las grandes embarcaciones y así dejaríamos arribar a todas las naves y buques que desearan llegar a nuestras costas, dando paso de maniobrabilidad a los buques mayores para el recalado, como la salida al mar de estos. Para ello se compraron dos embarcaciones pequeñas, pero con un motor potente para el arrastre de los buques mayores.

En estos éxitos estábamos, de florecimiento económico, que olvidamos lo que estaba pasando entre los aborígenes de aquellas tierras, teniendo los nervios cada vez más exaltados.

Era tanto así, que tuvimos que llevar material pesado a la frontera para disuadir a todas aquellas cuadrillas de hombres y de familias, que una vez se unían en grupos no veían la hora de que nos fuésemos de allí.

Tuvimos, tuvimos sí; tuvimos un feliz pensamiento y para ello lo pusimos en marcha entre medio de todos aquellos beréberes que asediaban nuestras fronteras. Y era que se celebrasen carreras de caballos y se formasen algunas que otras fiestas entre ellos por tales motivos, llevándolos toda clase de dulces y alguna comida que ellos demandaban en su manera de ser.

No les cuenta nada, lo que disfrutaron aquellos señores; todas las familias juntas y hasta formando unión entre todos ellos: A tal punto llegó la fiesta que olvidaron por unos días el rechazo que nos tenían aquellas personas, viendo yo, una vez más, que Jana se

los llevaba de calle por donde ella quería; pues hacía de ellos lo que la marcaba su voluntad.

Me quedé satisfecho al ver lo bien que los dirigía Jana a todos ellos, y sobretodo cuando marcaba pauta y orden entre aquellas gentes.

FERMÍN -. ¡Ya sabemos!, ya sabemos lo que hay que hacer.

Y eso lo decía el general Fermín, que era el que estaba más cercano aquellos beréberes exaltados por tener los ánimos encrespados, al ver su territorio ocupado por nosotros.

Yo quería saber algo más de Fermín y arrimándome a él le preguntaba por la belleza de las noches en su ciudad. Aquel Cielo estrellando y en tiempo de Luna, con una luz que parecía de día.

FERMÍN -. Sí, pero aquí no hay quien duerma desde hace un tiempo a esta parte.

Me enteré de lo que yo quería: Bastante me dijo Fermín al decirme aquello, pues eso estaba siendo causa de que a mi general se lo provocase un estrés, que no pudiese salir de el por más que se le tratase por parte de los psicólogos. Ese miedo, ese aterir de nervios y de Espíritu no era cosa de tomarlo a la ligera, era cosa más seria aquello que le estaba pasando a Fermín como para no hacerle caso y así le puse unos buenos doctores, para que le tratasen y le encauzasen de nuevo su vida a la normalidad.

Claro que era el más cercano a la frontera, pese a que antes estuviese el Paso del Falt y la ciudad de Campamento con Jana, y así le hizo ver la pura realidad; que si acaso, aquellos señores lograban pasar la frontera se verían las caras, mucho antes, con Jana que con él mismo.

Era comprensible el recelo que tenía Fermín dentro de su Alma; porque miedo no era, ya que todos mis generales eran aguerridos militares y allí no cabía tener tales clases de repelús, más bien era prevención.

Pero para que la tropa no le notase nervioso, como digo, le hice llegar un par de doctores para que le trataran de su desequilibrio, momentáneo, febril y pudiese hacer sus tareas cotidianas: Mandar y dirigir a toda aquella ciudad y supervisar las dos ciudades restantes, el Falt y Campamento; ya que Paco no tenía ni tiempo para respirar, pues él mismo, a la vez, revisaba y supervisaba a las tres ciudades, a parte de la suya: Jorman, Colssen, Campamento y el Falt.

Y para que Fermín se quedase más tranquilo le hice llegar una semana a Campamento con el soniquete de que tenía que revisar la tropa y el armamento en dicha ciudad, no sin antes haber alertado a Jana sobre mi idea de ayudar a Fermín en su estado anímico. Y también se portó Jana, que cuando volvió Fermín a su ciudad, Colssen, era ya otro hombre; parecía que tenía más ánimos y más coraje en su interior.

Pero Rosario no se durmió en las pajas, yendo a verme de inmediato con una sola idea, el quedarme conforme con ellos.

ROSARIO -. No te preocupes que ahí estoy yo.

SAMUEL -. Confío en Fermín, pero de todas maneras te doy las gracias por tu decisión. Parecía como si Rosario quisiera ocultar las indecisiones de su chico y para ello me vino con toda su buena idea, el querer ponerse al frente, no al mando de aquella ciudad y hacer las funciones de defensora y vigilancia.

Tenía que tener cuidado por si flaqueaba, una vez más, Fermín; pues diligentes así son un escollo dentro la defensa de la ciudad.

Y para no dejarlos pensar nada, volvimos a organizar otra carrera de caballos, llegando a dicho contorno infinidad de gentes con sus monturas; pero como la mayoría no tenía un caballo quisieron participar con sus camellos a la misma carrera, consintiéndoselo nosotros para que se quedasen conformes.

Me pude dar cuenta que aquello estaba siendo un maremagno, pues caballos y camellos juntos, con tanto polvo y viento, no podía ser se diese y en general así era; que todos juntos a la carrera se veía un conjunto no homogéneo pero que daba una visión a la vista de algo fuera de lo normal.

Por otra parte era un mal el haber atraído a dicho lugar tanto beréberes juntos, pues al final no sabíamos cómo iba a terminar aquello. Pero no; no se movió nadie, solamente se limitaron hablar sobre la carrera para volver a sus lugares de origen en perfecta concordia y en orden. ¡Está visto!, había que darlos diversiones aquellas gentes y no se moverían.

Por lo mismo pensé organizarlos una fiesta para que celebrasen sus días sagrados y para ello hice llevar toda clase de dulces al asentamiento, así como comida en abundancia, con los mejores músicos que tenían aquellos señores dentro de sus etnias sociales. Chicas bailando sus cantes regionales y mucha fiesta, sobretodo, muchas diversiones, al terminar el recogimiento Espiritual: Eso no les gustó tanto, solamente se limitaban a mirar y nada más, haciendo muecas con la cara.

Nos pudimos dar cuenta, que lo verdaderamente que les llenaba y les atraían, aquellos señores, era participar ellos en algún evento y para ello tuvimos que pensar en alguna cosa, para la siguiente fecha en la que les convocásemos a unos juegos o carrera de caballos.

FERMÍN -. Como no sea ofrecerles algo, no sé yo qué les llenará más el Alma.

SAMUEL -. Ofrecer una copa al ganador.

JANA -. Pero tiene que ser de plata u otro metal noble.

AMPARO -. ¿Y eso?.

JANA -. Les llenan más dichas cosas. Yo conozco a unos señores que funden muy bien la plata.

Todo quedó en eso, en ofrecerles una copa labrada por ellos mismos, donde se vean reflejadas sus costumbres y se queden conformes de lo que les ofrecemos.

El asentamiento, cada vez se iba haciendo mayor; pues a base de llegar a dicho lugar tantos señores con sus caballos y sus camellos, algunos se iban quedando en ese sitio para siempre, o por lo menos para una buena temporada; así que ya no era tanto asentamiento de unas cuantas familias, pues se veía que allí había más familias de las necesarias: Cosa que teníamos que estudiar a fondo, para ver los pro y los contra.

Y para ello; para hacer sus funciones de mercaderes algunos señores pidieron que llegase el autobús hasta el asentamiento, cosa que no estaba en nuestros planes; pero sino hacíamos casos aquellas personas, a sus ruegos, nos veríamos abocados a un completo fracaso con ellos, al obviarlos y no querer saber nada de sus necesidades.

Se estuvo estudiando la manera de que algún autobús llegase al asentamiento, pero como en dicho terreno no había otra vía de servicios mas que caminos y con mucho polvo, nos tuvimos que hacer de un pequeño autobús, que saliese desde el Paso del Falt al asentamiento de aquellos señores dos veces al día, y así cubrimos sus necesidades más fundamentales; que eran las de vender y comprar mercancías dentro de nuestro territorio colonizado.

Ahora lo que me desviaba el interés era otra cosa; el quedar a Jana lo mejor colocada posible en cuanto a negocio, ya que tenía una venta de dulces en Campamento, pero aquello no era necesario para que dicha chica viviese el día de mañana con las solas ventas de unos cuantos dulces.

Yo tenía un dinero y la hice construir un edificio, más bien un obrador; para que Jana se sirviese como empresaria de pastelería y confitería y como las obras del muelle dieron motivos para que yo mismos llevase parte de la contabilidad de amarre y atraque de las embarcaciones, tuve precaución para llevar una contabilidad paralela: Allí donde se cobraba uno y medio yo ponía uno en una doble factura, guardando el medio para abrir un local en SanSituad a Jana y así tuviese más expansión su negocio; pero como seguí, en tiempos, llevando la tenedurías de libros y su contabilidad, la hice abrir en cada ciudad un comercio para el desarrollo de su empresa.

No me quedé conforme con eso; pues sin salir fuera de nuestras fronteras no se expansionaría lo suficiente como para subsistir dicha empresa, así que compré un local en una de las grandes ciudades cercanas a nuestro territorio, abriéndola dicho local para la venta de sus dulces.

Jana tenía de esta manera las espaldas respaldadas, por si venían mal dadas el día de mañana; ya que yo me encontraría lejos de allí, no pudiendo saber nada de lo que estuviese pasando con dicha chica, excepto lo que ella me contase.

Tuve que dejar la contabilidad, pero antes promulgué de que se había subido medio punto la tasa del embarcadero de dichas embarcaciones de recreo y así hacer tapadera lo que yo había estado cobrando aquellas embarcaciones.

FERMÍN -. ¿A que no sabes por lo que vengo?.

SAMUEL -. Si alargas las manos, cogerás todos los pases que quieras de ese recipiente.

FERMÍN -. ¡No digas!.

SAMUEL -. Y tanto que lo digo: ¿Qué crees, que no lo había pensado yo también?.

FERMÍN -. Es necesario.

SAMUEL -. Y tanto: Que sepamos quién entra y quién sale de nuestro territorio.

Y así, con unos pases y unas listas de quién entraba y salía de nuestro territorio colonizado por nosotros, las tendríamos más vigiladas aquellas gentes; ya que habían algunas personas que se querían quedar afincadas en nuestras ciudades y eso no podía ser, pues nos sería costosísimos el tener que enseñar a tanta personas a vivir entre nosotros y el que dejasen sus costumbres ancestrales.

Por lo tanto, toda persona que pasaba el Paso del Falt se le apuntaba en unas relaciones y se le daba tres días para volver a su lugar de origen y así teníamos a todo ese contingente de personas sabiendo, en todo momento, dónde se encontraban.

Nuestro territorio estaba siendo digno de mención en las altas esferas de nuestra península, por lo tanto un día fuimos invitados de honor en una merienda por parte de un gran poderoso y acaudalado compatriota, y allí que fuimos Patricia, Daniel, Helena, Paco, no así su chica, sin saber por qué.

Los entrantes no estuvieron mal y la conversación llevada nos era favorable y agradable a la vez; pues nos engrandecían en todo lo que habíamos hecho, parecía que aquella comida iba a terminar bien. Pero una vez entrado en los platos, el señor que servía como cicerón, comenzó hacernos unas preguntas algo fuera de lo normal: Así, como si teníamos todos el mismo pensamiento político, y al decir aquello yo le atajé de lleno diciéndole que no teníamos una ideología que no fuese la recibida por nuestros maestros, pero al decirle yo eso confirmó de que todos íbamos por la misma línea de formación, que tal vez pensásemos lo mismo, en cuanto al bienestar de aquellas tierras. ¡Claro!; pues claro que pensábamos lo mismo, por eso se atrevió a comentarnos que si estábamos, por medio de dicho afán, construyendo una manera de estancia en aquel terreno, y como a mí no me pareció mal aquella pregunta, le contesté delante de todos

los señores que estaban sentados en la mesa; que estábamos formando una convivencia entre nosotros.

Al oír aquello dicho señor, exclamó sin pensarlo que: Por lo menos, aunque no fuese Nación, sí formábamos una País al presentar la forma económica y social de dicha manera.

Yo cogí la servilleta y apretándola con la mano, no sabía si levantarme de la silla o quedarme quieto, cosa que así hice; para no dar muestras de mala conducta por nuestra parte. Y sin pensarlo ni un solo momento le contesté que no teníamos idea de formar nada de lo que él había dicho; que solamente subsistíamos en aquel terreno y nada más. Cosa que me molestó mucho cuando unos días después leímos en un periódico que estábamos siendo un País. Pero más me molestó cuando vi reflejado una columna en el diario que editábamos nosotros, firmada por Fermín contestando a lo que ponía aquel periódico llegado de la península.

FERMÍN -. ¿No creo que haya molestado a nadie?.

SAMUEL -. Si no es eso: La cosa está peor que tú te crees.

FERMÍN -. ¿Y qué me tengo que creer?.

SAMUEL -. Nos atacan en el ánimo para desmembrarnos, en ti lo han conseguido.

Pues claro, en Fermín habían conseguido su propósito; el desánimo y el desorden por parte de nosotros. Y aún más cuando volví a leer, esta vez un artículo firmado por Paco, haciendo como que se defendía de aquel pequeño ataque que nos había hecho dicho señor en la merienda. Y como no se quedó satisfecho, le oí hablar en la radio con espíritu totalmente castrense, llamando yo de inmediato a mis generales.

SAMUEL -. Proliferan los artículos y columnas en los periódicos, y ya hasta en la radio hay sus charlas sobre lo que se ha dicho o se ha dejado de decir.

DANIEL -. No ves que si nos callamos, es peor todavía.

SAMUEL -. No lo creo así. Hemos formado una pequeña red industrial y hemos conseguido traer la suficiente cantidad de turistas a nuestras tierras, como para que los adinerados se queden con los brazos cruzados.

HELENA -. Atraigámoslos a ellos también.

SAMUEL -. ¿No comprendéis, que si nos dirigen ellos se llevan todo el dinero que podamos administrar nosotros?.

Agacharon la cabeza y fueron saliendo uno a uno, en orden, a la calle como pensando en lo que yo los había dicho; que por otra parte fui alertado por mis maestros en el arte de el buen quehacer diplomático con aquellos señores, recordando pasajes bíblicos.

No ha poco fuimos invitados a una fiestas y esta vez la invitación se extendió a todos mis generales, y ahí lo vi yo mal; pues estando todos juntos sería más fácil que alguno se pusiera nerviosos dando hincapié a la prensa para dar relevancia a la fotografía y al artículo que se pudiese escribir sobre nosotros.

Fuimos a dicha fiesta, pero fuimos todos alertados; unas veces por mí y otras por nuestros docentes, que eran personas desvelándose por nosotros y por todas las demás gentes que existía en el territorio colonizado. Pude ver con claridad, que aquellas creencias servían para algo: ¡Sí señor!.

Dentro del temor de Dios fuimos todos a la fiesta, uno con un traje, la otra con un vestido y así sucesivamente; que no íbamos en conjunto uniformados, ya que el evento no lo reseñaba en la invitación.

Fuimos entrando uno a uno a la casa, directamente, a la pieza donde se celebraba la fiesta, y nos sentaron un tanto separados los unos de los otros: Aquello lo vi yo mal, ya que entre uno y otro se sentaron aquellas personalidades.

Me pude dar cuenta que uno de aquellos señores le estaba haciendo a Fermín una pregunta en voz alta y éste contestaba muy calurosamente a lo que se le había preguntado. Yo no sabía cómo hacerle una señal para que no se metiese en conversaciones, que luego no sabíamos salir, hasta que pensé ir al servicio.

Cuando me levanté de la mesa, no sin antes haber pedido permiso a los señores que me rodeaban, vi tres fotógrafos que de improviso me hacían fotografías. Estaba mal haberse levantado de la mesa, pero peor iba a estar si cogían alguno de mis generales en un renuncio; así que cuando pasé cerca de Fermín, y después de haber dado totalmente la vuelta a toda la mesa, le cogí del omóplato apretándole fuertemente, en forma intermitente, como para que se diese cuenta de que se tenía que callar y no entrar en dichas conversaciones. Pero cuando volví otra vez aquella dependencia, pude oír hablar Amparo con otro señor de la mucha administración económica que estábamos llevando en aquel territorio, dirigiéndome para ella y al llegar a su lado, y como en señal de un saludo, la di un pellizco, sin querer, en todo un pecho. Se quedó blanca y aquel señor cortado en su conversación, haciendo yo como que me había querido caer, mirando para atrás y observando la suela de mis zapatos, en señal de que había resbalado.

Pues con todo y eso, me entendió Amparo que no volvió hablar nada más con aquel señor de cosas económicas, ni de otras cosas referentes a lo que estábamos haciendo o dejando hacer en nuestros territorios colonizados.

A la salida de aquella fiesta, tenía que saber qué se había hablado allí por parte de cada uno de mis generales y en vez de dejarlos marchar a sus respectivos destinos, los llevé a la sala de junta para que me enterasen de todo minuciosamente.

Pues créanme que todo eso se contó en la prensa de la península, hasta la llamada a careo por mi parte a mis generales. Pero con todo y eso, no podíamos cerrarnos en

banda y no asistir a ninguna fiesta o comida que se nos invitase; aquello sería todavía peor, que una mala contestación por nuestra parte.

Al poco tiempo nos llegó un artículo en unos de los mejores periódicos de la península con el título "La Loca", y aquello fue la detonación por parte de Helena; ya que se fue a la casa del grande y poderoso acaudalado, sacándole a la calle de malas formas, ya que ésta chica era de armas tomadas y con mucha fuerzas en su cuerpo.

No tardó llegar la demanda formalizada en un juzgado de la península, estando todos los medios de comunicación a la expectativa, para ver si cazaban algo fuera de lo normal en aquella sala.

Como Helena se había puesto enferma en el día fatídico, mandó a su abogado para que dirimiese dicha contienda judicial y como no se había presentado nadie como testigo de cargo, no hubo quórum suficiente como para emitir un verdadero juicio por parte de los dos contendientes; así que se emitió un veredicto imparcial para las dos partes. Uno que sí me lo dijo, que me sacó a la fuerza a la calle y la otra que yo no le dije nada y que tuve que salir medio corriendo a la calle porque se venía dicho señor detrás de mí con no sé qué propósitos; así que no hubo manera de confrontar aquellas dos personas, que se ajustaban tan bien a lo suyo.

Desde luego, por la mañana temprano, hubo un palmaré en todos los periódicos, unos con los otros; no sabiendo quien se llevaba el palmito de esas dos personas, Helena o el acaudalado señor.

No nos venía nada bien aquel rifirrafe que se había montado en la península, pero como nosotros acallamos dichas noticias, no diciendo nada, ni en la presa nuestra ni en nuestra radio; allí no hubo quién se enterase de aquel enfrentamiento, entre el general Helena y el acaudalado señor.

Por si era poco hubo un grupo de personas que desembarcando en la costa más oriental de nuestro territorio, querían colonizar aquel trozo de terreno para su intereses particulares; ya que fondeados en pleno mar, esperaban dos embarcaciones a que se consolidase dicho ocupación.

DANIEL -. ¡Rápido!; el ejército.

SAMUEL -. Pero sin tirar un solo tiro.

HELENA -. ¿Y cómo puede ser eso?.

SAMUEL -. Ya lo veremos.

Y desde luego que lo vimos, pues aquellas gentes se habían metido por el cauce del río, queriendo avanzar hacia el interior por dicho terreno y como yo vi el Cielo abierto, dimos largas a las compuertas de la presa quedándolos rodeado de aguas a dichas personas, que en poco tiempo pedían ayuda en voz alta.

Sí, se las ayudó; pero se las invitó a salir fuera de nuestro territorio lo más rápido posible y se las instigó para que no volviesen nunca más a el, ni se acordasen de dichas tierras en su vida.

No nos dimos cuenta de que faltaba Helena, no sabiendo dónde se encontraría; así que volvimos al lugar del encuentro con aquellos señores, viéndola compartir con un grupo de rezagados, que no les había rodeado el agua y se habían quedado apostados en un promontorio de rocas que había allí cerca. ¡Y cómo repartía!; repartía tortas a diestro y siniestro, así como alguna que otra patada aquellos desarmados señores, que al parecer decidieron tomar la huida por su cuenta, ya que corrían hacia la costa con todas sus ganas y sus fuerzas les permitían, perseguidos por Helena en sus huidas y aunque aquellos hombres huían Helena los seguía hostigando. ¡Medio ejército!, medio ejercito era Helena en aquellas circunstancias, y siempre lo hubo sido; que sin pedir ayuda a

nadie, luchaba como tres hombres a la vez, siempre que estaba en peligro nuestro territorio ocupado por nosotros: Se veía que allí estaba comfortable nuestra compañera y condiscípula Helena, viéndose alguien y viendo elevado a la máxima figura relevante a su chico, Daniel.

Por aquel entonces nos llegaron unos ingenieros de minas con idea de hacer unas prospecciones en nuestros terrenos y como es normal y visto lo que nos estaba pasando, cada vez que hacíamos de nuestro terreno un emporio de riquezas: ¿Qué no nos pasaría, si acaso encontrasen mineral alguno en nuestros terrenos?.

ROSARIO -. Me parece buena idea el que encuentren minerales en nuestro terreno colonizado.

SAMUEL -. Eso es lo malo; el que encuentren parte de riqueza mineral en nuestros terrenos.

AMPARO -. ¿Por qué?.

PACO -. Si nos quieren echar de aquí es porque hemos hecho de estas tierras un emporio de riquezas.

Con uno que lo dijese valía, para quedar sentado de que si acaso lograrían averiguar aquellos ingenieros dónde teníamos tal o cual mineral, para que nos viésemos acorralados por la avaricia humana.

Allí estábamos subsistiendo y nada más; aunque eso sí, queríamos quedar aquella región con un grado de habitabilidad suficiente, como para que se viviese lo mejor posible entre sus habitantes. Pero es que estaba llegando a un extremo, aquel bienestar social que se estaba generando en dicho terreno, que al bocado de aquella pera madura venían todas clases de personas, con un solo pensamiento: El llevarse, mas bien que el quedarse.

Creíamos que habían desistido aquellos ingenieros, pero cual no fue nuestra sorpresa cuando fuimos avisados de que un grupo de facultativos de minas estaban analizando los materiales encontrados en la sierra, como en la parte de la meseta. Yo corrí para ver en qué lugar, en concreto, se estaban analizando las rocas y las piedras que encontraban dichos facultativos y vi con estupor, que se habían diseminado a lo largo de aquella cordillera. No se podía averiguar con facilidad el lugar exacto donde estaba cada uno de aquellos facultativos de minas.

Sí era verdad, que los ingenieros se habían marchado de nuestro terreno; pero se habían quedado a dichos facultativos en espera de que encontrasen algo, alguno de ellos.

Yo me fui hablar con el facultativo que estaba más cercano al Paso del Falt, en plena sierra, encontrándole en una tienda con un pequeño laboratorio.

Parece que surtió efecto al hablar con aquel facultativo, pues días más tarde volvieron a llegar los ingenieros con una propuesta de querer estudiar el suelo para saber qué clase de aguas potenciales alternativas había en nuestro terreno; ya que nosotros habíamos construidos pozos sin que ellos lo supiesen.

SAMUEL -. ¿Pero, qué clase de mineral hay en dicha sierra?.

INGENIERO -. Se da hierro, pero por ahora no merece la pena su explotación.

SAMUEL -. ¿Tienen dicho lugar ubicado?.

INGENIERO -. En la cadena calcárea.

Quise comprender que se daba en ciertas zonas de aquellas sierras, por lo tanto sería inútil seguir con dicha conversación; así que desvié mis palabras a otro medio.

SAMUEL -. Veo, que les interesa más el buscar agua.

INGENIERO -. No está usted mal encarrilado.

SAMUEL -. ¡Para qué?.

INGENIERO -. Para evaluar los recursos hídricos existentes y la localización del agua; si es potable y si se puede complementar con la presa que tienen ustedes en la Región de Ribera.

Una sola pregunta me quedaba por hacer al jefe de los ingenieros, y no sabía cómo se la iba a formular, si rectamente o dando un pequeño rodeo por si se molestaba.

SAMUEL -. ¿Pero esto tendrá que estar subvencionado por alguien?.

Aquel ingeniero me miró fijamente a los ojos como para ver el entramado de aquella pregunta, hecha muy indirectamente.

INGENIERO -. Pues claro que nos paga nuestro gobierno, conjuntamente con el de ésta Nación. Quieren formar un mapa geológico de toda esta zona, para saber, el día de mañana, a qué ajustarse.

A la vuelta pasé por Campamento para ver a Jana, que tenía un problema con el obrador de su pastelería, ya que se la estaba quedando pequeño dicho edificio y necesitaba otra planta mayor.

Cuando terminamos ver dicho receptáculo, me invitó a su casa para poder degustar algún que otro manjar, ya que era hora de la merienda y cuando hubimos comido, me invitó a entrar en su cuarto, no sabiendo yo para qué.

De improviso, Jana, se tumbó sobre la cama y dando unos golpecitos en ella me invitaba a sentarme allí cerca, cosa que hice; obedecí sin rechistar, sentándome cerca de ella.

Jana me cogió de la mano y acariciándomela me instaba hacer algo que yo no comprendía, hasta que por fin me dijo una cosa un tanto chocante para mi manera de pensar.

JANA -. Te vas pronto y no me dejas nada.

Nada más que Jana dijo aquello la miré de reojos, como queriendo descifrar sus palabras, sobre todo su contenido y sin decir nada salí de su casa más ligero que unas pajas, pensando que no podía ser lo que yo estaba pensando, aquello que me dijo Jana, con dejarla algo. Hasta el punto que llegué un poco nervioso a SanSituad, notándomelo Patricia.

PATRICIA -. ¡Pues chico!; así es la vida.

SAMUEL -. Teníamos que pensar todos lo mismo.

PATRICIA -. Ya ves que no puede ser.

No sabía si a Patricia la había molestado el decaimiento de ánimo con el que llegué a ella; pero sí sabía que eso la molestaba a mi chica, por lo tanto yo tenía que guardar las apariencias para otra vez y no demostrar todo lo que llevo adentro de mi ser.

No me había quedado bien sentado en mi sillón cuando me vino un emisario de Campamento mandado por el padre de Jana, diciéndome que unos bandidos habían secuestrado a Jana. Y como vi que Patricia me hizo señas con la mano para que fuese a comprobar dicha noticia, me levanté como movido por un resorte y no se me ocurrió otra cosa, que el ensillar a mi caballo, Javito. Me arrimé a su oreja y le hablé con todo el sentimiento que pude.

SAMUEL -. Han secuestrado al ama.

Lo primero que hizo mi caballo fue mirarme fijamente a la cara, para después dar un resuello de soplido como en señal de demostrar su queja, y así salimos los dos camino de Campamento.

Subimos el repecho de la sierra y nos presentamos, por la carretera, en casa de Jana lo antes posible. Yo no me había dado cuenta lo mucho que andaba mi caballo, ya que estaba absorto, con el pensamiento, en el secuestro de Jana.

Cuando llegué al lado del padre de ésta, me indicó que se la habían llevado vistiendo prendas que ella no se había puesto nunca; tal vez por eso había pasado el Paso del Falt sin impedimentos algunos.

Nada más que me vi fuera de las fronteras de nuestro territorio colonizado, piqué espuelas a mi caballo, viendo unas huellas en la tierra arenosa, y éste volaba, no corría; pues a penas tocaba el suelo con sus pezuñas y al cabo de un buen rato vimos una caravana de nómadas allá a lo lejos, pero por lejos que estuviesen, mi caballo se presentó allí en un rato.

Al verme salieron a uñas de dromedarios a no sé que lugar, pero lo cierto era que corrían como gamos y con todo eso, mi caballo los iba dando alcance. Yo veía que Javito comenzaba a echar espumas por la boca sin pararse ni demostrar cansancio alguno, hasta que dio alcance a los señores que huían, aparentemente, de nosotros.

Hubo sus más y sus menos, pues dando un salto me bajé de mi caballo, con gran sutileza, para irme derecho donde se encontraban aquellos señores y viendo lo que llevaban, no me pude dar cuenta si con ellos iba Jana.

Aquellos señores quisieron seguir su marcha y yo sacando una pistola los intimidé para que se quedasen quietos en dicho lugar. Era la primera vez que apuntaba a las personas con un arma de fuego y me estaba casi orinando. Aquellos señores hicieron caso a mi ruego de que se detuviesen y yo volví a dar una vuelta a sus cuatro dromedarios, sin darme cuenta muy bien a qué etnia pertenecían, ya que llevaban dromedarios y su dirección estaba clara: Pleno desierto.

Pero lo que sí me di cuenta, que una alfombra que estaba doblada se movía; allí había una persona entre dicha alfombra.

Los hice bajar la alfombra y desenvolverla cayendo al suelo el cuerpo de Jana, que iba envuelto a la alfombra.

No querían, pero aunque se debatían diciéndome que eso no podía ser, me hice con un dromedario y después de darle un poco de agua a mi caballo de aquellos señores, salimos hacia nuestro territorio colonizado, después de montar a Jana en el dromedario. Yo iba delante de Jovito sujetándole las bridas para que me siguiese, aunque no hacía falta alguna que le indicase el camino; pues aquel animal, dócil y noble, no hacía falta que le indicase yo nada, ya que nos seguía como fiel servidor de nosotros y yo al ver aquello le eché las bridas por el cuello para que fuese a su paso, ya que había dado una carrera de espanto horas antes.

Llegamos al Paso del Falt haciendo que subiesen a mi caballo a un carro que había allí mismo, para que este descansase y nosotros proseguimos nuestro camino en el coche de línea que salía de inmediato de dicha ciudad. Antes plaza militar.

Aquel día Jana me dio una buena comida y yéndonos a su Jaima permanecimos allí un buen rato, hasta que la chica salió detrás de una manta colgada allí mismo vestidas con unas gasas que invitaba al deleite carnal; pues ya sabrán ustedes, que Jana no estaba nada mal, pero que nada mal.

Se tumbó sobre la cama que había allí mismo y esperaba que sucediese algo que ella intuía o por lo menos que yo dijese algo, cosa que no sucedía: Ni lo uno ni lo otro.

Con movimientos muy femeninos me fue indicando que me aproximara a ella, y yo haciéndola caso me senté cerca, en un taburete que había al pie de la cama; pero con todo y eso, no se quedó conforme, que haciéndome gestos quería me sentase en la misma cama y allí que fui a sentarme.

Me agarró de las manos y me miraba fijamente a la cara no diciéndome nada, como no queriendo romper aquellos lazos de buena concordia entre nosotros. Hasta que por fin habló unas frases referentes, una ves más, a dejar algo en su poder.

JANA -. Hay diferentes religiones en el mundo; aunque algunas parezcan lo mismo.

SAMUEL -. A dónde quieres llegar con decirme esto.

JANA -. Vosotros os casáis de una manera y nosotros de otra; pero que se queda la persona lo mismo de casada dentro del seno de una religión o la otra.

SAMUEL -. ¡Ya!

JANA -. No digas, ya; que pareces no tomar parecer de lo que te estoy hablando.

SAMUEL -. Sí, mujer: Te estoy escuchando.

JANA -. Pues bien. Para mí nuestro matrimonio es tan legal como para vosotros el que celebráis dentro de vuestras creencias.

SAMUEL -. ¿Y qué?.

JANA -. ¿Cómo, que y qué?. Que para mí estoy casada contigo y bien casada. Y como te vas pronto a tu Nación veo que no me quedas nada para mí, que yo pueda educar y enderezar en la vida.

Al decirme aquello, se estiró más en la cama abriéndose en señal de aceptarme y yo en vez de cumplimentar sus deseos, salí corriendo de aquella Jaima, campo a través sin saber dónde iba. Mi religión no me permitía ciertos ademanes de conducta.

Nada más que llegué a la ciudad de SanSituad lo comenté con Patricia, quedándose ésta como petrificada y sin saber lo que decirme, pero al cabo de un buen rato repuso.

PATRICIA -. Para ella tú eres su marido y para ti, ¿ella no es nada tuyo?: Eso es comprensible hasta cierto punto; pues las normas y las leyes de cada uno son diferentes, se atribuyen a diferentes maneras de ser de cada uno.

SAMUEL -. ¿Qué me quieres decir con eso?.

PATRICIA -. Que si tú quieres, puedes quedarte con Jana; ya que dentro de su grupo étnico tú te encuentras casado con ella y bien casado. Y que si aparte . . .

SAMUEL -. ¿A parte de qué?.

PETRA -.Que si aparte, tú te consideras con la suficiente capacidad moral para darla un hijo a Jana: Se lo puedes dar, yo no te reprocharé nada.

SAMUEL -. ¡Vamos, que no!: ¿Qué dices, chica?.

Patricia me invitó a consultar mi problema con algún sacerdote, pero yo no quería que de aquello se enterase nadie más en mi vida. Así que no consulté a ningún sacerdote de mis inquietudes morales en aquellos días y sí lo hice con la almohada, que a base de pasar dos noches despierto, pude darme cuenta de lo que estaba haciendo con una chica y con la otra chica.

A una chica, Patricia, la quería y la tenía un respeto enorme, y a la otra chica, Jana, la respetaba solamente: ¿A qué lado tenía que caer la balanza, para que yo me diese cuenta cómo tenía que obrar con cada una de ellas?.

¡No sé!, no sé, cómo me di cuenta; pero un día oyendo una homilía, en Misa Mayor, supe cómo tenía que obrar con cada una de aquellas chicas. Pues si el hermano se había muerto y éste se tenía que casar con su cuñada, todo era parte de un ritual formado por aquellas personas; pero que a parte, dicho ritual tendría carácter religioso y efectivo, como para que se tuviese que unir en santo matrimonio dicha pareja.

Las religiones forman cuerpo jurídico del quehacer en la vidas de las personas: De eso es lo que me pude dar cuenta y de nada más, de que por fuerza moral Jana era mi mujer y ahí quedaba todo.

Salí a la calle para que mediera el aire en la cabeza, ya que la tenía como un bombo, tan cerrada como sino me permitiese pensar en nada, solamente en Jana y en Patricia.

Yo no había firmado ningún documento, pero todo era parte de un ritual religioso y me comprometía de sumo grado hacer frente a Jana en toda su vida, ya fuese juntos, como llevándola a parte en otra ciudad; era mi mujer, según dicha religión y nada más.

No me di cuenta, pero cuando recapacité dónde estaba, vi todos los campos verdes y con infinidad de laboreo echado en dicho terreno; pues en algunos había sembrados tomates, en otros pimientos, en otros pepinos y así sucesivamente. Era un todo homogéneo, hasta las plantaciones de peras y ciruelas, parecían que todo me daba la bienvenida; pues allí no había estado nunca, pareciéndome un vergel todo aquel terreno.

Una infinidad de movimientos, por parte de aquellas gentes y sobre todo cómo me daban sus saludos, si algunos parecían que inclinaban la cabeza cuando me saludaban.

Tan absorto estaba viendo todo aquel campo, que no me percaté de que detrás de mí se encontraba Helena, toda ella uniformada y con toda clase de armas ligeras encima de ella.

SAMUEL -. ¿Qué haces aquí?.

HELENA -. ¡No!; ¿quién me tienes que decir, eres tú lo que haces aquí?.

SAMUEL -. Ya ves, viendo todo este campo tan precioso y parecido a un vergel.

HELENA -. Sin protección, no debes andar solo.

Mientras decía aquello, Helena cerraba las manos en señal de querer defenderse y defenderme de algo malo, que yo no podía comprender bien de qué se trataba; por lo tanto me supuse todo lo peor, pensando en Jana si la hubiesen vuelto a raptar.

SAMUEL -. ¿Pasa algo malo?.

HELENA -. No. ¿Pero no te das cuenta, que si hubiesen logrado llevarse a Jana, tú no tendrías lugarteniente que dejar en el territorio de SanSituad una vez que nos fuésemos a la península?.

SAMUEL -. ¿Me quieres decir, que no tengo una persona de confianzas?.

HELENA -. Ni sobre todo de moderada amistad.

SAMUEL -. Ahora que no nos oye nadie. ¿Qué piensas tú de todo esto?.

HELENA -. Como estrategia militar soy un poco mediocre, por mis nervios, me ofusco enseguida. Pero como mi instinto de mujer me dice que aquí está pasando algo raro: Que Jana destituya a su lugarteniente; pues le ha nombrado hace poco, ya que su padre tiene bastante edad para llevar la administración.

SAMUEL -. ¿Qué me dices?.

HELENA -. Lo que te cuento.

Y lo que me contó Helena se lo trasmití en un verbo a Jana, quedando ésta enterada de las consecuencias de su rapto y la ruptura entre su hombre de mayor confianza, dentro del ejército formado por nosotros, de tal manera que en unos pocos días, y con gran sorpresa de nosotros, se fueron retirando de aquellas tierras todos los beréberes que se encontraban en el asentamiento.

No pude más y me fui a buscar a Jana con una sola intuición, el querer saber algo más sobre dicho asunto y ese asunto había sido, según dicha chica, que un grupo de beduinos la querían retirar de la dirección económica de la ciudad de Campamento, con una sola idea: El sacarla, inclusive, fuera del continente para que desapareciera hasta del mapa de aquellas tierras.

SAMUEL -. ¿No me digas?.

JANA -. Si, hijo; que te lo digo.

SAMUEL -. ¿Y pese a lo lejos que se encuentran dichos beduinos, han logrado llegar hasta ti?.

JANA -. Queriendo cruzar toda la nación hasta conseguir dar con el desierto.

SAMUEL -. Y por la dirección que iban no darían con pueblos importantes: ¡Ese es el asunto!.

Sí, ese era el asunto; que mientras el lugarteniente de Jana se entendía con todo el pueblo berebere, ésta permanecía impassible en su casa, sin sospechar nada de dicha trama; pero cuando destituyó al hombre de confianzas, se dio cuenta lo que pudo haber sido sino la hubiese yo alertado.

La normalidad volvió a toda la zona periférica, a toda la frontera como si hubiese habido una orden para que se retirasen todos aquellos señores a sus lugares de destino; y así me pareció a mí que había sido. Por lo tanto yo no me podía estar quieto en mi ciudad y me fui a buscar a Jana, para ver la realidad de todo lo que había pasado.

JANA -. Mas bien tendríamos que consultar con los señores del asentamiento; ya que yo no me estaba enterando de nada.

Y allí que nos fuimos los dos, Jana y yo, para hablar con los señores del asentamiento y poder contactar con la verdad; y la verdad era que se estaban preparando todos los beréberes para una completa invasión pacífica de nuestro territorio colonizado y poderse quedar en el, ya que el lugarteniente de Jana los prometía una vida placentera y confortable para sus intereses. Hubiese sido un desequilibrio económico en toda la regla, ya que SanSituad no tenía medios para abastecer a tantas personas y dar infraestructura a tanta familias a la vez.

Aquellos señores nos aconsejaron que nos quedásemos toda la noche en aquel asentamiento, que por otra parte, cada vez se parecía a una ciudad. Así lo hicimos, pero

cuando nos asignaron una Jaima, yo me quedé un poco rezagado, porque mi religión no me permitía estar sólo con una mujer en dicha tienda.

Jana me cogió de un brazo con idea de entrarme en aquella tienda para pernoctar y cuando yo estaba poniendo resistencia, me dijo algo al oído, que aquellas gentes no pudieron escuchar.

JANA -. Éstas gentes nos consideran marido y mujer. Entra y no dudes más, que me estás haciendo padecer.

Yo la estaría haciendo padecer a Jana, pero con su comportamiento, ella me estaba haciendo padecer a mí también; pues yo no estaba predispuesto a que se me siguiese considerando el marido de Jana, por muy buena persona que ésta fuese. Y como hice afán de sentarme en la puerta de aquella tienda, Jana me levantó en vilo para entrarme en aquella Jaima como si fuese un pelele.

Junto con nosotros dos entró una señora diciéndome algo que yo no podía comprender por hablarme en su lengua natal, pero que a mi simple parecer sería echándome una arenga para que me pusiera a bien con mi mujer; ya que ella creía que estaría a disgusto con Jana. Se marchó, aquella señora, para la camera que había allí dentro de la Jaima y abriéndola nos indicaba que nos acostásemos los dos, Jana y yo, en aquella especie de cama.

No hubo más remedio que acostarnos los dos, Jana y yo, en aquella cama; ya que en ese preciso momento entraron otras dos señoras en la tienda para acondicionar dicho habitáculo.

No sé qué sentí cuando estaba acostado con Jana en aquella especie de cama, que su mismo roce me producía un no sé el qué, sintiendo un placer y un deleite, a la vez, que no era capaz de moverme de allí para nada del mundo.

Salieron, sí señor; que salieron aquellas señoras quedándonos solos a Jana y a mí en la Jaima y yo no sabía como desembarazarme de aquella situación, creada por dichas señoras, al intentar acostarnos a Jana y a mí en aquella cama.

Mientras más me movía, más me rozaba con el cuerpo de Jana, no pudiendo tener voluntad propia para levantarme de allí; y como Jana no hacía por librarse de mí, que era todo lo contrario, yo tenía que poner todo el empeño por levantarme de su lado y sentarme en un taburete que había allí cerca.

Mi voluntad era poca, pero en un momento determinado pude sacar una pierna de aquella cama, para poco después sacar un brazo y así poderme apoyar en el suelo para levantarme de al lado de Jana.

Jana se me quedó mirándome con cara de sorpresa y cuando ésta se quiso incorporar la vi casi desnuda, ya que solamente tenía puesto unas sedas que apenas la cubría parte de su cuerpo.

Estaba preciosa aquella chica, pero también se encontraba excitada por el roce de mi cuerpo, pidiéndome algo con la mirada que yo no podía complacerla.

Jana se quería incorporar, pero no podía ya que me enseñaba su cuerpo en son de amor y placer: Tenía las manos apoyadas detrás de sí en el suelo, incorporado medio cuerpo; pero como pidiéndome algo que yo no podía dárselo.

La luz de aquellas mariposillas reflejaban nuestros cuerpos en las paredes de aquella Jaima como si fuesen un producto de nuestra imaginación, pero al comprobar que aquello era real, yo me asusté por partida doble; ya que aquella chica se encontraba allí mismo, delante de mí y sin ningún vestido que ponerse, ya que se lo habían llevado aquellas señoras para no sé yo el qué. Y como soy un caballero la arropé con mi

chaqueta todas sus partes pudientes: Puesto que aquellas partes púdicas me pedían algo más que yo la pudiese dar.

JANA -. ¡Vaya marido!.

Sí, vaya marido; y qué bien dicho estaba aquello, ya que yo era el verdadero marido para Jana; cosa que me produjeron aquellas palabras un desequilibrio en toda mi Alma, que yéndome hacia ella la di un beso en la frente para que se calmase su Espíritu, todo maltrecho por las circunstancias. Y las circunstancias eran que no sabía cómo salir de ellas, sin dañar la susceptibilidad de Jana.

Me quise desembarazar de aquellas circunstancias con unas palabras de confortamiento hacia Jana.

SAMUEL -. ¡Anda!, Jana. Ya hablaremos de nuestro statu social más calmado y en otra ocasión.

Pues aquello que la dije, la calmó un poco sus ánimos y como si aquello hubiese sido bastante, se tumbó en la cama tapándose con una pellica que habían quedado allí aquellas señoras.

Parecía que Jana, esperaba alguna palabra mía, algo que yo la dijera para calmar la fuerza de su amor hacia mí y aquello sobró para que su instinto de amar se viniese abajo y esperase a mejor ocasión.

Jana se sentó en el camastro para poder hablar conmigo y yo intuí que tenía que sostener una conversación con ella.

SAMUEL -. ¿Tu lugarteniente?.

JANA -. ¡AH!, sí. Se había prendado de mí y no lo pudo resistir en cuanto me hice tu mujer.

SAMUEL -. ¡Ya me parecía a mí!.

Yo me quedé pensativo un momento sin saber qué decir; pues lo que yo me había enterado era cosa de pensarlo una vez y como si me picase todo el cuerpo me rascaba mucho .

JANA -. ¿Qué te pasa?.

SAMUEL -.¿Sabes lo que te digo?. Destituye a los más conocidos de dicho señor, pues te pondré a un condiscípulo para que lleve el sistema económico y él nombrará a los suyos.

JANA -. Eso no es buena cosa. Mientras rijan una ciudad un grupo de beréberes la cosa no irá mal.

Desde luego se veían cobijados unos con otros y se sentían como respaldados, en su Nación, si veían que al frente de algún que otra estructura económico se encontraba uno de su etnia.

Tenía que hacer caso a Jana y no desplazar a muchos señores que hubiesen formado gobierno con el lugarteniente de dicha chica, y para que no dudasen de que ellos valían me llevé a dicho señor a un regimiento de la capital de SanSituad, y así le tendríamos vigilado, por si se volvía a mover en contra de nuestros intereses.

La paz y el sosiego regía en todo el territorio colonizado por nosotros, y al decir colonizado me refiero habitado por nosotros.

La voz se corrió por toda la península, de que la paz y el sosiego reinaba en nuestro territorio y así comenzaron a llegar infinidad de embarcaciones y señores que se dejaban su dinero en nuestras ciudades, pues visitaban cada una de ellas, haciendo una estancia de hasta cinco días en cada una de ellas; gustándolos mucho su concordia y su paz, para al final quedarse en la ciudad de SanSituad hasta quince días seguidos.

El casino florecía, ya que le habíamos hecho nuevo, y además le hacíamos florecer nosotros poniendo anuncios en algunos periódicos y radio de la península, estratégicamente situados, huyendo de la administración central, para que no diese mucho bombo al florecimiento económico de aquellas ciudades, dentro de nuestro territorio, no fuese a ser que por ser una pera en dulce les gustasen al gobierno de nuestra península, pues ahora sí que era un verdadero Casino. Mientras menos se enterasen, de que estábamos allí, mejor. Eran tiempos que las noticias corrían a través de la radio y el periódico, y sobretodo por epístolas oficiales; eso sí, un buen estamento social de epístola bien constituido y planificado: Por medio de los Oficios y Telégrafo.

A nuestro pequeño aeropuerto comenzaron a llegar infinidad de naves, así como también se creó algunas líneas más, uniendo la península a nuestro territorio, como algunas ciudades de aquella gran Nación.

Y como las pistas estaban cerca de la ciudad de Jorman, se habilitó dicha ciudad para acoger a infinidad de turistas y así no solamente llegaban desde la costa, que también llegaban los turistas por el aire.

Un día me vino a ver Paco con una sola idea, el querer ampliar plazas hoteleras para acoger a tanto turistas a la vez, y con lo que conlleva eso.

PACO -. Hay que edificar más hoteles.

SAMUEL -. ¿Vale la pena hacerlo: Quiero decir, que si se equilibra la balanza de los gastos que se hagan por lo que puedan quedar, de dinero, dichos turistas?.

PACO -. Se amortizará de inmediato todo el dinero que invertimos en la construcción de dichos hoteles.

SAMUEL -. ¿Pero hay algo más?.

PACO -. Necesito más ejército.

SAMUEL -. Y con ello más alumbrado y más alcantarillado; en una palabra edificar más ciudad.

PACO -. Está demandado, si hacemos más hoteles.

Se estudió las consecuencia de edificar más hoteles en Jorman y se planeó los gastos, siendo supinos dichos gastos en esa ciudad, no en cambio lo era en la ciudad de SanSituad, que a parte de tener las infraestructuras suficientes, tenía ya unos regimientos como para poder llevar en orden a toda esa masa de gentes que llegarían a nuestro territorio.

Pero para llegar a la ciudad de SanSituad, tendría que pasar, los turistas por las ciudades de Colssen y Campamento para tomar la carretera general que circundaba la sierra hasta llegar a la costa.

Aquella cadena montañosa se dividían en otra más pequeña dentro de nuestro territorio colonizado: Una la que discurría periféricamente por todo nuestro territorio colonizado y otra, que se dividían desde el Paso del Falt hasta las estribaciones de Jorman, pasando cerca de todas las ciudades de Ribera Alta, dejando un territorio llano y extenso para el cultivo y el regadío.

¿Qué hacer?, entre medio de aquella pequeña cadena montañosa, para abrir vías de servicios, una carretera que atravesando la pequeña sierra lograrse llegar hasta SanSituad ciudad.

Desistimos de dicho empeño, de construir un túnel por aquella pequeña sierra, ya que los costes de dicha perforación sobrepasaba nuestros presupuesto.

Y como pasa siempre, que la economía atrae más economía, aquello empezaba echar fruto por sí sólo. Lo único que no vi con buenos ojos, fue el retraimiento tan brusco que

tuvieron aquellos señores para seguir vendiendo el oro como siempre; ya que los turistas llegaban en busca del oro tallado por manos expertas.

No sabía yo a qué era debido aquello, de no querer seguir vendiendo el oro, o por lo menos vender menos oro, por parte de aquellas gentes: Por lo tanto me fui a la ciudad de Campamento para tomar el pulso a todo lo que estaba pasando allí. Algo se cocía en aquel tiempo dentro y fuera de nuestras fronteras y cuando llegué a casa de Jana, ya me estaba esperando ésta; pues aquellos movimientos no nos gustaban nada, pero que nada. He dicho que Jana me estaba esperando, porque se encontraba toda ella muy empecinada, con el pelo muy bien arreglado y con unas sedas, por vestido, que parecía una verdadera mujer, no una chica joven, como ella era. Ese cuerpo, sentado en un taburete de los que usaban allí, con las piernas cruzadas, hacía relevarse su figura hasta el infinito.

No me dijo nada, solamente se limitó a extenderme las manos y atraerme sobre sí, para que yo llegase a ella sin ningún impedimento en mis movimientos, y mis movimientos fueron contundentes con ella; ya que como Jana tenía bastantes fuerzas, pegué con todo mi cuerpo en el suyo: Vamos, que me caí sobre Jana todo lo largo que era, y ésta chica no hacía por quitarse de donde estaba, ni por desligarse de mi persona. Era más, que me empezó acariciar con unos gestos femeninos increíbles, sin que yo me pudiese mover de como estaba; todo tumbado sobre aquella chica.

Cuando tuve capacidad de respuesta moral, me levanté de cómo me encontraba sacudiéndome algo los pantalones por si me los había arrugados.

JANA -. Samuel, tienes que complacerme.

SAMUEL -. ¡Eso se lo dices tú a mis profesores!. ¿Haber lo que dicen?.

JANA -. Tienes que saber que os marcharéis antes que tú crees.

SAMUEL -. ¿Y eso?.

JANA -. Si me embarazases hoy, no verías nacer a tu hijo.

Pegué un salto, como si tuviese un resorte debajo, que me coloqué encima de un mueble que había allí mismo, mientras Jana permanecía mirándome sin pestañear.

SAMUEL -. Y eso: ¿Cómo lo sabes tú?.

JANA -. Está habiendo unas entrevistas con nuestros gobernantes por parte de los tuyos.

SAMUEL -. Nuestro y tuyo: ¡Ya!.

Aquello que la dije a Jana la hizo recapacitar y poniéndose bien se levantó de donde se encontraba sentada para llegar a mi lado y reteniéndome de un hombro me hizo sentarme en otro taburete.

JANA -. ¡Eso!; siéntate.

SAMUEL -. ¿Tan malo es lo que me vas a contar?.

JANA -. Peor. La cosa está casi hecha y se guarda máximo secreto; aunque yo creo que ese secreto lo saben ya todas las gentes.

Cuando salí de casa de Jana ya no fue como otras veces, que todo el mundo me saludaba y se acercaban a mí en señal de pleitesía. Esta vez los saludos no se hicieron esperar, pero yo notaba que eran saludos como si yo formase parte activa de ellos mismos, y que el ambiente estaba un tanto enrarecido por los chismes que circulaban de boca en boca entre aquellos señores.

Sí se alegraban verme aquellas gentes, pero en la risa de sus caras me decían que estaban esperando algo más que un saludo cordial; era más bien como si esperasen un tiempo en el que la economía la llevasen ellos solos: Como si esperasen mejores acontecimientos para todos ellos.

Tal vez, ellos, creían que yo estaba involucrado en aquellas charlas, en aquel ir y venir de nuestros gobernantes con los suyos y que yo era gustoso de que pasasen tales eventos, favorables para sus intereses, ya que era el hombre de Jana; sí, su marido.

Ahora, lo que tenía yo que saber era: Si la península me consideraba así; gustoso en que aquello terminase de una vez. Por lo tanto no tenía que abrir mi boca para nada, ni decir a nadie nada que no hubiese pensado de antemano; ya que todo obraba en contra o a favor mío.

Me anunciaron de que en el asentamiento, cerca de nuestra frontera, se volvían a reunir los beréberes; todavía no había un grupo lo bastante definido como para que los tuviésemos que intimidar para su huida. Aquello quería decir algo; una vez más sentían aquellos hombres cerca el poderse gestionar solos por sí mismos.

El enfrentamiento personal se daba cada dos por tres, y hasta a nuestros generales los aconsejaban irse de su Nación lo antes posible. Y hasta hubo un pequeño sabotaje en la presa y eso era ya grave; pues la rotura de la presa repercutiría en el físico de aquellos hombres, no solamente en los bienes obtenido al amparo de la misma.

Se redobló la guardia dentro del territorio colonizado por nosotros y hasta se logró entrar en el ejército a muchos de sus hombres, para que el día de mañana pudiesen regir el orden dentro de aquel territorio, hasta que su gobierno tomase carta activa en aquellos lugares.

No tardó en tomar una pequeña dirección el gobierno de dicha Nación; pues nos nombró una especie de delegado que hacía las funciones de comisario entre nuestra manera de llevar a buen término a dicho territorio y el gobierno de esa gran Nación. Y así vimos rehacer nuevos cargos al amparo del señor comisario, teniendo que cederlos un edificio para su nueva gestión.

Aquello ya estaba hecho, era cosa de pocos días o de pocos meses, la realidad era que logramos aprobar todos el sexto y reválida, para pasar al Preuniversitario.

Las chicas eran personas espigadas, como se suele decir vulgarmente, y nosotros éramos ya unos hombrezotes de pelo en pecho, afeitábamos barba y se nos miraba con respeto. ¡En fin!; que éramos ya un verdadero ejército de pelo en pecho, a pique de dejar aquel territorio en breve.

No sabía cuanto tiempo estaríamos allí, pero nosotros seguíamos gestionando aquellas tierras como si nos fuésemos a quedar para siempre en ellas: Con las mismas ilusiones y las mismas ganas que hasta ahora lo habíamos hecho. Así, que aquel territorio estaba siendo floreciente en su economía y en su bienestar social, pese a que aquellos hombres no diesen su brazo a torcer, guardando su oro y no poniéndolo en venta de los turistas; parecía como si hubiesen recibido alguna consigna por parte de alguien para que hiciesen caso omiso a nuestras llamadas y expusieran su oro labrados por ellos a la venta en dicho territorio, que tanto bien económico hubo repercutido en su día.

Sin ese oro, la economía iba para adelante; pero nos estaba constando mucho el arrancar a volar solos, sin la ayuda que nos reportaba el oro de los beréberes, que a parte no sabíamos de dónde lo sacaban.

Nuestras sospechas se hicieron patentes, cuando de vez en cuando se veían grupos de beduinos llegar a nuestra frontera, pese a que el desierto estaba a bastantes cientos de kilómetros de nuestro territorio, pero como pudimos darnos cuenta; esos grupos no iban con el interés de quedarse allí, no sabiendo nosotros qué consecuencia traería dichas idas y venidas de aquellos no menos nómadas del desierto.

No pude quedarme quieto y me fui a Campamento para tomar el pulso de la presencia de aquellos beduinos, ya que esa llegada a dicho lugar sería para algo y no muy bueno para nosotros.

Cuando me vio aparecer por allí Jana, sospechó las causas que me llevaban allí, y con mucho sosiego me confortó.

JANA -. No te impacientes, que estas idas y venidas de beduinos es cosa de quererse relacionar entre sí, antes que gestione su gobierno la dirección de dicha Nación.

SAMUEL -. ¿Entonces es cosa de su gobierno?.

JANA -. Sí, de nuestro gobierno.

Pude darme cuenta, en la afirmación que me hizo Jana, que ella subsistiría dentro del gobierno, que se formase, de su gran Nación; pues permanecería impasible en dicho territorio a los avatares de los movimientos políticos de los tiempos venideros. Cosa que me gustó mucho, por saber que aquel territorio no se iría a desmembrar una vez que faltásemos nosotros.

Teníamos cogida la sartén por el mango; pues la graduación más elevada la teníamos nosotros, pero eso sí; con un cierto instinto de supervivencia que nos decía no descuidarnos de nada. Y así era, que nada más que nos descuidábamos, nos la pegaban, nos la formaban a su manera.

Y como yo no me encontraba tranquilo al saber que en el asentamiento se estaban concentrando, otra vez, grupos de beréberes con no sé que instinto, o con no sé qué intereses para su causa, me fui con Jana al asentamiento y al pasar por el Paso del Falt pude ver los ánimos muy exaltados de aquellos compatriotas de esa gran nación.

Jana nada más que llegó a dicho asentamiento se entrevistó con el jefe de aquellas Jaimas, ya convertidas, algunas, en casa de adobes y al saber los beréberes que Jana estaba allí, se formó una buena.

SAMUEL -. ¿Jana?.

JANA -. No sé, hijo. Me han elegido a mí como guía económico y espiritual de este pueblo y nada más.

Yo creía a pie puntilla a Jana, que ella no había hecho nada por que la eligiesen a ella como jefe de todo su grupo y posteriormente elegirla como jefe de aquel terreno económicamente boyante, una vez que nosotros nos fuésemos de allí.

No sabía yo hasta qué punto podía parar aquellos hombres tan exaltados por los valores de su gran Nación; pues Jana no hacía nada para que la viesen como guía y mucho menos como para llevar las riendas de la dirección gubernamental de aquel territorio. Pues el terreno ocupado por nosotros y repoblado, se convertiría en territorio nada más que se empezasen a gobernar ellos solos. Sería un enclave dentro de dicha Nación; pues seguro que tendría el suficiente peso como para que le tuviesen en cuenta.

Pero de momento el peso lo teníamos nosotros con permanecer allí impasibles, como si nada pasase y como si nada fuese en contra de nosotros, al creernos irremplazables ante todos aquellos ánimos exaltados por la fe de sus compatriotas.

Sí, porque una mañana y cuando yo estaba dando un paseo por las tierras de Ribera, vi llegar a Helena, que también estaba dando un paseo sin haberme visto a mí, saliendo un grupo de beréberes al encuentro de dicha chica y eso que eran de los que cultivaban las tierras, habitando aquellas tierras hacían ya bastantes años, casi agrediendo aquella chica y sino hubiese sido por que yo llegué a tiempo al lado de Helena, ésta se hubiese tenido que enfrentar a dicho grupo salvaguardando su estado físico.

Cuando llegué donde se encontraba Helena, ésta estaba muy azarada; como si su dignidad estuviese entredicho. Y máxime cuando vio que a mí sí me hacían caso y sobretodo, un caso estricto.

HELENA -. ¿Por qué a ti sí y a mí no?.

Era lo único que se la ocurrió decir a Helena y sobre todo delante de aquellos beréberes, y yo haciéndola un gesto con las manos, de que no sabía el por qué de aquella obediencia a mi persona, las abría y las cerraba ininterrumpidamente, enseñando de vez en cuando las palmas de las manos, alejándolas unas veces y acercándolas otras. Pero el signo más importante que trasmití a Helena fue con mi cara, poniendo una faz de extrañeza supina.

Nos fuimos los dos hacia la ciudad de SanSituad sin separarnos el uno del otro, y de vez en cuando, al acercarse uno de aquellos hombres la hacían gestos como de desagrado y de que quería se marchase a su Nación, o sea a la península.

Se veía claro el desenlace que iba a tener de un momento a otro aquellas tierras, tan cultivadas y productivas por medio de aquellos señores, pero mientras estuviésemos allí, había que llevar el destino de aquel territorio con toda la dignidad del Mundo. Y para ello doblamos los esfuerzos en el buen quehacer y redoblamos la guardia para llevar con más calma aquel terreno colonizado por nosotros.

Se me anunció de que Jana se encontraba indispueta y cuando llegué a su lado la vi un tanto decaída, llevándomela a la ciudad de SanSituad para que la viesen unos doctores, duchos en dichos menesteres. Aquella chica tenía infección en la orina, produciéndola un picor y unos dolores en sus partes bajas que no podía estarse quieta. Se tocaba mucho a dichas partes, y menos mal que ingresándola en una clínica se pudo librar del mal que la aquejaba.

¡Ay, ay, ay!; cuando llegué a casa; pues ya me estaba esperando Patricia en ella para en son de paz echarme una reprimenda por las atenciones prestadas a Jana: Que si yo la prefería a ella me podía quedar a su lado, pues no estuviese anidando en dos árboles a la vez. Y eso que me dijo, que era en son de paz; pues si llega a ser para formar trifulca, no sé qué hubiese sido.

Yo no la contesté nada, no la quería contestar y eso la hizo que se sobresaltase y todo su cuerpo fuese un manojito de nervios, prosiguiendo ella sola con la platica de aquella verborrea malsonante para mis oídos.

PATRICIA -. ¿Me oyes?. ¿Es que no me oyes?.

Yo permanecía sin querer decir nada al respecto; pues aquello estaba de menos, el que yo cortejase a Jana, era más bien el prestarla auxilio en su enfermedad y como no quería ser grosero con Patricia me atreví a contestar unas palabras al respecto.

SAMUEL -. Mujer; te estás confundiendo.

¡Para qué la dije eso!, si fue todavía peor el calmarla que el callar a lo que me estaba diciendo. Si pegaba patadas al suelo y puñetazos en la mesa, como si estuviese desesperada.

PATRICIA -. ¡Yo confundirme!: ¿Dime sino es así?.

SAMUEL -. Para nada.

PATRICIA -. ¡Bueno!; esto está bueno. ¿Que me mientas así . . . ?.

Y dando un portazo desapareció su graciosa figura yéndose para no sé yo dónde.

Como era hora de la meriendo y como Patricia no acudía a casa, yo me estaba poniendo totalmente nervioso, avisando a Daniel y a Helena para ver si se encontraba con ellos.

No, con mis dos generales no se encontraba Patricia y ya eran horas avanzadas de la tarde y allí que no llegaba dicha chica para nada.

Daniel y Helena acudieron a casa con un manojo de nervios, cada uno, dentro de su cuerpo y predispuesto para ir en busca de mi chica.

Con un grupo de soldados, entre condiscípulos y beréberes , nos lanzamos en busca de Patricia por toda la Región de Ribera, no dando con ella para nada; ya que levantamos hasta las piedras no encontrando a mi chica, al tiempo que me estaba yo poniendo, también, nervioso perdido.

Se telegrafió al Paso del Falt y al fuerte, dos enclaves posicionales; uno al oriente del territorio y otra al occidente del mismo.

SAMUEL -. ¿Y la emisora?.

HELENA -. ¡Pues claro!.

Se dio cuenta por la emisora de tal manera que pareciese que se la buscaba por razones administrativa, para no alertar a todos los habitantes del territorio colonizado por nosotros. No teniendo respuesta por parte de ninguna persona, ya que nadie la había visto en aquel día de desgracia para mí, poniéndome todavía más nervioso; hasta que un pastor, sí un pastor de los que llegaban a la charca para que abrevasen sus ganados, creyó ver algo así como a unos alpinistas que con grandes esfuerzos querían sobrepasar la parte de la sierra más alta, o sea; para salir fuera de nuestro territorio.

Un grupo de ejército se dirigió directamente hacia la sierra detrás de aquellos señores y dos unidades nos dirigimos, a través del paso del fortín por la parte más occidental de la periferia de nuestro territorio.

Dio la causalidad de que dos de los camiones que portaban al personal se averiaron al pasar aquel fortín, taponando dicho paso a los demás convoyes de las dos unidades. Y cuando logramos arreglar sus averías, vimos que era ya tarde; pues tal vez aquellos señores hubiesen logrado sobrepasar la sierra al otro lado de nuestra frontera.

www.sixtosanz.com

Pero cuando llegamos al declive, por donde tendrían que bajar dichos señores, vimos hondear un banderín de la tercera compañía, ordenando yo que subiesen dichas estribaciones en forma de cuña, por si acaso fuese un señuelo y nos estuviesen confundiendo; pero no, no nos estábamos confundiendo, que apresando aquellos señores se encontraba parte de la tercera compañía y con dicho grupo al general Helena, poniéndolos firmes a dichos señores, pues el que se movía le repartía alguna que otra bendición dicha chica. El grupo que había subido persiguiendo a dichos señores a través de la sierra. Y daba la casualidad que la tercera compañía era la de Helena, pero allí no había rastro de Patricia, diciéndonos dichos señores que estaban haciendo deporte escalando dicha sierra.

Aquello no había quien se lo creyera, y desandando lo andado y después de muchas vicisitudes se encontró al general Patricia atada a una retama y como sedada. Eso era el deporte que estaban haciendo dichos señores, el llevarse a Patricia fuera de nuestros dominios, con idea de desequilibrar nuestra manera de administrar económicamente a dicho territorio. Pues nuestra dirección era más bien económica que otra cosa, ya que nosotros no entendíamos tener un concepto para pensar con un sistema de dirección ideológica.

Desde ese día pensamos y pensamos bien ir en grupo a todas las partes que nuestro deber nos llamase y la primera llamada que se me hizo a través de mi deber, fue el ir rápidamente a la ciudad de Campamento por no sé qué motivo, pero cuando llegué allí, ya me estaba esperando Jana con un mal recado.

Pero como me había acompañado Patricia, Jana hizo un gesto como de desánimo; por no verme llegar solo a su lado. Pero al momento se repuso para participarme una noticia algo desagradable.

SAMUEL -. ¿Tú dirás?.

JANA -. Los grupos de comerciantes, se han lesionado todo el asentamiento.

Yo me eché para atrás, por pensar en la capacidad que tenía aquella noticia; pues sin dicho asentamiento, nos veríamos imposibilitados para contener el avance de aquellos beréberes.

SAMUEL -. ¿Y los señores que dirigían a dicho asentamiento, para nuestros intereses?.

JANA -. Tratando de su patria, ahí no hay intereses algunos.

Qué verdad tenía Jana, que aquellos señores no veían otros intereses mas que su Nación y con ella la hora de que nos fuésemos de sus tierras.

Pero como no nos hacíamos más que mirar Jana y yo, Patricia, en un alarde de cinismo reprochó algo que yo no esperaba de ella.

PATRICIA -. Podemos ir los tres a parlamentar con sus dirigentes.

SAMUEL -. ¿No has pensado nada más?.

PATRICIA -. ¡No, hijo!. Sé cuando se mira y cuando no se mira; y entre esas miradas había un cornetín tocando.

JANA -. Gracias Patricia, por pensar así: No te confundes al haberlo hecho.

Y en unos momentos nos pusimos en marcha hacia el Paso del Falt con un grupo de discípulos y otro de beréberes afines a nuestros intereses, para hablar con aquellos señores que tan déspotamente se habían desligado de nosotros, dando su confianzas al grupo nómada, que ya no era tanto nómada; pues habían dejado su comercio para emplearse en la agricultura.

Cuando estábamos en el Paso del Falt nos salieron al encuentro unos discípulos alertándonos del peligro que teníamos si seguíamos con las intenciones de visitar el enclave de aquellos señores. Pero con todo y ello decidimos seguir hacia delante con

nuestra tarea y proseguir nuestro camino hasta llegar a dicho enclave para entrevistarnos con los moradores de dicho lugar.

Se veían algunos movimientos un poco raros cuando íbamos aproximándonos a las inmediaciones de aquellas Jaimas y casas de adobes, que por poco nos abortan la idea de seguir adelante con nuestro proyecto; el hablar con aquellos señores. Y ya, cuando faltaba bien poco para llegar a dicho enclave, nos salieron al paso gentes conocidas por nosotros, que al principio no nos habían conocidos por ir vestidos iguales que ellos. Yo me dirigía por la parte más occidental, mientras que el otro grupo se dirigía, hacia ellos, por la parte más oriental de aquel sitio ocupado por los disidentes de nuestro territorio colonizado.

Aquellas personas nos alertaron de un posible fallo por parte de nosotros; ya que aquellos señores no querían saber nada de nosotros y menos si íbamos con la idea de seguir en sus tierras, en las tierras de su gran Nación.

Como no nos creímos que la situación estuviese de tal manera como nos la contaban, llegamos a las primeras casas haciéndonos un paso todos los moradores de las mismas, para en un tiempo determinado tener a toda aquella gente del asentamiento detrás de nosotros, como escoltándonos hasta la casa donde vivía el cabecilla de aquella disidencia.

¡OH, la, la!; si parecía que los ánimos en aquellos señores eran cosa dada y por supuesto poco tiempo se amoldarían a permanecer en dicho lugar, ya que sólo faltaba una voz en lontananza que diese la orden de ocupar nuestro terreno colonizado.

Fuimos entrados en dicha casa, donde vivía el cabecilla de aquellos señores, pero por poco tiempo; ya que al cabo de cinco minutos y sin haber podido hablar con dicho señor, nos condujeron a otra casa, no menos confortable: Era una pieza rectangular, casi

medio derrumbada. Y al poco tiempo de estar allí, se abrió la puerta con un grandioso estropicio, pues fue echada abajo sin contemplaciones algunas, presentándose en aquel receptáculo los señores que teníamos antes para que nos informasen y tuviesen cuidado de dicho terreno.

Como la mitad de los moradores de aquel asentamiento no permanecieron conformes quedándose aislados, sin ninguna clase de víveres y de comercio, volvieron a sentar las bases para proseguir nuestras buenas relaciones, llevándonos al autobús, que permanecía allí un día, casi destartalado, le habían quitado la mitad de los asientos, sirviéndoles como de apoyo en el suelo aquellos señores. No obstante el autobús, cuando arrancó, arrancó lleno, no pudiendo echar los pies en el suelo de dicho autobús por estar repleto de aves y de productos de pieles para su posible venta en el territorio de SanSituad.

Parecía que la situación en el enclave volvía a estabilizarse; ya que cuando volvió a llegar dicho autobús al Paso del Falt, llegaba lavado y con todos sus asientos puestos en su sitio.

Pero no obstante la situación estaba muy tensa, ya que aquellos hombres no acataban más dirección que la suyas; la que les diesen sus diligentes.

El comercio siguió y siguió la vida tal y como estaba otras veces, sin contratiempo; parecía que se habían calmado aquellos hombres y permanecían en un estado latente.

DANIEL -. Menos mal que se han calmado los ánimos de éstos señores.

SAMUEL -. Los tienen ocultos, aparentemente se los han calmado a dichos señores los ánimos.

PATRICIA -. ¿Y eso?.

SAMUEL -. Algo me dice, que esperan a mejores tiempos y a mejores acontecimientos, que los presentados por nosotros.

Nos miramos unos a los otros como sospechando que eso que dije yo fuese verdad, y para no agobiarnos proseguimos hablando de potenciar el puerto; sobre todo el espolón, para que atracasen más buques de mercancías. Y con aquello creíamos que todo estaba resuelto y en parte no nos confundíamos, pues si permanecían en nuestro territorio la mayoría de las personas de la península y de otros territorios lejanos al nuestro, era difícil pleitear con nosotros.

¿De dónde y por dónde, saldríamos victoriosos de aquel encuentro con los beréberes?; súbditos de aquel gobierno que se estaba formando en aquella gran Nación. Si por otra parte, cuando fuimos al asentamiento se veían, de trecho en trecho, grupos de beduinos en espera de algo importante para ellos. Por más que pensábamos, menos veíamos el cabo de aquella madeja, formada al son de que la península dejaba el protectorado en breve.

No sabía como me las apañaba para estar metido, siempre, en líos; y esta vez no era cosa pasajera, que las lesiones las sufrió Jana en su cuerpo al querer abusar un berebere de ella, al que le gustaba mucho dicha chica.

Como se me indicó en Campamento, era yo el que tenía que remediar aquella ofensa hecha a Jana y para ello debía batirme con aquel hombre, cosa que yo no lo veía tan claro como lo estaban viendo las gentes de aquella ciudad.

Se me indicó que retase aquel hombre para un duelo a sangre y sin demorar el tiempo para ello; pero cuando fui hacerlo, aquel hombre había desaparecido de la faz de la tierra: No había manera de encontrarlo, ni nadie daba paradero de dónde podría estar dicho hombre. Así que me marché a la provincia de Ribera, sin poder retar al que se

sobrepasó con Jana, que mostraba en sus muslos unos hematomas monumentales, pero sin poder haber hecho nada más aquel hombre con la chica: Aunque lo intentó sin conseguirlo.

Cuando llegué a la ciudad de SanSituad me estaba esperando Patricia con cara de desengaño; pues ya la habían contado lo que me pasaba con Jana, que por poco la hubiésemos liado.

Pero nada más que dejé a Patricia, me estaba esperando Helena en las dependencias de las Cortes para darme una noticia, un poco desagradable

HELENA -. No te preocupes.

SAMUEL -. ¿De qué, no me tengo que preocupar?.

HELENA -. De ése hombre.

SAMUEL -. ¿Tú qué sabes?.

HELENA -. ¡Hombre!. Si por poco le traigo detenido dándole cogotazos desde Campamento hasta ésta ciudad.

SAMUEL -. Me has delimitado en mi hombría.

Helena se limitó hacer un gesto con las manos y el antebrazo, cosa suya, como que no tenía interés alguno lo que ella había hecho. Y claro que sí tenía su interés; pues yo me veía mermado en mi capacidad de hombre, al no poder resarcir la honra de Jana en el acto cometido hacia su persona por otro hombre. Un acto insultante para su honra y su dignidad de aquella chica, tan modosita y tan esmerada a la vez.

Como aquello no lo sabía nadie, así quedó por los tiempos; que nadie volvió a saber nada de aquel hombre, ya que Helena se esmeró para que desapareciese a cientos de kilómetros de nuestro territorio ocupado y en toda aquella frontera.

Yo ya sospechaba si aquella chica, Helena, fuese una mujer o estuviese disfrazada de lo mismo; ya que no paraba en rama verde, lo mismo hacía a un roto como a un descosido, y me explico: Un día que salí con mi caballo, Jovito, me pude dar cuenta de que en un lateral del camino por donde yo dirigía a mi montura, estaba Helena atareada con tres beréberes dándolos sendos puñetazos en la cabeza, huyendo éstos, no sin antes pronunciar algunas palabras de reclamo a la providencia: Está loca, está loca . . .

Pero me di cuenta, que todo mal viniese por ahí; ya que nos hacia falta más personas como Helena, aunque la dignidad cristiana brillaba por su ausencia en aquellos actos cometidos por dicha chica. Por lo tanto me atreví a decirle algunas palabras al respecto.

SAMUEL -. Donde las dan, las toman.

HELENA -. Las profesoras no tienen que saber nada de esto.

SAMUEL -. Con que lo sepa uno, vale.

HELENA -. El Altísimo perdona siempre.

SAMUEL -. Si hay arrepentimiento. Pero no de donde las dan las toman.

HELENA -. En este caso, no voy a poner la otra mejilla para que me la partan.

SAMUEL -. Son las enseñanzas de Cristo.

Una vez más hizo otro gesto de poco apego, marchándose deprisa a su casa según pude ver, por el camino que tomó dicha chica; que lo resolvía todo a palos.

Y como el curso se encontraba en su ecuador, nos reunimos todos los generales, una vez que nuestros profesores nos anunciaron que para examinarse de él, tendríamos que hacerlo en alguna facultad donde estuviésemos matriculados en la península.

SAMUEL -. ¿Os creo enterados del dicho que corre?.

DANIEL -. Todos a la vez no nos podemos marchar a la península para examinarnos.

SAMUEL -. Hay que rezar para que nos examinen por orden alfabético y así poder venir en el mismo día.

PACO -. ¿A nado?.

SAMUEL -. No. Arriban embarcaciones que parecen verdaderos buques a nuestras costas, y por suerte tenemos buenas relaciones con esos señores.

HELENA -. ¡UF!, favores.

Pues sí, sí teníamos que pedir ese favor, se pediría y nada más; mejor era deber un favor a dichos señores que no perder toda la plaza por falta de asistencia.

Pero antes teníamos que acometer la extensión de la línea eléctrica hasta el asentamiento, en donde las tiendas de campañas se estaban sustituyendo por habitáculos hechos de adobes y cuando no de tapias, siendo un verdadero pueblo aquel asentamiento, que se formó en su tiempo.

Aquel lugar parecía otra cosa, pues había luces de trecho en trecho en todas las calles del asentamiento y hasta algún que otro comercio vendiendo algo necesario para los habitantes de aquella población.

Una vez que se había terminado el montaje de la red eléctrica me fui a dicho sitio para ver cómo brillaban las luces en aquel asentamiento, hecho villa de una vez, y créanme que parecía otro aquel asentamiento; era ya una perfecta urbe urbana a costa de nosotros. Los ¡hurras! y los ¡vivas!, se precedían sin forma alguna a una buena concordia hacia nuestra administración económica; ya que era lo que estaban esperando los habitantes de aquella villa: Que les planificásemos todo su entorno social para su buena convivencia.

Hubo una cosa que me gustó mucho en aquel entonces, por los hechos acaecidos de llevar la luz a dicho lugar y era, que las gentes hablaban mucho de Rosa Fort como

buena interlocutora, alguna vez que no pudiese ir Jana a ellos. Eso me gustó mucho, sí señor; pero que eso me gustó mucho, al considerar a Patricia aquellas gentes como una persona seria y digna para creerse todo lo que ella dijese. ¡Pues sí señor!; que Patricia, o lo que es lo mismo, Rosa Fort como ellos la llamaban, se consideraba una buena interlocutora legal ante sus intereses.

No hubo más remedio que mandar a Patricia al asentamiento para que tomase el pulso aquellos señores, y el pulso fue bien tomado; que escuchándola todos ellos la hacían caso sumiso a lo que ella decía, pues su palabra para ellos era de Ley.

¡Valla, valla, valla!; dos chicas a la vez y llevándose bien: ¿Quién lo iba a decir?, si como la misma vida enseña se llevan algunas como el gato y el perro. Pero no, que se llevaban muy bien entre las dos.

Y yo, mientras, estaba engordando al ver a las dos chicas que daban confianzas a dichas etnias sociales. Las dos tenían esa tranquilidad en su Alma, que daba confianzas al interlocutor para saber que estaban diciendo la verdad, y por otra parte tenían ese pose de saber estar y de quietud, con una respiración acompasada con sus movimientos, tan femeninos, que no sabía yo quien de las dos lo hacía mejor. La mirada era dulce y deliciosa, como para no querer engañar a nadie, se posaba sus vistas en la persona que tenían enfrente como si fuesen un bálsamo de quietud y de esperanzas para todas las gentes. ¡En fin!; que me sentía confortable por aquellas dos chicas, que no sabía yo dónde tenía que dar las gracias por eso, si en la Iglesia o rezar por ello.

Tan confortable me sentía, que se me veía a la legua; así que un día se me acercó mi profesor espiritual, diciéndome: Que como yo era creyente, cristiano y ejercía como tal, tendría que saber lo más imprescindible de las relaciones sociales entre las personas y que para ello tenía que saber una cosa; que era el darme cuenta que no hay matrimonio

entre nosotros como no sea por medio de la Santa Madre Iglesia, y que lo demás sería causa de otras ideologías no regladas por la cúpula del Vaticano. En fin, que era la jerarquía de la Iglesia la que decía qué era matrimonio o era un convenio social entre dos personas de distinto género.

Todo eso me informó mi consejero espiritual, en aquel día que me encontré con él y como acatando sus enseñanzas me atreví a preguntarles por las causas de aquel matrimonio formado por nosotros dos, Jana y yo; diciéndome éste, que para aquellas gentes sería matrimonio, pero para los creyentes en Cristo no era mas que otra manera de ser, de vivir entre dos persona, un tratado social y nada más. No obstante, me indicó aquel profesor, que la propusiera casarme dentro de la Iglesia y que si accedía a ello, era causa de que me quería.

No estaba yo de acuerdo, que me quisiera solamente por que accediera a casarse conmigo dentro de la Madre Iglesia; pues Jana me había dado pruebas confesas de que me quería muchas veces.

Pero como me quedó esa piquilla dentro de mi ser, me fui a Campamento con la sola idea de saber la pura realidad de todo aquello, no diciendo nada a Patricia.

JANA -. Tú vienes por alguna cosa extraordinaria.

SAMUEL -. ¡Y tan extraordinaria!

Y al invitarme Jana que dijese las causas que me traían a ella, la propuse el casarnos por la Iglesia si ella era partidaria de seguir con su amor por mi persona y si seguía con las ilusiones de tener parte de mí, una vez que nos fuésemos de dicho territorio.

Asustado, bastante asustado me quedé cuando Jana me dijo que ella no podía casarse dentro de la Iglesia que yo participaba; pues eso sería tanto como renegar de la suya, al igual que yo tendría que hacerlo también si admitía nuestro matrimonio en sus rituales:

Pero si eso me quedaba satisfecho, haría todo lo que yo la propusiese para reforzar los lazos matrimoniales, que habíamos adquirido en aquella noche, dentro de la Jaima.

Asustado, todo asustado intenté salir de su casa sin despedirme de ella; pero recapacité y volviéndome para mirarla la dije una cosa que la quedó totalmente desconcertada.

SAMUEL -. No he consultado con Patricia.

Pero su respuesta fue impecable, ya que con gran entereza me decía con palabras, que me calmaba, algo que yo no sabía cómo responder.

JANA -. Yo se lo diré. Hablaré con ella.

No sabía para donde salir corriendo, si para la calle o para la carretera que me llevase al Paso del Falt cuanto antes. Estaba metido en algo fuerte para mi persona, estaba involucrado en un litigio entre dos damas y no sabía cómo iba a salir victorioso de ello.

Así que llegué medio asustado a la ciudad de SanSituad y sin querer hablar nada con nadie, para que no me viesen mi estado anímico totalmente decaído por los avatares de la suerte. La maldita suerte de tener a dos chicas a la vez, y no saber a lo que me tenía que ajustar en cuanto a mis condiciones sociales y religiosas.

Pero no sabía yo que en ese preciso momento me estaban esperando en Parlamento mis dos generales, Daniel y Paco, con la idea de hablarme de dichas chicas.

SAMUEL -. ¡Qué sorpresa!

DANIEL -. Más sorpresa te quedará en tu Alma cuando te contemos para qué estamos aquí.

SAMUEL -. Vosotros diréis.

Y una vez que nos pusimos cómodos, en nuestros asientos, comenzaron la plática de que aquellas chicas las convenían unas buenas relaciones entre ellas; ya que eran ellas las que mandaban allí, y cuando oí yo eso; de que eran ellas las que mandaban en dicho

territorio, me levanté como asustado y con ganas de demostrarles a los dos, que allí mandaba yo y nada más.

SAMUEL -. Ellas llevarán, de aquí en adelante las relaciones públicas entre nuestro interlocutores; pero de eso a que manden ellas, va un trecho.

DANIEL -. Tal vez nos hemos expresado mal. Ellas no mandan, eres tú el que llevas las riendas de la administración territorial en este territorio ocupado por nosotros; pero tenemos que ponerlas al frente de las relaciones entre esos señores y nosotros.

SAMUEL -. Esos señores son los beréberes y algunos que otros beduinos, sin menoscabo a que nosotros podamos contratar con ellos partes de nuestra administraciones, regionales o locales.

Mientras decía aquello miraba a Paco que permanecía con la vista en el suelo y más colorado que un pimiento morrón, al darse cuenta que yo sabía de algunas concesiones que había hecho a los ganaderos para que respetasen a los agricultores, siendo no apropiadas para los intereses de aquel territorio. Así como, de vez en cuando, la apertura del fortín, si no; de dónde iban a entrar algunos beduinos para abreviar su ganado en aquella balsa de agua formada en sus dependencias administrativas. Pero como no quería echar más leña al fuego, hice como que aquella reunión, imprevisible, se había terminado. Cosa que Paco agradeció con los gestos de la cara, al darme las gracias por no decir nada, al respecto, a parte de otros generales.

Aquel año fue una navidad un poco triste para nosotros, pues nos veíamos fuera de dicho territorio en poco tiempo y por otra parte teníamos la alegría de volver con nuestros padres a nuestros respectivos pueblos. Volveríamos otra vez a nuestra vida normal, cuando creíamos que estaríamos allí, en dicho territorio unos cuantos años más.

Pero no obstante volvían a llevar camisetas al niño que se encontraba en el portal, las

canciones de algunos cantaores flamencos, mirando las estrellas que estaban en el Cielo, como relucían y cómo iban los pastores a velar al niño que se encontraba en el pesebre.

Sí, era como otros tantos años más en navidad; pero nosotros sabíamos ya, que nos quedaban pocas fechas para celebrar en aquel territorio la venida del niño Jesús.

Y quien me vino fue Patricia comentándome algo que yo esperaba, en son de paz y de grandeza de espíritu; pues no sabía yo cómo tenía ésta chica tanta bondad en su Alma metida, que daba y retenía para ella.

PATRICIA -. ¿Supongo que sabrás para lo que vengo?.

SAMUEL -. Supones bien.

PATRICIA -. ¡Bien!; pues yo estoy dispuesta a ceder en todo si es tu gusto, el casarte con Jana. Pese a lo mucho que te quiero, sacrificaré mi vida por tu bienestar social.

Aquellas palabras me dolieron mucho, fueron como si me cayera un jarro de agua fría en la cabeza, no pudiendo soportar, por más tiempo, ver a Patricia sufrir por mí, yéndome a su lado para consolarla.

SAMUEL -. ¿Quién te ha dicho a ti que te voy a dejar?.

PATRICIA -. ¡Hombre!: Si te casas con Jana, creo que te dedicarás a ella, no a otra mujer.

La cogí de las manos atrayéndola hacia mí, para mas tarde rodearla con los brazos su cintura y tomando fuerzas de flaqueza decirla algo al oído, para que se calmasen todas sus penas.

SAMUEL -. Tú para mí eres Patricia, no Rosa Fort. Rosa Fort serás para los aborígenes, no para mis sentimientos; estos sentimientos que tengo yo contigo.

PATRICIA -. ¿De verdad?.

No la contesté con palabras, solo me limité afirmar con la cabeza aquello que yo la había dicho, quedándose más tranquila la chica, al ver firme los sentimientos que tenía yo para ella.

Sin hablarnos ninguna palabra más, se fue Patricia de mi lado, poco a poco, sin querer darme la espalda y mirándome con los ojos puestos en mi persona, fijamente; como si me quisiera besar con ellos.

Yo, por mi parte, también la transmitía algo con la vista, un algo que era el beneplácito de haberme quedado satisfecho con lo que habíamos hablado y como queriendo transmitirla, yo también, un algo de amor y de paz a su estado desanimado que llevaba la chica.

¡Qué camino!, Dios mío; pero qué camino veía yo en aquella encrucijada de dos amores, como la que estaba teniendo en aquellos días. No podía desojar la margarita; pues aquello era cosa más sería de lo que se creía, no era para echarlo a suerte: El que si yo me iba con una o con otra, no; no era para eso, desde luego que no.

Mi asesor espiritual, sí mi confesor, me diría cual era el camino que podría escoger para tener mi Espíritu en paz y en gracia de Dios; y vaya que si me lo dijo.

SAMUEL -. ¡Padre!

SACERDOTE -.No te atormentes, hijo, y acuérdate de la Cruz: “Hijo ahí tienes a tu madre”.

No quería contradecir aquel cura, pero yo sentía que lo que tenía era otra cosa; no un apoyo de alguien para que me sirviese a llevar mi vida con mayor o menor agrado o con mayor o menor acierto para mis intereses personales.

SAMUEL -. Lo que yo creo tener, es un agobio en mi Alma que me atormenta todo mi ser por completo.

Y diciendo esto, me levanté y pidiendo permiso para marcharme de allí sin poderlo conseguir, ya que aquel cura me sujetó de un brazo haciéndome arrodillar de nuevo en el confesionario.

SACERDOTE -. No te he dado la absolución, todavía. Debes permanecer aquí hasta que te mande la penitencia y te absuelva de tus pecados.

¿Qué me decía, aquel padre?; que yo tenía pecados y que debía expiar por ellos: Pues no sabía yo cual eran mis pecados, si todavía no había cometido alguno y sobre todo carnal, como él decía. Pero eso sí, me pareció que hasta se encaró conmigo llamándome la atención dentro del confesionario.

SACERDOTE -. Es muy difícil la convivencia entre parejas de diferentes religiones. Se aconseja que los cristianos no lo hagamos, para que no mermen nuestras fuerzas de amor a Cristo. . .

Y así, una tras de otras me fue numerando las virtudes que teníamos los cristianos, que seguíamos al Santo Padre, que me sobrecogió el Alma, no sabiendo yo qué contestarle aquel padre; saliendo de allí con más dudas que entré. Pero eso sí, con el corazón encogido por la plática que me había echado aquel cura en el confesionario: Que si nos debíamos casar dentro de la Santa Madre Iglesia unos con los otros, en vez de buscar señora fuera de las enseñanzas de dicha Iglesia, que por otra parte no era bueno para cualquier fiel que se relacionase con ninguna otra persona que no fuese de nuestro gremio social, dentro de la fe abrazada por nosotros.

Todo quedó en eso, en que yo me debía casar dentro de la Iglesia y con una persona que abrazase nuestra religión a pleno rimo de nuestras creencias dentro de la fe cristiana. Y aunque me dijo Jana que haría un sacrificio abrazando la fe cristiana, yo no podía ponerla ante esa tesitura de que tuviese en contra a toda su etnia; pues Jana se debía a

los suyos. Y por otra parte mi religión me prohibía tener relaciones extramatrimoniales, y menos dar descendencia a otra mujer que no sea mi propia señora.

En aquellos días recaló a puerto un barco trayendo a un Ministro de nuestro gobierno, en la península; pues al parecer era reconocer aquel territorio de todas por todas, cosa que eso era un escollo; pues detrás de dicho Ministro venia una personalidad nombrada por nuestro gobierno para regir los destinos de aquel territorio.

¡Ay, ay, ay!; pues con todo y eso, se le recibió lo mejor que supimos al Ministro y a todo su séquito; también al representante gubernamental de nuestro gobierno, que como supimos después traía a sus propios allegados para constituir la sección administrativa de su supervisión económica dentro de nuestro territorio.

No sabíamos qué hubiese sido mejor: Que Madrid no nos hubiese reconocido, o que por el contrario nos hubiese dado el palmito de reconocer la labor administrativa que habíamos hecho en aquella parte de esa gran Nación.

Una vez que se marchó su excelencia, el señor Ministro, a Madrid esperamos para ver qué postura tomaban aquellas personas, con respeto a nuestra manera de hacer las cosas, y las cosas fueron hechas tal y como las estábamos haciendo nosotros; ya que pidió verme, aquel delegado, en forma oficial, por escrito y yo no me pude negar; no me debía negar, para ver qué pensaba hacer con respecto a una saneada economía, como la que teníamos nosotros en aquel territorio.

Entre dimes y dietes, pero siempre con mis generales presentes aunque no era gustoso de ello el representante gubernamental de nuestro gobierno se desarrolló aquel encuentro; ya que en dicha entrevista habrían diferencias de fuerzas entre él y yo. Con todo y ello, nos dijo aquel señor; que las órdenes de nuestro gobierno eran tajantes: No inmiscuirse en nuestra forma de economía; pero que tenía el privilegio, dado por

Madrid, para saber todo el proceso económico que se estaba dando allí, que por otra parte se lo había aconsejado el grupo formado, para el posible relevo en el gobierno de dicha Nación de beréberes y beduinos.

¡Muy bien!; y mientras nosotros nos considerábamos en el medio de todo ese intríngulis de ida y vuelta de fórmulas a Madrid y de informes y Oficios, como para tener la boca callada de una vez.

Se veía que el relevo gubernamental, ya no en sí la fórmula económica como la que estábamos llevando hasta ahora, estaba en marcha y sin posibilidad de pararlo.

Lo que no sabíamos; si aquella manera de accionar, era una pantomima dada por nuestro gobierno peninsular, o por el contrario era un relevo en todo el orden: Pues allí no llegaba ningún emisario del gobierno constituido de esa gran Nación. Hasta que un día estando en el Parlamento, nos llegó Jana con una noticia asombrosa.

SAMUEL -. ¿Tú dirás, Jana?.

Jana se nos quedó mirando fijamente a la cara, uno a uno de nosotros, para más tarde replicar algo que nos calló como un jarro de agua fría encima de nuestras cabezas.

JANA -. Vengo como emisaria del gobierno provisional de la Nación en la que nos encontramos.

Aquello, que dijo Jana, no me lo podía creer: Que venía en nombre del gobierno provisional de aquella gran Nación.

Yo me levanté como asustado y como receloso a la vez; pues veía que en dicho territorio colonizado por nosotros había tres clases de contadurías, mejor dicho: Una contaduría, en forma de llevanzas, la teníamos nosotros desde que llegamos allí; las otras dos eran más bien políticas.

A esas fuerzas políticas se sumaban otras que eran las costumbres de los aborígenes de aquella gran Nación.

Por aquel, entonces, había un bar afamado en la Gran Vía madrileña, “Chicote”, que hacía unos cócteles buenísimos: Pues imagínense en una coctelera todas esas fórmulas de gobierno y llevanzas de libros juntas. Era lo mismo; unos por una parte y otros por otras, pero sin quererse meter los unos con los otros, ya que nos dejaban hacer a nosotros la mayor parte de la dirección económica de aquel territorio.

A mí me gustó mucho que Jana fuese la emisaria oficial del gobierno provisional de aquella gran Nación, pero tenía una duda con respecto a sus subordinados; por lo tanto me atreví a preguntarla, días más tarde por sus allegados.

SAMUEL -. Jana.

JANA -. Tú dirás.

SAMUEL -. A quién te han dado para regir dicho territorio.

JANA -. A los mismos hombres, aborígenes, que hemos nombrados como coroneles y capitanes.

SAMUEL -. ¿Queda todo igual?.

JANA -. Igual.

Aquello que me dijo Jana me conformó; pues si hubiesen desplazado a los mandos hubiese sido peor y como estaba viendo, aquel gobierno provisional estaba en todo y era bastante listo como para no meter se en nuestras cosas mientras no se hubiese hecho el relevo.

Lo único malo que había allí, eran los grupos de beréberes; que no entendían dicho relevo y creían que aquello estaba ya hecho, pues cuando nos veían, hasta nos insultaban diciéndonos: Que nos fuésemos a nuestra Nación y no los faltaba razones

para ello; puesto que aquella Nación era la suya y aquellas tierras sus tierras. Y eso que a mí me respetaban por considerarme el marido de Jana y parte total de todos ellos: Me aceptaban por las buenas, y por las buenas los tenía yo que aceptar.

Un día que estábamos reunidos en Cortes, con un ambiente un tanto enrarecido, uno de mis generales se levantó proponiendo una idea bastante descabellada.

HELENA -. Veo que son débiles y están en inferioridad a nosotros.

SAMUEL -. ¿Qué quieres decir, Helena?.

HELENA -. ¿Y si nos hacemos fuertes y los echamos?.

SAMUEL -. Entonces sería peor, se nos echarían encima con todas sus fuerzas; tanto el gobierno de Madrid como el de ésta gran Nación.

Comenzaron asentando todos a lo que yo estaba diciendo, calmándose los ánimos de grandeza en un rato; cosa que nunca habíamos tenido. Nuestra acometida en aquel territorio colonizado por nosotros era una dirección económica y nada más, no existiendo dirección política en ninguno de sus términos: Allí no había política alguna, como ya les he dicho otra veces, que rigiese dicho territorio colonizado por nosotros.

No hubo manera de retener a Patricia cerca de mí; ya que fue llamada por Jana para que la ayudara en las relaciones públicas con los beréberes y allí que se fue la chica, junto a la otra chica: Ahora sí que se enterarían, la una de la otra, de todas mis relaciones amorosas con cada una.

Y la fatalidad fue que me llamaron a mí también, para que mediara en una contienda entre ganaderos; pues al parecer se había mezclado el ganado y ninguno de los dos sabía cual era su ganado, al no tenerle marcado.

Cuando iba llegando a Campamento, las piernas me temblaban, no me tenía de pie y comencé a sudar por todo mi cuerpo con un imperativo que no era normal. Pero poco a

poco me fui calmando a no ver señales de agobio en la puerta de Jana. Allí no había nadie para recibirme, ni mucho menos se encontraba Patricia, demostrando desolación al ser enterada por Jana de lo que yo había hablado con ella meses anteriores.

¡Pues no!; no había nadie, ni nada de nada, ni fuera ni dentro de la casa de Jana y eso que encontré con ella a Patricia, que me recibió de lo más cordial que pudo, dándome hasta un beso de recibimiento. Al ver aquello Jana se levantó del asiento donde se encontraba dándome otro beso en las mejillas, para no ser menos que Patricia.

Me fui a un espejo que tenía Jana en aquella habitación y me vi las dos mejillas coloradas por la pintura de labios de las dos chicas, llegando al baño para lavarme la cara; ya que así no podía recibir yo a los dos implicados en el asunto del ganado.

¡UF!, cuando los recibí: Parecían dos leones peleándose; pero cuando estuvieron cerca de mí, aplacaron su ira para quedarse mirándome y saber lo que yo les decía. Parecían aquellos señores que tenían todas sus confianzas puestas en mi persona.

Y mi persona no sabía lo que decirles; hasta que recibí un golpe de imaginación, hablándoles de que podían conocer bastante bien su ganado, siempre que hubiesen estado con el bastante tiempo, mirándoles a los ojos o por cualquier signo exterior.

Pues créanme, que aquello les gustó; ya que los ganaderos tenían puestos nombres a cada ganado suyo; pero como ellos me dijeron, que aquel año habían comprado ganado nuevo, no sabían cual serían los suyos.

Eso me estaba siendo un escollo; pues ahí no me era fácil descifrar el enigma para poder ser juez y parte judicial en aquel litigio ganadero. Hasta que otro golpe de suerte en mi pensamiento, me llevó a descifrar que habían ganaderos con un signo inequívoco de ganado; mientras unos preferían el ganado con patas más largas, otro prefería su ganado con patas más cortas y con cuello más largo.

No tardé en mentarlos a los ganaderos que habían comprado su ganado, y al nombrarme aquellos señores a unos y a otros, les puse en guardia, si tenían algunas características el ganado de uno o el ganado del otro señor a quien se les habían comprado las manadas.

Me confirmaron la respuesta con un sí característico, como sorprendido por no haber pensado, antes dicho problema.

Me salvé, porque en sí, si había un señor que quería una especie de ganado, diferenciándose del otro y de muchos en general: Aquello era ya más fácil, estaba siendo dilucidado el problema, en cuanto uno de ellos encontrase su ganado en medio de los otros.

Y sí se encontró por las características que regían la manada de aquel señor, que se preocupaba que su ganado fuese diferente de los otros ganados.

Cuando nos quedamos solos los tres: Jana, Patricia y yo, me puse en guardia, pero allí no pasaba nada; pues comenzaron hablar entre las dos chicas con tanto signo de amistad, como si se conociesen de siempre.

Yo estaba boquiabierto, por ver la amistad y la mucha confianza entre las dos chicas, que por poco doy una voz en alto; pero me contuve al ver el relax en que se desarrollaba la conversación entre las dos chicas : Ya que de vez en cuando se referían a mí con un agrado que me parecía mentira lo estuviese oyendo y hasta me preguntaban algo, dentro de su conversación, para que yo lo afirmase.

Cuando volví a la Región de Ribera, ensillé a mi caballo, Jovito, y salí para dar un paseo con el por toda la rivera del río. Y hasta piqué espuelas a mi montura, sin hacerle daño, comprendiendo este, con su instinto, que tenía la posibilidad de salir al trote por toda la orilla de aquel río, como pidiendo guerra al mismo aire.

¡Qué bien me sentía!; me sentía en aquella hora como nadie en mi montura, yendo de un lado a otro como si me debiese alguien algo; pero no era así, que me estaba congratulando por los lazos de amistad que tenían las dos chicas, Patricia y Jana.

Veía al Mundo de otra manera, con más calma y más amor que lo había visto siempre y eso que cuando pasaba cerca de un agricultor, alzaba su cabeza para increparme. Yo me limitaba a seguir mi camino como sino hubiese oído nada y así no tendríamos un rife rafe con aquellos agricultores, oriundos de esa gran Nación.

Llegué hasta la presa y como vi un poco cansado a mi caballo, me apeé de el para dar tantos pasos como daba éste. Pues Jovito me seguía allí donde yo iba, sin sujetarle las riendas para nada.

Habíamos corrido bastantes kilómetros y nos encontrábamos a gran distancia de la ciudad de SandSituad; por lo tanto no debíamos disminuir la marcha, ni siquiera pararnos hasta que llegásemos a las inmediaciones de dicha ciudad.

A la siguiente mañana, intenté salir para visitar el Parlamento y gestionar unas propuestas dadas por aquellos agricultores; pues mi voluntad era el quedar todo en orden y a su debido gusto, si era posible, y aquello estaba siendo posible que yo lo gestionase.

Al llegar al parlamento, cosa curiosa, estaba allí Jana leyendo unos documentos pertenecientes a Campamento, sobre la conducción del agua y quería repasar la red eléctrica, para abrir nuevos elevadores que les diese más potencia a dicha ciudad.

SAMUEL -. ¿Qué haces aquí?.

JANA -. ¡Anda!; ¿no te has enterado?.

SAMUEL -. ¿De qué me tenía que enterar?.

JANA -. Si esta noche he dormido en tu casa.

La había llamado Patricia para hablar con ella y yo sin enterarme de nada; lo único que pude comprender, que cuando llegase a casa tendríamos una charla entre mi persona y las dos chicas, y así fue.

Una me remitía a la otra y la otra hacía como si se dejase querer, pero aquella situación no me era agradable para nada, ya que yo me veía acorralado, como gallo en corral ajeno.

Hubo un momento que creía me iba a quedar con las dos, por el mucho interés que ponía cada una para que me quedase con la otra.

¿Tendría que abrazar la religión Musulmana?: no sabía yo cómo iba a salir de dicha coyuntura; si no podía hablar a consecuencia del mucho agobio que tenía encima de mí.

Hasta que Jana, no dando su brazo a torcer, pero con gran amor hacia mi persona al creermelo suyo, me echó una mano; pero que una buena mano al decir que me fuese con Patricia, ya que era mi cultura y ella no me la iba a quitar ahora. Que sería mejor para mi persona, que estuviese en el medio de vida donde yo había vivido siempre.

Todo quedó ahí, que para mí era tanto como quedar en tablas; pues bien sabía Jana que yo no la iba a dejar sola, que estaría en completa relación con ella, hasta que estuviese en la península: No la olvidaría, nunca jamás.

Los días sucesivos los pasé como asustado y como defendiéndome de algo y de alguien; no fuese a ser que volviese Jana con otra proposición; pero no, no volvió dicha chica y los ánimos se fueron calmando.

Se me quitó la paz de Espíritu, cuando me llegó Fermín con una noticia un tanto desagradable; pues según éste Rosario no se quería marchar de aquel territorio y sobretodo de aquella ciudad, Colssen, que tanto apego la había tomado.

SAMUEL -. Tienes que decir a Rosario, tu chica, que nos tenemos que marchar todos de este territorio, muy querido por nosotros; pero es nuestra obligación hacer caso a nuestro gobierno en Madrid.

FERMÍN -. Te digo, que no; que no se quiere marchar de este territorio. Y si no, consulta con Helena.

SAMUEL -. ¿No sé?.

FERMÍN -. Tú consúltala.

Pues aunque no me lo podía creer, que Helena tuviese algo que ver con este caso y expresamente con respecto a Rosario, llamé a Helena en Cortes para tomarla parecer a tal asunto. Y tal asunto lo vi yo bastante mal; sobre todo, enrarecido en su base, ya que no tenía ninguna clase de fundamento.

SAMUEL -. ¿Cuéntame algo?.

HELENA -. Aunque no sé a qué te refieres, te contaré que los ánimos están muy exaltados. Hemos planificado todo este territorio, haciéndole habitable y le hemos colonizado en toda su extensión, abriendo escuelas, extendiendo la red eléctrica, abriendo carreteras, fundando ciudades, edificando un aeropuerto, abriendo un muelle al mar, para que recalen en el los barcos, sosteniendo una prensa muy costosa y una radio carísima, edificando una presa para tener salto de agua y un sin fin de otras tantas edificaciones que no numero por ser interminable en mi pequeña extensión para detallar los beneficios que nos hemos dejado en este territorio.

SAMUEL -. ¿Pues eso?.

HELENA -. ¿El qué?.

SAMUEL -. Que nos vamos dejando en este territorio, nuestras pequeñas vidas.

Helena, remangándose se elevó sobre las punteras de sus zapatos con una sola idea; el no dejarse arrebatarse todo esa cantidad de bienes que había referido momentos antes.

HELENA -. No sin antes haber machacado yo la cabeza algún que otro mal pensado.

SAMUEL -. Nadie ha pensado mal; es sencillamente, que se termina la fase del protectorado y nada más.

Helena se quedó mirando al suelo, como si no tuviese nada que decir y haciendo un gesto de desagrado, con las manos y los brazos, salió de allí a paso ligero.

Ya me había alertado Fermín de que: -. Éstas la lían. Era lo único malo que nos faltaba por pasar; ya que se nos echarían encima todas las fuerzas de represión de la península y hasta de aquella gran Nación, expulsándonos de dicho territorio.

No tardó mucho tiempo en ponerse nerviosa Rosario, pues en una reunión que tuvimos todos los generales en Cortes y una vez que salíamos de la misma se arrimó un señor con ganas de camorra; no sabía yo si era mandado o por el contrario se había azarado al vernos, pero lo cierto es que salió derecha para dicho señor, Rosario, con no menos intenciones de quererle saludar. Yo me lancé, prácticamente, a ella para sujetarla y no formase una trifurca en plena calle; pero con la mala suerte que en vez de sujetarla de un brazo la así por la cintura, escurriéndome la mano para llegar a sus pechos.

Aquel acto hubiese pasado desapercibido por mí sino me hubiese dado cuenta del cuerpo que tenía nuestra condiscípula. Era un cuerpo de mujer, hecho y derecho; dándome cuenta de inmediato, de que habíamos pasado en aquel territorio media vida y que también nos pertenecía a nosotros, tanto como a ellos, aquellos señores aborígenes de aquellas tierras.

No sabía si soltar a Rosario o seguir sujetándola; lo cierto fue que permanecí en aquella posición durante muchos minutos, como si la chica se removiese para irse derecha aquel

hombre, que por otra parte ya había comenzado a dar algunos pasos para alejarse de allí.

La solté, sí; la solté, pero cuando se arrimó a nosotros Patricia sujetándome los brazos y las manos con afán de que dejase en paz a Rosario y entonces fue cuando me di cuenta de cómo me encontraba, en qué situación estaba: Sujetando a Rosario por los pechos.

SAMUEL -. Tendré que confesar.

ROSARIO -. Yo también; aunque lo tuyo ha sido producido por un acto involuntario, al verme en tal agobio y con tanto coraje como para golpear a ese señor.

Mermaba la poca capacidad de reacción que tuve con respecto a la riña entre ellos dos, de aquel señor y ella misma por no tener dominados mis impulsos defensivos. En una palabra, que me puse nervioso.

Y cuando me vi a solas con Patricia en el salón de la casa comenzamos una platica siéndome totalmente satisfactoria pues ella intentaba crearme y calmarme en todos mis sentimientos de culpabilidad en aquella acción que tuve con respecto a Rosario, tocándola sin saber que lo hacía.

PATRICIA -. Se veía que no tuviste voluntad para tocar a nuestra amiga y condiscípula Rosario.

SAMUEL -. Sí; pero con todo y eso me confesaré.

PATRICIA -. Con un acto de contrición vale.

SAMUEL -. Aunque sea como tú has dices, me confesaré; así quedaré más satisfecho.

PATRICIA -. Como quieras.

El cura, en el confesionario, no le dio mucha importancia a dicho acto; puesto que la penitencia que me echó fue de pecado venial y no de pecado mortal: Con tres Ave María y dos Padrenuestro, saldó mi culpa cometida en aquel día de auto.

¡Ya está!; y qué bien me quedé confesando; aunque a mí me hubiese faltado la voluntad para acometer aquella fechoría en Rosario, descargué mi conciencia en el confesionario.

Pensé si tal vez fuese el último acto que cometiese faltando al respeto alguna de mis condiscípulas; pues yo veía que Helena se encontraba intranquila con la sola idea de saber que se tenía que marchar de aquel territorio, en donde, por así decir, se había criado y había adquirido todos los conocimientos del bachillerato. No lo sabía; pero el tiempo se encargaría de demostrar si yo tenía razón o por el contrario me la quitaría.

Se tuvo que ir Patricia a Campamento; pues fue llamada por Jana con idea de marchar al asentamiento, ya que había algún movimiento un tanto sospechoso para los intereses del territorio colonizado por nosotros. A mí no me gustó, que las dos chicas. . . Mejor dicho, las dos mujeres fuesen solas a dicho lugar, tan resolutivo como para que fuese un volcán en llamas contra todos nosotros.

Pensé y pensé rápido en mi caballo, Jovito; así no levantaría sospecha alguna de que estaba yendo detrás de las dos chicas, ya que me gustaba ir de un lugar a otro con mi caballo; pero cuando caí en los kilómetros que teníamos que recorrer mi caballo y yo, me di cuenta que mejor sería ir hasta la frontera en un Jeep. Pero cuando estaba sacando aquel coche de las cocheras, oí a mi caballo relinchar; como si quisiera que le emparejase a él y me dejase de tanto coche, que no era cosa para estar llamando la atención de nadie. Por lo menos, sí cría que me estaba llamando mi caballo; pues lo otro, lo estaba pensando yo sólo.

Me llegué a donde se encontraba mi caballo y arrimándome a él, le miraba a los ojos con idea de hablarle, pero al comprender que era un animal se me quitó las ganas de decirle algo, diciendo algunas palabras de desaliento, una vez que me alejaba de él. -.

¡Va!; son muchos kilómetros lo que hay que recorrer y tú no podrás hacerlo.

Antes que estuviese yo en la puerta de aquel establo, dio un resoplido Jovito y más tarde un relincho, como indicándome el camino a seguir. Y el camino que me indicaba, era el de su montura; ya que aquel animal miraba a la silla de montar sin quitarla ojo.

Tardaría en llegar, pues unas veces tendría que ir a pie y otras montado a lomo de mi caballo, por el cansancio que le acarrearía durante el trayecto tan enorme como el que había desde la Ciudad de SanSituad hasta el asentamiento.

Cogí un morral de paja ensillando a mi caballo rápidamente para no perder tiempo alguno y cuando le tenía bien preparado salí a uñas de caballo hacia el Paso del Falt. Allí se me indicó que hacía poco tiempo, no más de media hora, habían pasado las dos generales por dicho paso.

Yo espolee a mi caballo dirigiéndome al asentamiento sin pérdida de tiempo, pero cuando estaba pasando unas rocas me salieron al paso unos individuos, echándome el alto, no con muy buenas ideas; pues enseguida comprendí que me tenían retenido.

Mi caballo no dejaba de respirar fuerte y de vez en cuando relinchaba muy despacito, como para que le mirase y cuando centré en el la vista, éste con un movimiento de cabeza se echó las bridas al cuello, dando patadas en el suelo.

Le comprendí enseguida, haciéndole un gestos con las manos y los brazos, característico, para que se fuese corriendo camino de vuelta; así verían en el Paso del Falt que llegaba sólo mi caballo. Éste volviéndose para un lado y mirando por donde habíamos venido comenzó a correr con todas sus fuerzas hacia dicho paso, saliendo detrás de él, con los camellos, dos de aquellos señores que me tenían retenido, pero sin conseguir darle alcance a Jovito: ¡Cómo corría dicho animal!; y eso que estaba cansado de tanto camino como habíamos andado.

Sin dilación al tiempo, aquellos señores me llevaban no sé yo a dónde, pero la dirección que tomaron no era la del asentamiento, era más bien la del pleno desierto.

Hacia ya tres horas que estábamos caminando, cuando vimos acercarse a un grupo de beréberes, escondiéndome aquellos señores entre una especie de aguaderas. Yo tuve recelos por ver acercarse a dichos señores a la comitiva que me estaba llevando retenido; pero cuando se acercaron a nosotros vi en ellos a personas del asentamiento, que venían de vender sus pieles en otras pequeñas congregaciones de aborígenes para el beneficio de su comercio.

Yo comen á toser un poco fuerte queriendo que notasen mi presencia allí donde me tenían cubierto de mantas pero no pude moverme por tenerme atado y bien atado.

Uno de aquellos señores, del asentamiento, se acercó al camello donde me encontraba yo para hacer oídos a la tos que comencé a tener. No sé si se daría cuenta de que allí iba alguien, o por el contrario no percibió nada; puesto que de momento se retiró de mi lado para unirse a su grupo, pues estaban otra vez en marcha.

Menos mal que me sacaron de donde me tenían ocultado, pues ya me estaba faltando el aire, para proseguir el camino a pie.

Aquellos señores iban muy seguros de sí mismos, pues marchaban muy despacio, como para no dar sospecha alguna a las personas que nos cruzásemos. Pero en un momento determinado, yo miré para atrás viendo una cantidad de polvo que se estaba levantando por una causa, teniendo sospecha de que allí venía una máquina motorizada.

No quise alertar aquellos señores, que tan seguros de sí mismos iban sin mirar para atrás no dándose cuenta de lo que estaba pasando a nuestras espaldas.

Cuando se dieron cuenta era ya tarde, pues aquella máquina se aproximaba a nosotros a gran velocidad, estando ya cerca de donde nos encontrábamos, saliendo aquellos

señores a paso ligero; pero no hubo manera de escabullirse de los camiones y los coches que llegaban a donde nos encontrábamos nosotros.

Y por fin llegaron a nuestro lado una compañía de nuestro ejército, rescatándome de aquellos señores para quedar todo en perfecta armonía.

Cuando llegué al asentamiento, me estaban esperando Jana y Patricia muy preocupadas por no saber qué me estaría pasando y al verme dieron un grito, a unísono, como de descansar su Alma por verme a mí sano y salvo.

JANA -. Hijo, creíamos que te había pasado algo.

PATRICIA -. ¿Quién te manda a ti venir con el caballo?.

SAMUEL -. ¿Por qué?.

PATRICIA -. Es el medio más vulnerado de todo el trayecto.

Volvimos Patricia y yo al Paso del Falt en donde tenían retenido a mi caballo para que yo le montase y pudiese llegar a la Región de Ribera, y así fue; que en pocas horas me encontraba en la ciudad de SanSituad presidiendo en las Cortes una reunión de mis generales.

Mal lo pintaban mis condiscípulos, no en sí, ya mis generales; si no mis amigos y condiscípulos, que se creían fuera de lugar en donde estábamos.

PACO -. No sabéis cómo están los ánimos.

FERMÍN -. Encrespados y como fuera de sí.

Aquello no lo paraba nadie; pues los aborígenes veían desocupadas sus tierras de un día a otro, aunque ellos querían que fuese de un momento a otro para tener movimientos propios dentro de su gran Nación.

Si hasta en la Región de Ribera se veía una especie de ambiente enrarecido y eso que era la más resguardada de las dos de aquellos aborígenes.

Recibimos noticias de que en ciertas regiones se habían empezado a retirar nuestros compatriotas; pero eso sí, por motivos de reagruparlos en ciertos puntos y así ser más fuertes antes la desbandadas de aquellos señores, que se jactaban de tratar mal a nuestros compatriotas.

HELENA -. ¡Samuel!

SAMUEL -. Sí, te entiendo. Es un peligro el haberlos dejado todas esas contraprestaciones en sus manos: Edificios y todo lo que conllevan sus pertenencias.

AMPARO -. ¡AY, ay, ay!

Pues eso: ¡AY!, con lo que nos estaba pasando; ya que allí querían que nos pasase lo mismo que en otros sitios y lugares de aquella gran Nación; el arrinconarnos para empezar a funcionar solos, por sí mismos.

Decidimos hacernos fuerte, pero apenas nos valía; ya que la furia de aquellas gentes era demasiada para contender con ellos y menos hacer la vista gorda; pues allí no había quien pudiese hacer la vista gorda, ya que los hechos nos desbordaban en su contenido, como para que permaneciésemos impasible ante tanta desfachatez, como la que estaban teniendo aquellas personas con nosotros.

Hasta hubo un momento que creí estábamos ya fuera de sí, fuera de lugar como he dicho otra vez; pues las órdenes que di en el Paso del Falt, para que retuviesen la mayoría de ganado, no se cumplió.

Nos estaban desbordando los ganaderos con sus manadas de ganados, al pasar indiscriminadamente dicho paso para que abrevasen sus animales y el coronel de aquella plaza hizo oídos sordos a mis órdenes. Y aunque era la primera vez que un subordinado mío no me hacía caso, monté en cólera yéndome para dicha ciudad

montado en mi caballo; pues daría más impacto cuando llegase con mi montura, que con un coche a dicha plaza.

Pero antes de llegar al Paso del Falt me desvié hacia la ciudad de Campamento, en la desviación que hacía la carretera hacia dicha ciudad para proseguir hacia Colsen y llegar a Jorman, bordeando la sierra por todo el llano de aquella Región de Ribera Baja.

Nada más que llegué a la ciudad de Campamento, Jana intuyó lo peor; pues enseguida adivinó qué me llevaba a ella.

JANA -. Debe ser grave el impulso que te trae hasta aquí.

SAMUEL -. Ha hecho la vista gorda y los oídos sordos el coronel que rige el Paso del Falt sobre una orden mía.

JANA -. ¡Claro!; está apoyado por nuestro gobierno.

SAMUEL -. ¿Y eso le da prioridad para hacer de su capa un sayo?.

Claro que aquél coronel había tenido poco escrúpulo al no haberme obedecido; pues ya que había estado tantos años con nosotros, sería poco correcto el no hacer caso a mis órdenes: A pena que tuviese referencia con su gobierno de aquella gran Nación.

Me quedé mirando a Jana fijamente y pude observar en ella un atisbo de nerviosismo provocado por alguna incidencia dentro de las órdenes; por eso me atreví a preguntarla.

SAMUEL -. Jana; ¿qué pasa?.

JANA -. Os va a ser difícil seguir llevando la dirección económica vosotros solos.

SAMUEL -. ¿Y eso?.

JANA -. Nuestro gobierno provisional, quiere que vayamos tomando nosotros las riendas.

SAMUEL -. ¡Ya!.

No dije más saliendo con Jana para el Paso del Falt, sin otro apelativo que no fuese el entrevistarnos con aquel coronal. Y cuando llegamos a su lado, ya nos estaba esperando éste con muy buenos sentimientos, pero que no podía hacer caso algunas órdenes dadas por los generales procedente de la península; o sea, nosotros.

Pensé rápido que si le sustituía, provocaría un efecto de dominó, en donde una ficha caería a las demás fichas y tal vez alguna de esas fichas fuese yo; puesto que su gobierno provisional se estaba imponiendo en toda su Nación a un paso agigantado, provocado por el retroceso de nuestro gobierno al saber que salían de aquella gran Nación en pocos meses. Era cosa ya de días o de meses cuando saliésemos del territorio colonizado por nosotros; pero lo cierto fue que estábamos esperando órdenes para replegarnos y volver a nuestra Nación de inmediato.

Cuando de improviso me llegó una delegación de nuestro gobierno de Madrid con la sola idea de que en un plazo determinado, bastante cercano a la fecha en que estábamos, teníamos que abandonar aquellas tierras y transferir todo el sistema administrativo aquellos señores, sin contratiempo alguno.

Corría el año mil novecientos setenta y cinco y por el acuerdo de Madrid teníamos que abandonar dicho territorio en un plazo ínfimo. Lo que esperábamos se estaba dando; siendo los primeros moradores de aquella gran Nación que teníamos que salir de ella.

Se comenzaron hacer los preparativos para nuestra salida del territorio colonizado por nosotros y se empezó a ver personas vestidas de militares de aquella gran Nación, los menos; pero ya se empezaban a divisarse en plena calle a militares vestidos con el traje típico del ejército de aquella Nación, andando por las calles como si fuesen los mismos amos de la ciudad donde se encontraban.

Nos daba recelos el abrir las Cortes para deliberar nosotros, pero un día lo hicimos y con ello vimos que nos dejaban en paz; ya que ellos estaban seguros de su ocupación territorial.

DANIEL -. ¿Sabéis lo que os digo?.

SAMUEL -. Tú dirás.

DANIEL -. No somos nada. Aquí no pintamos nada.

SAMUEL -. Menos pintaron en el sur, con el acuerdo del siete de Abril de mil novecientos cincuenta y seis: Se fue el último gobernante de aquellas tierras.

Así quedó sentado, de que no podíamos contener aquella avalancha de personal humano y mucho menos si la mandaba su gobierno: Para ellos la prioridad fundamental estaba en ocupar, de nuevo, aquellas tierras; y hay que ver cómo las estaban ocupando, si por poco quedan a los agricultores de Ribera Alta sus tierras desbastadas, al dar paso a tanta cantidad de ganado, que no tenían espacio para estacionarse en aquellas tierras, antes de salir por el fortín, un paso estrecho y rocoso; pues tuvieron que desviar el ganado, otra vez, por el Paso del Falt haciendo como tapón para los ganaderos que quería pasar a nuestras fértiles tierras, provocando el regreso de los mismos ganaderos, en el día, a nuestras tierras cultivadas.

Se me anunció de que reuniese en uno o en dos sitios a mis discípulos, dando paso a los oriundos de aquellas tierras; pero yo alargué aquel consejo o aquella orden, pues no sabía si había sido consejo u orden, hasta ver qué era lo que pasaba, y no me confundí.

Di una contraorden a mis discípulos para que permaneciesen en sus puestos, dentro de sus ciudades y redoblasen la guardia; pues todavía no había tantos militares como para sostener aquella avalancha de gentes como la que quería entrar en el territorio

colonizado por nosotros, haciendo polvo todo lo que se encontraban a su paso, por falta de no tener medios de vida alguno.

Sabía a lo que los exponía a mis condiscípulos al darlos aquella orden: El dolor física de alguno de ellos al ser objeto de la ira de aquellos aborígenes; pero con todo y eso me atreví a darlos dicha orden, pues yo veía que con toda su rabieta, aquellas gentes no nos tenía ese odio como suponíamos, y era que nos habían visto siempre, como se suele decir, y ya estaban acostumbrados a nosotros. Por eso mismo di aquella orden de permanecer cada uno en su puesto, redoblando la vigilancia; pues si yo hubiese visto señales de odio o de violencia incontrolada, me hubiese traído a Ribera todos mis condiscípulos.

Desde luego lo pasaron mal, pero no tan mal como se suponía en un principio, ya que como les digo; aquellas gentes estaban familiarizadas con nuestra presencia .

Por supuesto luego no me confundí porque el tratado tripartita del catorce de Noviembre del año mil novecientos setenta y cinco, España transfería la administración del territorio, de esa Nación, pero no la soberanía.

No obstante, como digo; se empezaron a ver grupos de señores uniformados, porque se estaban llevando a cabo toda la administración entre ambas soberanías, y nosotros sin darnos cuenta: Ya que nadie nos había informado sobre la misma cuestión.

De modo que hice bien en dejar a cada uno en su sitio y administrando aquel territorio más concienzudamente que antes. Pero eso sí, se vislumbraba para nosotros una clase de bienestar, al podernos examinar en Madrid, todos juntos; pues para la fecha de los exámenes, que serían en Junio del siguiente año estaríamos todos en la Capital de España.

El curso, de nuestros estudios, había empezado el siete de Octubre, del año en fecha, y hasta el siguiente año, mil novecientos setenta y seis sobre Junio no nos examinaríamos, por durar los curso nueve meses, dando paso al verano, disfrutando de nuestras vacaciones estivales.

Pero ahora no era cosa de pensar en los exámenes, que se nos antojaba muy lejos; era más bien, cosa de querer hacer llevar aquel territorio por el mejor de los caminos y así marcharnos con la conciencia limpia.

Había pasado las navidades, como les he dicho, y con ella las posibilidades de ver regir nuestra administración por todo lo alto, al no tener tiempo para seguir en aquellas tierras indefiniblemente.

DANIEL -. ¿Por qué se descolonizarán estas tierras las primeras?.

SAMUEL -. ¿No lo comprendes?.

DANIEL -. Pues no.

HELENA -. Un puerto próspero y abierto a todas las posibilidades . . .

PATRICIA -. Una planificación bien hecha en todo el territorio . . .

PACO -. Una buena flota de comunicación . . .

FERMÍN -. Un buen aeropuerto en lo más llano . . .

ROSARIO -. Un buen salto de agua, con su tendido eléctrico . . .

AMPARO -. Unas atractivas ciudades dentro de su comercio . . .

SAMUEL -. Y una administración, perfecta y en orden. Todo eso y mucho más presenta un bocado exquisito para el gobierno de ésta gran Nación.

PATRICIA -. Y sobretodo; el escalafón de los constituyentes de esa administración.

Sí, todo eso era verdad, por lo tanto aquellas personas miraban más hacia nuestro territorio que a otra parte; ya que allí podrían empezar sus tareas administrativas con más desarrollo que en ningún otro sitio.

Un día me llegó un militar de aquellos que en su día dije que andaban por la calle vestidos y como si fuesen los dueños de dicho territorio, para decirme que si yo quería me podía quedar allí, entre ellos; pero que esta vez era para regir los dominios sociales de aquellas gentes y eso a mí me sonaba como algo fuera de serie, ya que yo no valía para dirigir aquel territorio como no fuese igual que lo había estado haciendo hasta ahora.

Decliné lo que aquella persona me estaba proponiendo, y nada más que se marchó me fui para ver a Jana y enterarla de lo que había hablado con dicho señor.

SAMUEL -. Me ha llegado un militar vuestro con una proposición formal.

JANA -. ¿Y tú qué has dicho?.

Me quedé mirando a Jana con idea de sonsacarla toda la verdad; pues aquello que me dijo era una confirmación de que ya sabía lo que me había dicho, pero tenía que confirmarlo por su propia boca.

SAMUEL -. Que no. Que no valgo para dichos menesteres.

JANA -. ¿Tú qué sabes si vales o no vales?.

SAMUEL -. ¡Mujer!; para dirigir de la manera que me han dicho, no valgo.

JANA -. Pues es igual a esto que estás haciendo ahora. Se llevan las riendas del poder igualmente.

Ya había dicho una palabra que no la hubiese pronunciado sino estuviese enterada del asunto; pero yo seguí sonsacándola.

SAMUEL -. ¿Y cómo se llevan dichas riendas de esa manera?.

JANA -. ¡Es igual!, igual que lo estás haciendo hasta ahora; mas que sería llevar las riendas en gobernación popular.

¡Ya!; ya lo tenía claro, no me quedaba duda alguna de que Jana estaba enterada de aquella propuesta que se me había hecho el día anterior y ella esperaba que aceptase para quedarme a su lado: Era la única manera de tenerme a su lado, el que yo aceptase dicha proposición gubernamental.

Me fui a Ribera con la cabeza baja, por las enseñanzas que nos estaban dando aquellos Sacerdotes: El último será el primero, y sobretodo no tener orgullo alguno en el Alma metido, para no tentar al mal.

No, yo no valía para regir los destinos de aquel territorio socialmente; como no fuese seguir con lo que estaba haciendo hasta ahora.

Antes de nada, entré en la Iglesia y arrodillándome delante del Altar recé al Sagrario y pedí por mi Espíritu, para que me diese Cristo un soplo Divino y me hiciese ver qué era lo mejor para mi salvación. Y lo mejor para mi salvación, comprendí que era irme a la península y no participar en nada que me pudiese complicar mis ideas religiosas.

Salí de aquella Iglesia más refortalecido en mis creencias y en Espíritu, que me creía otro; otra clase de persona que yo no conocía, era yo otro para mí: No me había visto nunca con tanta devoción que hasta ahora.

Y el día fatídico estaba llegando; ese día que tendríamos que partir rumbo a nuestra Nación sin demora alguna, pero con un pesar en nuestros corazones, que nos asfixiaba y nos estrangulaba el aire, por ver que estábamos dejando aquel territorio que tanto nos había costado encauzar en bienes y en riquezas.

Me di un paseo hasta Campamento para ver cómo iban los ánimos, y los ánimos estaban a flor de piel; pues aquellos aborígenes se creían los amos de dicho territorio, no pudiéndolos controlar muy bien Jana.

SAMUEL -. ¿Cómo se te da, en estos días, la administración de Campamento?.

JANA -. Si te digo la verdad; me veo y me deseo, pero como estas gentes hacen mucho caso a sus diligentes, voy defendiéndome.

Menos mal, que Jana se defendía con aquellas gentes que eran las suyas y para que ella no fuese menos, les tengo que decir: Que a mis generales se les estaban dando todavía peor, aunque no a mí; pues me respetaban al máximo y me obedecían en todo aquellas gentes.

Pero cuando volví a ensillar mi caballo, éste miró para donde estaba Jana; como diciéndola que pronto estaría, otra vez, con ella, echando unas lágrimas por los ojos que no sabía yo a qué era debido dicho lagrimar.

Cuando llegué a mi casa me estaban esperando en ella Daniel; puesto que según él habían ocupado la presa y seguro que manipularían todos los instrumentos de aquel salto de agua mal. Intenté calmarle, saliendo con él hacia la presa; pero cuando llegué a sus inmediaciones, me estaban esperando unos señores con sus ropas típicas, para que les explicase el funcionamiento de la misma.

Me hice entender por aquellos señores, de que yo no era la persona idónea para explicarles dicho funcionamiento, de aquella presa; pero que los ingenieros se lo explicarían a la perfección.

Llamé a los ingenieros y éstos se pusieron a dar detalles de cada instrumentos que habían en la sala de mando, quedándose asombrados los mismos peritos al ver que aunque aquellos señores eran también ingenieros, no daban la talla de nuestros expertos

en la materia; comunicándose a sus ingenieros; poniéndose éstos en guardia al saber tales noticias.

Se veía que no los podíamos quedar solos aquellos señores por más títulos que tuviesen; ya que un perito nuestro tenía más capacidad de movimiento y se desenvolvía mejor que ellos, aunque tuviesen el título de ingenieros industriales. Por lo tanto decidimos comunicarles que seguiríamos con ellos hasta el final, por amor a dicha presa: No los quisimos decir, que era para imponerlos en el manejo de todos los instrumentos que existían en la sala de mando, y hasta en la misma turbina.

Aquellos señores aceptaron de buenas ganas, al ser todos ellos sentimentales al nombrarlos cosas del amor y de afecto a tal o a cualquier cosa que tuviésemos aprecio. Y desde luego, si quedaron duchos en la materia para manejar todos aquellos aparatos a su debido tiempo.

Solventado lo de la presa otro escollo nos esperaba; pues no sabíamos que tenían que ocupar los cuarteles aquellas personas y un buen día nos estaban esperando en la puerta de los mismos con una compañía y cuando no con dos compañías, según tuviese la capacidad aquel cuartel.

Allí no había quien estudiase, y mucho menos sabíamos cuando tocaba fajina o a retreta; si eran toques diferentes y lo hacían un sólo trompeta.

La estancia en aquel territorio se nos complicaba, pero el plazo de salida se aproximaba y queríamos cumplir hasta el mismo día de dicho plazo, no permitiéndolo aquellas gentes, que se revolvían contra nosotros al ver que no nos marchábamos de su Nación.

Pero aunque la convivencia era ardua, nosotros sabíamos esquivar aquel rechazo con sentimentalismos, al decirlos que echaríamos de menos su compañía personal y aquel territorio; que tanto trabajo nos había costado para ponerle tal y como estaba. Y así se

conformaban, por ver un atisbo de amor a sus tierras y a su gran Nación, dando señales de aceptarnos hasta el mismo día de nuestra marcha.

Había que implantarlos en todos los menesteres posibles y así lo hicimos; pues unos días antes de marcharnos de aquellas tierras, ya dirigían ellos solos toda la administración y hasta llevaban aquel territorio socialmente, como quería el gobierno de aquella Nación.

Quedábamos un territorio perfectamente organizado para que las riendas de aquel mando siguiesen por sí solo, ya que como iba a ser Jana la que rigiese dicho mando social, no fallase en lo más mínimo.

Aquella mañana, un cornetín tocó atención para después mandarnos firmes y todos unificados en completas filas permanecían, sin ser uniformados, atentos a lo que yo decía; y las primeras palabras que dije fue a Jana, delante de todos ellos. Y como allí se encontraba, también, el ejército de aquellos aborígenes, también permanecían atentos a mis palabras.

Yo comencé a tragar saliva, pero reponiéndome en mis ánimos, comencé hablar en voz alta.

SAMUEL -. General Jana, la entrego la administración de todo éste territorio . . .

Miré a lo lejos y vi a todas las personas calladas y mirándome fijamente; por lo tanto me atreví a seguir diciendo.

SAMUEL -. Y que Dios de larga vida al Rey.

Aquello fue la detonación para aquellas gentes, que saltando de gusto y vitoreando con ganas daban gritos de ¡viva!; no sabiendo yo a quien era, si a lo que yo había dicho o a su Rey.

SAMUEL -. Pueden ustedes empezar a embarcar, yo seré el último que suba al buque.

Más vivas y señales de quedarse conforme por lo que yo estaba diciendo; pues aquello, de que sería el último en embarcar, les gustó mucho a dichas gentes aborígenes, que con lágrimas en los ojos; sin saber, una vez más, si eran consecuencia de la alegría de vernos embarcar o por lo que yo había dicho estoicamente: Que sería el último en hacerlo.

Antes de embarcar, me bajé del podium donde estaba cogiendo de la bridas a mi caballo Jovito, para llegar con él hasta donde se encontraba Jana.

SAMUEL -. También te devuelvo tu caballo, con un gran pesar.

Y al decir aquello miré a mi caballo arrimando mi cara a la suya para darle mi despedida, acariciando su rostro y sus crines con mis manos, como si fuese la última vez que lo hacía.

Sin demora saludé a Jana, dándole un beso en la frente y volviéndome hacia todas aquellas personas las di con la mano, como con un gesto de ; hasta siempre. Y aunque permanecían uniformados, se rompió toda las filas de aquellos aguerridos soldados, echándose, prácticamente, encima.

Comencé a subir las escaleras que me conducían al barco y en un periquete estaba en su borda, viendo aquella gran multitud ensordecida por el bullicio de unos: ¡Vivas!, dados a mi persona.

Y como vi llorar, a lágrimas vivas, a Rosario la quise calmar los ánimos con unas palabras; pero cuando me vio ir hacia ella, se tapó los pechos con las manos, parándome yo en seco para hacerla un gesto con la cabeza de prudencia y conformismo, así se quedó más tranquila mi discípula.

Dos barcazas empezaron a sacar al buque del muelle, pero con todo y eso no nos podíamos creer que estuviésemos volviendo a nuestra Nación, hasta que vimos recoger amarras a las barcazas para comenzar a navegar aquel barco por sí mismo.

Permanecíamos todos en cubierta mirando a las personas que nos alejábamos de ellas, para más tarde ver poco a poco desaparecer la costa de nuestra vista.

Fue entonces cuando alguno de mis condiscípulos tuvieron la buena idea de ir para el interior del barco y poder ver cómo eran los camarotes de aquel buque.

Yo también decidí entrar en camarotes y permanecí allí un par de horas, hasta que una voz me llamó la atención para comer algo. Yo no tenía ganas de comer y permanecí en mi camarote todo pensativo y como decaído en Espíritu, porque el Alma la tenía un poco pachucha debido al mucho agobio como había tenido horas antes en la despedida a Jana y aquellas gentes, que tantos vivas me echaron y que tantos recuerdos me traía.

Y llegamos, claro que llegamos a un puerto de nuestra patria en donde nos estaban esperando unos autobuses para llevarnos a nuestro destino sin demora alguna, y eso que mis condiscípulos quisieron uniformarse al pie del muelle, no permitiéndolo yo ni tampoco nuestros profesores; pues allí éramos personas sencillas, pues al parecer, no nos conocía nadie.

Ya estábamos en carretera y habían algunos de nosotros, los más graciosos, que picaban al conductor con algunos cantos que se habían aprendido, hacía tiempo, en las excursiones que hacíamos en el colegio antaño.

Se volvió a ver Madrid, una vez más, por toda la caravana de autobuses como la que estábamos llevando y allí no hablaba nadie, hasta que llegamos a una especie de barracones, acondicionados para nuestra pequeña estancia en ellos. Por lo menos estaríamos en aquellos barracones unos meses hasta que nos examinásemos de

Preuniversitario; pues después tendríamos que formalizar la matrícula en la facultad que fuésemos a estudiar; según la rama que eligiese cada uno.

Salíamos de paseo todos los jueves y los domingos, viéndonos unos a los otros; me refiero a las chicas, pues las llevaban, poco más o menos por donde nos llevaban a nosotros, al no haber otro campo abierto por aquellos alrededores de nuestra residencia, que a la vez estaba cerca de nuestro colegio y del colegio de las chicas.

Los proyectos no faltaban entre nosotros, cada vez que nos juntábamos con las chicas, ya que en la facultad tendríamos que convivir todos juntos, no siendo cosa de tomar ningún otro camino que no fuese el seguir juntos todos nosotros: Chicas y chicos.

Los exámenes; pues sí, llegaron los exámenes y con ellos el estío; ese descanso tan deseado por todos nosotros, yéndome yo a mi pueblo aquel verano de dicha paternal, pues iría a estar con mis papás, en orden y en concierto espiritual para mi persona.

¡UF!, cuando llegué a mi pueblo; pues me saludaron todos mis amigos y todas las personas mayores que más me conocían, pero sin saber nada de lo que me había pasado.

Pero cuando llegaron las fiestas de mi pueblo, nos comenzamos a divertir todos los amigos de lo lindo; carrera de sacos, tiro al pichón, cucañas, recitales poéticos y hasta celebrábamos unos guateques que eran la envidia de los pueblos cercanos.

Llegaban los forasteros, como decíamos nosotros, al pueblo desde el pueblo más cercano al nuestro para poder bailar con las chicas y divertirse con nosotros; cosa que no nos gustaba nada, sobre todo el que bailasen con las chicas de nuestro pueblo, aunque eso de divertirse ya era otra cosa, pues no lo veíamos tan mal que llegasen chicos de los pueblos más cercanos para quedarse su dinero en el nuestro, pero eso sí: Que luego se fuesen tal y como habían venido, sin compañía alguna y menos con alguna de nuestras chicas de nuestro pueblo.

Un día de fiesta que habíamos bebido más de la cuenta, hubo un roce de poca confianza entre un chico y yo; pero lo peor no fue eso, que lo peor fue que estábamos delante de todos los amigos riñendo por algo banal.

Había en el centro del pueblo un señor con una especie de barquilla, un cilindro con una rueda encima a la que poníamos en movimiento por unas perrillas y según donde se parase la aguja de aquella rueda te daba tantos barquillos como apuntaba la flecha de aquella aguja.

Pues bien, aquel chico decía que había sido él el que había echado al barquillo, que tenía la mano y al que correspondía todos aquellos barquillos era a él. Y como en aquel rife rafe siguió acalorándose aquel chico, me dijo algo que yo no supe contestar.

CHICO -. ¡Oye!: ¿No serás tú uno de los que iban en aquel barco que perdió amarras una noche en una excursión?.

Los demás chicos se me quedaron mirando como queriendo saber la respuesta y yo no sabía cómo responder aquella pregunta que me había lanzado aquel chico, hasta que me llegó a la mente una idea, haciendo un gesto con las manos de no saber lo que me estaba diciendo aquel chico y como si dicha pregunta no tuviera ninguna importancia para mi persona, yéndome a resguardar con los demás chicos.

Pero con todo y eso, dicha pregunta no calló en saco roto; que los días sucesivos me miraban los amigos con cara de recelo, por no haber contestado yo a la misma, queriendo saber ellos la pura verdad de toda aquella historia.

¡Bulos!, los hay y muchos; pero comenzó a difundirse por todo el pueblo la posibilidad de que yo había pertenecido al grupo numeroso que se había perdido aquella noche en pleno mar.

No podía salir sin que me mirasen las gentes con cara de querer saber algo de mí; y como yo no daba mi brazo a torcer, el secretario del Excelentísimo Ayuntamiento comenzó a indagar sobre los pasos que di yo en Madrid por aquellas fechas, hasta que tirando del hilo del ovillo sacó la verdad de lo que me había pasado. Pero eso sí, que solo formaba parte del numeroso grupo que un día montando en un barco y esperando a que la mar se calmase, se desengancharon las amarras del muelle misteriosamente llegando nosotros a tierras lejanas.

No quedó ahí todo, pues mis padres que lo habían callado hasta ahora dicho caso, tuvieron que recluirse en casa porque les agobiaban los paisanos con preguntas sobre el tema.

Y menos mal que llegó el día de tenerme que marchar a Madrid para seguir mis estudios, pues me había formalizado una agencia la matrícula en una facultad, en donde comencé a estudiar mi carrera. Y también lo estaba haciendo que no perdía ninguna clase, sabiéndome bien las lecciones a dedillo, siendo el faro de todos mis discípulos.

A poco tiempo de estar estudiando en la facultad me llegó uno de aquellos señores que arribaban al muelle con sus embarcaciones de lujo, muy amablemente, pidiéndome algo que al parecer estaba en mis manos.

SEÑOR -. ¿Se acuerda de mí?.

SAMUEL -. Perfectamente.

SEÑOR -. De las fiestas en su casa.

SAMUEL -. ¡Ya!.

Me hablaba con mucha amabilidad y cuando más descuidado me encontraba yo, me pidió el favor para que intercediera entre él y la señora Jana, como me decía, para que

pudiese entrar en aquel territorio no sé qué productos o mercancía para su comercialización en las dos Regiones.

Yo me quedé un poco pensativo a lo que me estaba diciendo aquel señor, por considerar una completa interferencia entre Jana y su gobierno actual, no estando yo predispuesto para tales fines. Y como me vio, aquel señor, un poco remiso; comenzó hablándome de que era conveniente abrir aquel territorio al mercado exterior.

SAMUEL -. Sí; si yo estoy de acuerdo con usted, pero sería mejor que eso lo decidiese Jana, ya que ella es la que más cerca está de dichos problemas y los ve más realmente que nosotros.

SEÑOR -. Unas letras, escritas por usted sobrarán para que la señora Jana vea la realidad del problema.

SAMUEL -. ¡AH!; ¿pero es un problema?.

SEÑOR -. No cabe duda, de que el no abrirse al mercado exterior en dicho territorio, es un problema y de los mayores.

SAMUEL -. ¿Depende la subsistencia de los habitantes de dicho territorio?.

SEÑOR -. Exactamente.

Dicho así, se veía claro que era un problema el no estar abierto al mercado exterior; pero teníamos que tener mucho cuidado a qué mercados nos ajustábamos, pues no estaba aquel territorio preparado para abrirse a todos los mercados que se le ofreciesen.

En unos días estaba escribiendo a Jana unas cuantas letras a favor de aquel mercado exterior, que no a favor de aquel señor; pues nunca se sabe cómo va a responder la persona humana. No obstante la reseñé los múltiples beneficios que podría obtener en la venta de aquellas mercancías, para que se relacionase con aquel gerente de la casa

comercial que vendía aquellos productos, pero siempre con precaución y teniendo mucho cuidado con aquel señor.

A la vuelta de aquella carta tuve otra, por parte de Jana, diciéndome que si yo era partidario de dichas relaciones mercantiles, ella lo daba por bueno todo lo que yo la había dicho y así se empezó a comercializar en el territorio aquellas mercancías, obteniendo pingües beneficios por la venta de aquellos productos.

Tenía que contestar aquella carta que había recibido de Jana, medio en plan económico y en plan amoroso, y así lo hice yo; diciéndola que la recordaba mucho, echándola de menos en todos los momentos de mi vida y que no veía la manera de podernos volver a ver en tiempos más cercanos, por deberme a mis estudios, pues había comenzado mi carrera en la facultad y estaba obteniendo buenas notas.

No hubo maneras, pues aquella carta siguió otra y así otras y otras, para cartearnos sin que nadie supiese que nos estábamos escribiendo Jana y yo.

Jana me pedía consejos en las relaciones mercantiles de algunas casas comerciales, haciéndome su representante en la península y de paso hablarme como una perfecta mujer de su hombre.

Yo tenía que estudiar y a la vez moverme, en la península, para contactar con los gerentes de aquellas casas comerciales que querían vender sus productos en el territorio que gobernaba Jana, ya que era un lugar floreciente y apetitoso para la expansión de sus productos por todo aquel territorio de grandes perspectivas comerciales.

Yo veía que era parte objetiva para la obtención de una buena gestión entre las casas comerciales y el gobierno de Jana; pues si yo no estaba seguro de algún interés partidario, Jana no dejaba entrar aquellas mercancías dentro de nuestro territorio, hasta el punto que comenzaron hablar de mi los periódicos de aquellas tierras y la radio como

un buen interlocutor e intercesor entre las casas comerciales y aquel gobierno, presidido por Jana; de tal manera que se me empezó a echar de menos en aquel territorio.

Pasaban los años y con ellos la poca visión que tenía yo para con Jana, hasta que estando en segundo de carrera tuve que hacer un viaje, sólo al interior de la península, en una bella provincia; pero aunque en principio inicié sólo el viaje, ya me estaba esperando en dicha capital de provincia Jana, que había venido a la península para un viaje de recreo.

Pues sí, allí me estaba esperando Jana con una sonrisa en la cara para mi persona y un gesto de cariño al acariciarme la faz con sus manos, al no verme desde hacía tiempo.

El primer día lo pasamos viendo los sitios más típicos de aquella capital y sus alrededores; pues eran bellos y como si fuesen puestos allí adrede de lo típico que eran.

El segundo día ya tuvimos un poco más de intimidades, al ver aquella mujer tan bella y atractiva como era ella sola: Tanto era así que hubo sus más y sus menos en el roce de nuestras relaciones personales; pero el tercer día ya no me fui a mi habitación, si no que me quedé en la habitación que tenía asignada Jana en el Hotel.

Pasó, pasó de todo aquella noche; preámbulo de la unión personal de nuestras relaciones amorosas y de un bello amanecer, un amanecer dentro de sus entrañas.

No obstante terminé sin ver a Jana en algunos años más; ya que como pude contactar iba aumentando mi fama y mis buenos quehaceres en aquel territorio, invitándome ésta para que fuese a dicho lugar una temporada.

Consulté con Patricia diciéndome ésta que hiciese lo que yo creía conveniente; pero como aquello no era una respuesta afable para mí, insistí que me invitaba con toda la amistad que la correspondía.

PATRICA -. Pues claro que tiene toda la amistad que la corresponde.

SAMUEL -. ¿Qué me quieres decir con eso?.

PATRICIA -. ¡Que no está mal!; vamos, que no está mal.

No las tenía nada, pero que nada consigo Patricia al verme tan embelesado por aquella invitación que me había hecho Jana, para que la visitase una temporada.

Y como Patricia no sabía cuanto días serían esa corta temporada, preguntó de inmediato qué significaba: Una temporada con ella.

PATRICIA -. ¿Y esa temporada, a la que se refiere Jana, será corta?.

SAMUEL -. ¿Si te parece me voy a quedar allí para siempre?.

PATRICIA -. ¡Faltaría más!.

No lo tenía yo muy claro que pudiese ir al territorio para ver a Jana y poder contactar la pura realidad de cómo estaba dicho territorio, una vez que habíamos salido de allí volviendo a nuestra península.

Pero como me veía un poco decaído y serio, Patricia, por fin me dio el permiso para ausentarme de con ella unos días; pero me puso una condición: Que fuese acompañado de uno de mis discípulos y si podía ser de Daniel.

Estábamos a punto de embarcarnos con rumbo al territorio, cuando fuimos llamados por nuestros profesores por tener un examen parcial por aquellos días, que sí aumentaba los puntos en el examen final; de modo que nos quedamos allí sin poder visitar nuestro territorio, ya que nosotros lo teníamos por nuestro todo el.

Sacamos aquel curso y empezamos el curso del ecuador de carrera, el tercero, siendo una incógnita todo lo referente aquel territorio; ya que las noticias que nos llegaban de allí eran contradictorias: Unas veces existía buena administración y otras un tanto decadente. Confirmándomelo Jana por la cartas que me escribía, poniéndome totalmente nervioso y nada más que terminé mi carrera quise irme unos días al lado de

Jana para ver la pura realidad de lo que estaba pasando allí; unas veces bueno y otras menos bueno.

Yo seguía ayudando a Jana, que es tanto como decir que estaba ayudando a toda aquella región y a sus habitantes, sobretodo en la información de los posibles gerentes que querían vender allí sus productos y en captar empresas boyantes para el comercio de aquel territorio.

No creo que estuviese cogiendo fama ante los habitantes de aquellas tierras; pues me conocían ya de antemano: Más bien era que me estaban sobre valorando por los ingresos que les hacía coger con dichas empresas.

Llegué a tener tanta publicidad, que un día me escribió Jana llamándome de inmediato, y eso que hacía ya doce años que no iba a dichas tierras.

Enseñé la carta a Patricia, poniéndose ésta un poco nerviosa; pero de momento recapitó dándome su conformidad para que partiese de inmediato a dicho territorio, ya que ella no podía acompañarme por tener que cuidar de nuestros hijos. Pero volvió a darme una condición; y era que me acompañase Daniel, como ya me dijo otra vez que quise ir para visitar dichos territorios.

Ahora sí; ahora sí que salimos de puerto rumbo a SanSituad, territorio de mi corazón y no digamos de Daniel, pues en el trayecto estábamos los dos que no cogíamos de gozo que teníamos en nuestro cuerpo.

Se divisaba la costa y con ella el puerto de la Región de Ribera y mientras estábamos más retirado de la costa, más que más; pero cuando ya nos íbamos aproximando al muelle vimos uniformados a varias compañías en pleno puerto.

Yo me fui donde se encontraba Daniel, preguntándole algo que él no me sabía responder.

SAMUEL -. Daniel: ¿Tú sabes si ha embarcado en este buque algún general?.

DANIEL -. Tal vez llegue de incógnito; porque yo no he visto a ningún general; ya sea en cubierta o en los camarotes.

¡Bueno!, todo quedó ahí; de que allí no iba ningún general o alguna delegación de la península. Por lo tanto nos dispusimos a desembarcar, una vez que el buque hubo atracado en el muelle y hubiésemos recibido la orden de desembarco.

Estaba pisando el primer escalón de aquella escalera, cuando vi allí a la propia Jana; totalmente vestida con sus galas y cuando bajé de la pasarela

me fui hacia un lado para dar paso a la celebridad que llegaba en el barco.

Jana salió como una flecha hacia mí, sujetándome de un brazo para atraerme hacia sí haciéndome toda clase de caricias y dándome todas clases de mimos.

Yo no dejaba mirar a un niño que había visto cerca de ella, cuando estaba bajando la pasarela del buque: ¡Quién sería?. Pero no me dio tiempo a preguntar nada, ya que Jana me entró en una dependencia de aquel puerto para vestirme de general y una vez que lo estaba haciendo abrió la puerta para llamar aquel pequeño que me atrajo la atención cuando estaba bajando de la pasarela del barco.

Una vez que le tenía delante de mí, aquel pequeño, Jana me miró a los ojos para apartarlos más tarde y clavarlos en aquel pequeño con cara de tenerle cobijado en su casa.

Volvió a clavar en mí, Jana, su vista y con voz fuerte y sin temblar, me dijo unas palabras que me hicieron tambalear.

JANA -. Éste es tu hijo.

Había logrado Jana aquella noche de turismo en la península su interés más profundo por tener un hijo mío; y vaya si lo tuvo. Era un niño precioso, como ella misma, con

unos modales estupendos y una voz exquisita; pues me dio los buenos días, para después preguntarme por mi salud.

Yo no respondí nada, solamente me agaché y le di un beso en la frente, notando lo caliente que tenía, aquel chico, su piel. Estaba a punto de que le diese algo, reteniendo sus fuerzas y todo su estado anímico para que yo le viese el chico más bueno del Mundo.

Me volví a levantar y ahora sí que le dije algo que él esperaba desde hacía bastante tiempo y que se lo imaginaba; por lo menos lo había pensado.

SAMUEL -. Hijo: Te quiero, te quiero mucho y siempre he tenido ganas de verte.

Al decirle aquello se vino hacia mí abrazándome los muslos y las piernas, sin ganas de quererme soltar. Yo al ver aquello comencé a lagrimear un poco, al igual que su madre, Jana, que lloraba a lágrimas vivas.

¡Vaya tres!, que estábamos allí llorando a más y mejor; cuando entró mi condiscípulo Daniel en aquella dependencia.

JANA .- ¡OH!

Fue lo único que supo decir Jana cuando vio entrar allí a Daniel; pues no le esperaba para nada y mucho menos que llegase conmigo a dicha entrevista.

SAMUEL -. ¿Y ahora qué?.

Jana nos sujetaba de un brazo mientras nos dirigía a la puerta, para que saliésemos a la explanada donde nos estaban esperando todas aquellas compañías y la mayoría de las gentes de aquel territorio; pues habían llegado allí, para recibirme en tropel.

Jana me condujo a una especie de podio para presentarme a todas aquellas gentes, pero de una manera su generis.

JANA .- Aquí tenéis al general Samuel; vuestro general.

Al oír aquello todo aquel contingente de personal comenzaron a dar vivas y más vivas a su general, que según ellos había llegado hasta sus tierras con alguna buena idea y esa idea la supe enseguida por boca de Jana.

Me arrimé al oído de Jana y en voz baja la susurré algo, que solo ella había oído y nadie más, por mas cerca que estuviese de nosotros.

SAMUEL -. ¡Qué significa este recibimiento?.

JANA -. Que te vienes a quedar entre nosotros para siempre.

Yo tenía cogida la mano a Jana y al oírla decir aquello, por poco la rompo un dedo por lo mucho que llegué apretársela. No sabía qué decir, ni qué hacer en aquella ocasión; pero como había visto tal cantidad de beréberes en medio de tuareg, así como beduinos, me extrañó mucho aquella junta que existía allí, preguntándola enseguida a Jana por dichas causas que se estaban dando para reunir a todas las etnias juntas.

SAMUEL -. Estoy viendo a beréberes más sedentarios juntos con tuareg.

JANA -. Toda mi gente tiene que comer y vivir bien.

SAMUEL -. Me parece estupendo.

Aquel territorio era una mezcla de etnias y de costumbres; no sabiendo yo hasta qué punto sabrían leer aquellas personas en nuestro idioma y sobre todo qué grado de gobernabilidad tenían para dejarse llevar en aquella gran administración. Por lo tanto, y como iba arrimado a Jana la seguía hablando sin que nadie me oyera lo que yo la decía a la señora Jana: Y ahora sí que era la señora Jana.

Al día siguiente pude darme cuenta que Jana me llevaba a las caballerizas, teniendo yo un palpito en el corazón por intuir una sospecha.

SAMUEL -. ¿Vive todavía Jovito?.

JANA -. Sí; pero está muy débil. Te aconsejo que no se de cuenta que le tratas de diferente manera a como lo hacías antes: Móntale, pero por la ciudad solamente.

SAMUEL -. ¿Qué le pasa?.

JANA -. Desde que tú te fuiste está muy serio; parece que te echa de menos, de modo que si te vuelves a ir ahora no lo resistirá.

SAMUEL -. Puedo volver con frecuencia.

Al decir yo aquello Jana me miró con cara de satisfacción, al saber que mi idea era volver con relativa frecuencia a SanSituad, para estar con ellos dos, apretando el paso para llegar cuanto antes a las caballerizas.

Cuando me vio Jovito, y para ello tuve que estar a corta distancia de él, comenzó a dar patadas en el suelo, respirando profundamente. Cuando llegué a él le arrimé la cabeza a la suya y éste me acercó sus morros a mi cabeza, como dándome la bienvenida. Lagrimeaba el pobre animal como si tuviese sentimientos y yo me tuve que limpiar los ojos dos veces.

Cuando le vi parecía que estaba encorvado y a los pocos minutos de estar con él ya se erguía sobre sus patas, pareciendo que le brillaba hasta el pelo con suavidad.

Pasé con aquel animal bastante tiempo en los días sucesivos, llegando a las caballerizas Jana para ver qué le hacía yo al caballo y cuando me vio lavarle y cepillare, haciéndole unas caricias que aquel animal parecía que me lo agradecía y hasta elevaba la cabeza con más frecuencia.

Estando allí Jana y una vez que le hube lavado y secado a mi caballo, cogí la silla de montar emparejando aquel animal y parecía que se alegraba al notar que le estaba ensillando.

Eché un pie en el estribo, permaneciendo aquel animal totalmente quieto, para dar dos saltitos y encaramarme encima de él en la silla. No hacía falta que cogiese las bridas; pues aquel animal salió de caballerizas recto a la calle llevándome por toda la ciudad de SanSituad con el orgullo elevado y el brío en sus patas.

Cuando volví con Jovito a caballerizas, éste volvía como si en ello le fuese la vida; tan conforme y tan celoso de haber cumplido su acometida a la que se debía ; el que yo le montase.

Pasé en el territorio unos días agradables, quedando a todos satisfecho, no solamente a mi caballo Jovito, si no a Jana y a mi hijo que me despidieron con pesar en su corazón.

SAMUEL -. Cuídame bien a Jovito y ten cuidado con nuestro hijo.

JANA -. Si Jovito ha resistido el pesar de no haberte visto, es porque yo le he montado asiduamente; y en cuanto a nuestro hijo no te preocupes que está recibiendo la mejor de las enseñanzas por parte mía.

Hacia ya nueve meses que no volvía al territorio y Jana estaba cubriendo mi ausencia ante nuestro hijo y mi caballo Jovito, como si estuviese en dicha tierra, ya que no me daba tiempo de verlos por el trabajo, para llegar al lado de ellos dos. Para uno y para el otro, estaba yo en SanSituad trabajando de lo lindo y llevando la administración de aquellas tierras. Cosa que no se confundía; pues cada día me participaba en los problemas de aquel territorio y yo la aconsejaba lo que tenía que hacer, así como buscar infinidad de inversores para que invirtiera en aquel territorio, logrando vender sus productos.

Pero un día me llegó Patricia hablándome de algo que yo no comprendía, sobretodo a lo primero, pero después lo comprendí perfectamente.

PATRICIA -. Tú y yo somos Cristianos: Apostólicos, católicos y romanos.

SAMUEL -. ¿Qué me quieres decir con eso?.

PATRICIA -. Que ese niño no debe saber de allí solamente; debe saber de aquí también.

No contesté; no podía contestar a lo que me estaba diciendo Patricia, ya que me quedé cortado y sin respiración alguna. Pero como veía que Patricia esperaba mi respuesta la dije lo primero que me salió del Alma.

SAMUEL -. ¿Qué chico?.

PATRICIA -. No te hagas el despistado: ¿Qué chico va a ser?; pues el de Jana y tuyo.

Miré para la puerta de la calle para ver si estaba abierta y la vi cerrada, que si no; hubiese salido corriendo a más y mejor.

Me desplomé en el sillón, sin saber qué hacer ni qué decir a Patricia por eso, mi señora se arrimó a mí haciéndome una caricia en la cabeza que me sentó el ánimo y el Espíritu maltrecho por las circunstancias. Y enseñándome una carta, que la había escrito, me invitaba para que debajo de su firma la dijese algunas líneas de conformidad a Jana.

Y como a Patricia se la había entrado en la cabeza de que ese chico tomase educación junto con nuestros dos hijos, un chico y una chica, se fue para a SanSituaD, con una sola idea: Que estudiase el hijo de Jana con nuestros dos hijos; sin olvidar las costumbres que rigen en aquel territorio y sus enseñanzas.

Por supuesto que accedió Jana, después de consultar con el equipo de su gobierno, para que estudiase su hijo en la península, junto a los otros míos que tenía yo con Patricia.

La reciprocidad era mutua dentro del afecto que se procesaban los hermanos; pues mis hijos sabían que eran hermanos y tenían que guardarse el máximo respeto y la máxima sinceridad con todo el afecto debido.

Era así, que un día vio mi hija que se estaban metiendo con la persona de su hermano, en el instituto, saliendo a su favor sin pensarlo una sola vez, con todas las fuerzas del Mundo y con el cariño debido.

Las idas y venidas al territorio, por mi parte, eran numerosísimas; dando vida a mi caballo, Jovito, que aunque viejo se sostenía erguido como si fuese un caballo joven y con fuerzas; pues le brillaba el pelo como cuando tenía pocos años.

Así, una detrás de otras idas y venidas, me veían allí todos los súbditos de aquel territorio, creyéndome tener entre ellos para quedarse más satisfecho al verse resguardados sus intereses con mi persona al frente: Siempre se habían sentido respaldados por mí y como más defendidos en el medio tan hostil, como eran los terrenos colindantes al nuestro: Que por eso había sido un protectorado español.

Aunque los ánimos estaban apaciguados, siempre era bueno tener a una persona cerca, que se pudiese confiar en ella y esa persona era yo, por las pruebas que había dado en la vida que viví junto a ellos, llevándolos lo mejor posibles administrativamente, que era lo único que sabía hacer yo.

Pasó el tiempo y con el la historia formada por todos nosotros, reuniéndonos todos los discípulos una vez al año, celebrando nuestro encuentro; pese a que ya éramos personas adelantadas en edad y pese a que faltase algún que otro discípulo entre nosotros; ya que era ley de vida y por ese camino tendríamos que ir todos.

Tanto es así, que mi señora Patricia se fue al año siguiente, encontrándome yo sólo, sin remedio alguno; bueno, no tan sólo, pues Jana se me vino a casa para cuidarme, llevándome al territorio, pues nuestros hijos habían hecho carrera y estaban ejerciendo en la península. Aunque el hijo de Jana y mío, al vernos en el territorio quiso ejercer en el mismo, junto a sus padres; cosa que a mí me pareció bastante bien, ya que no

teníamos a nadie en el territorio, como no fuese el equipo de gobierno y esos se debían a su manera de hacer las tareas, dentro de la gobernabilidad de aquellas tierras.

Hasta tenía hecho una especie de mausoleo a mi caballo, Jovito, respetando su memoria, llegándome asiduamente a los pies de aquel mausoleo recordando los días que pasamos juntos mi caballo y yo, y los paseos que dimos juntos, como así las veces que me había sacado de apuros entre los beréberes.

Pero lo único que temía era el formar un verdadero mausoleo para alguno de nosotros; pues entonces significaría que yo me encontraba sólo, o tal vez Jana estuviese sola en la vida.

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR

Cuando un autor hace una obra, no sabe cómo ha salido ésta, si bien o regular; pero es que dicha obra está pegando voces, y a mi parecer va a ser un Icono a nivel mundial.

Ésta obra está confeccionada con el Espíritu más sensible y bondadoso de la persona humana.

Se narran los hechos de tal manera que no dañen la susceptibilidad de ninguna persona, al ocupar, por casualidad, unas tierras en medio de un dominio extranjero los jóvenes que protagonizan dicha obra.

Hasta la despedida de dichas tierras se acopla a la sensibilidad humana en su parte más bondadosa y benigna, en cuanto dichos chicos han vivido en ella toda su juventud; quedándose gravada en la retina y en su Alma, como en sus corazones, las costumbres y los hechos acaecidos en su época de juventud.

Y al recordar la evolución de la obra, no podemos por menos que dar un “viva”, al tiempo irreal, aunque nosotros seamos el Mundo real, por la convivencia tan hermanada que llevaron, en dicha tierra, aquellos chicos.

ACLARACIÓN A LA ESCRITURA. Aunque, poniendo un ejemplo; en el 1999 la Real Academia de la Lengua española permitió que se acentuasen los adjetivos, no solamente los pronombres en cuanto a esta, ésta, ese, ése y respetando todas los mandatos de la Academia, yo he seguido acentuando solamente los pronombres. Eje: El tiempo, este tiempo, no es grato para Juan, éste hombre. Respeto a la Academia, pero no me ciño a las exigencia informática de los ordenadores.

